

**Retiros de la Hermana
Mary Margaret Johanning**

sobre

SOIS ENVIADAS / SOMOS ENVIADAS

Semana Santa

24 de marzo al 04 de abril de 1986

I – EL AMOR DEL PADRE

Siempre es bueno comenzar los ejercicios espirituales con la reflexión sobre una realidad muy básica. Fundamentalmente llegamos a dos preguntas: ¿Quiénes somos? y: ¿Quién es Dios? Yendo bien al fondo de todo, se llega a estas dos preguntas.

¿Quiénes somos? *Sois Enviadas* nos da la misma respuesta como el Evangelio. SE N° 28 dice: “somos creaturas incondicionalmente amadas por Dios”. No basta decir que somos creaturas. Esto es cierto - pero: creaturas incondicionalmente amadas por Dios. No: Si te portas bien, entonces te ama Dios. Si trabajas bien, entonces te ama Dios. Si no cometes ningún pecado, entonces te ama Dios. ¡No! No hay “sí”, “pero”, “y...” No. Incondicionalmente.

Y - ¿quién es Dios? Dios es el Creador. Es aquél que nos ama incondicionalmente. Él es amor. Y - lo que para nosotros es casi incomprendible: Dios ama a mí, a ti, tal como somos. Así como soy, como eres – esto es difícil de captar. Soy aceptada tal como soy. Soy amada p o r q u e soy así. No porque hago o no hago algo... Solamente porque soy quien soy. Tal vez, Hermanas, éste sea uno de los mayores anhelos de nuestra sociedad, también de nuestra Congregación, de hoy.

Hace poco oí de una escuela cuya meta en el primer grado es convencer a cada niño que es valioso, que es amado. Los padres son invitados a decir de vez en cuando qué es lo que les gusta en su hijo. La maestra ayuda a todos a comprender: Yo soy valioso. Yo soy amado. Y luego, en cuanto al estudio, notan qué bien les va a los niños en la escuela. Pueden estudiar bien, tienen una buena autoestima, se aprecian a sí mismos. Esto no ocurre en todas partes en nuestra sociedad, en nuestra Congregación hoy; a veces en nosotras mismas. Es maravilloso ser amados. Es un regalo. Hace libre, da alegría. Pero también nos humilla ser amados por alguien. No pensamos mucho en ello, pero si permito a alguien que me ame, esto me hace vulnerable y, en un buen sentido, dependiente. Puede traer dolores. Si yo no te amo, me da lo mismo que sufras. Sí, lo siento, pero si te amo y tú sufres, yo también sufro contigo. Demasiados de nosotros evitan este dolor y este sufrimiento. Es más fácil edificar paredes alrededor mío; así no tengo dolores, no tengo que sufrir con otros, pero entonces estoy pobre, estoy sola. Esto no es humano. No es cristiano. El Vaticano II nos llama a asumir los dolores y las alegrías de la humanidad. Esto nos cuesta mucho.

Lo asombroso en el amor es que sea un don libre – totalmente libre. El amor no puede ser condicionado, no puede ser merecido. Nosotros estamos inclinados a pensar que Dios nos ama más si somos buenos, o perfectos. Entonces pensamos de alguna manera que es más fácil que Dios nos ame. Pero nos cuesta creer que nos pueda amar o nos quisiera amar cuando o porque somos pecadores. Dios nos dice en la Escritura: Yo no amo como aman los hombres. Los hombres pueden ser así. Pero Dios dice: No. Yo no amo de esta manera. Yo amo incondicionalmente. Para mí no importa lo que haces: te amo. Así el amor es un puro regalo. Sólo puede ser aceptado y recibido como regalo.

A veces escuchamos a enamorados que se preguntan: Pero, ¿porqué me amas? Cada vez que oigo esto rezo que no haya respuesta. Porque si podemos dar una respuesta – “te amo por esta o aquella razón” – no bien desaparecen estas razones, no queda amor. El amor es un puro regalo. No puede ser merecido, no puede ser comprado – es tan sólo un regalo. A veces nos da miedo este regalo. Cuando empezamos a sentir que alguien nos ama, nos preguntamos de repente: ¿Porqué? ¿Porqué? ¿Qué quiere de mí? Contamos con que se espere algo, o que tengamos que dar algo. Pero si alguien nos ama y estamos abiertos, no hay respuesta – salvo el amor. El amor llama al amor. Puro regalo. En el libro del Deuteronomio Dios habla a su pueblo y dice: Te amo, no porque eres el más grande, el más fuerte. Te amo porque eres el más pequeño, el más débil. El que podemos vernos pequeños y débiles es un gran consuelo para nosotros. Te amo p o r q u e eres débil y pecador y pequeño. Esto es un misterio.

Yo he aprendido mucho en Alemania sobre este texto. El primer año, al hacer viajes de visitación como Superiora General, estuve en muchos hogares y postescolares para niños. En cada situación, una y otra vez, en la mesa o en cualquier lugar, siempre hablaban las Hermanas de las casas sobre el más pequeño, el más débil o el peor. Si un niño era enfermo, o débil, o se portaba mal, todas lo querían, todas hablaban de él. Esto me ha enseñado tanto sobre este texto. Si nosotras como seres humanos podemos obrar así – ¡y bueno – lo queremos) – entonces ¿cómo debe Dios amarnos? ¡Miren! Así es Él con nosotros.

Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo nos ofrecen su amistad. Amistad, amor, – se ofrecen a sí mismos. Jesús nos dice, nos revela que Dios es Padre. Esto jamás podríamos pensar – a no ser que Jesús nos lo revela. Sin esta revelación jamás podríamos creer que Dios es mi Padre. Sí, es Creador, es Dios, es omnipotente, es omnisciente y omnipresente – todas las otras cualidades. Pero Jesús nos reveló que Dios es su Padre y nuestro Padre. Esto está revelado. Pero Jesús nos dice que lo digamos: Padre – o como Jesús dijo: Abbá. Como Uds. saben, abbá significa papi, o papito. ¿Es fácil para nosotras, es fácil para ti personalmente, llamar a Dios Papi? Y hablarle a Él con tanta intimidad? Así nos no ha enseñado Jesús, y esto era nuevo.

Cuando yo aprendía alemán, estudiaba alguna vez junto con una Hermana coreana. En la mesa, muchas veces conversábamos. Una vez la pregunté si volvería en seguida a Corea cuando terminaba el curso. Ella respondió con mucha sencillez: Todavía no lo sé. Mi padre todavía no me lo dijo. Más tarde la pregunté si había comprado el libro para ese curso. Respondió: Mi padre no me dio dinero. Y siempre era así: Finalmente la pregunté: ¿Cómo es esto contigo como religiosa? ¿Tú dependes tanto de tu familia? Nosotras no podemos depender tanto de nuestra familia. Ella dijo: ¿Qué quieres decir? Le dije: Tu padre no dijo que vayas a Corea, tu padre no ha mandado dinero para el libro... Entonces ella dijo: Pero todavía no sabes quién es mi padre? Y... me dio mucha vergüenza. Su padre era ¡Dios! Mi padre todavía no me lo dijo... Con tanta sencillez y normalidad... ¡ella tenía la relación con Dios Padre!

Jesús dice: Como el Padre me ama a mí, así yo les amo a Uds. Exactamente del mismo modo: el Padre ama a Jesús, y de la misma manera nos ama el Padre a nosotros. Esto cuesta creer. Es un misterio. ¡Qué nosotros estemos en la misma relación con el Padre como Jesús! Digan Uds. “Padre nuestro”. S.E. también lo dice (Nº 33): “Somos alcanzadas por el amor que une a Cristo con el Padre en el Espíritu Santo. “ Somos, se puede decir, parte de la Trinidad, porque vivimos de su Vida. Esto es el Bautismo – lo hemos aprendido desde pequeñas. Vivimos con la vida del Espíritu. La vida, el amor de Dios – esto es lo que tenemos como vida en nosotras. El Bautismo ha cambiado, transformado nuestro amor humano. Ya no amamos con amor humano, amamos con el amor del Padre. Pues nuestro amor humano está transformado. Esta es nuestra fe acerca del Bautismo. Hemos usado grandes palabras: amor sobrenatural, etc. Es amor humano transformado. Si esto es así – y lo creo muy firmemente – entonces, amándonos unas a otras, nos damos mutuamente gracia, nos transformamos, nos hacemos unos a otros más profundamente hijos e hijas de Dios. No tenemos para amar sino el amor del Padre.

El amor transforma. Un ejemplo: un joven enamorado de una joven, al que talvez nunca le interesaba un museo de arte, de repente va a cada museo de arte de la ciudad – con gusto y alegremente, sin que le cueste, porque ella ama el arte. El amor de ella lo ha transformado totalmente.

Dios nos ama como Padre y como Madre. *Padre* indica una relación especial. *Hija* significa que yo tengo una relación especial con alguien, significa una transmisión de vida. Dar vida – padre – madre. Un hijo o una hija no existiría sin padre, sin madre. Toda mi identidad, la encuentro en mi padre. Dios madre...

Talvez algunas de Uds. son también, como yo, de un pueblo chico. Hasta mis 18 años, poca gente me conocía realmente como Mary Margaret. “Ah, allí va la hija de... Ésta allí es la hija de...” Toda la identidad está en los padres. Nosotras encontramos nuestra identidad en nuestro Dios.

Hay un juego donde se pregunta: “¿Quién es Ud.?” “Yo soy la Hermana Mary Margaret.” “Pero ¿quién es Ud.?” “Bueno, soy una H.E.N.S.” “Pero ¿Quién es Ud.?” “La Superiora General.” “Pero quién es Ud.?” “Bueno- he enseñado teología...” “Pero – quién es Ud.?”

Cuánto tiempo pasa hasta que digamos muy simplemente: “Soy una hija del Padre. Soy una amada por Dios.” ¿Hasta qué profundidad nos conocemos a nosotras mismas en nuestra identidad, en nuestra relación con Dios? Que nos venga espontáneamente: Yo soy amada por el Padre.

Pero ¿qué significa tener un padre que es Dios? O ¿Qué significa tener un Dios que es padre y madre? Creo que podríamos usar todos los seis días dedicándonos a estas dos preguntas – sólo a estas dos preguntas.

El misterio - dice Juan en su primera carta - el misterio es que Dios nos ha amado primero. También, porque eramos pecadores. Recuerdan el tiempo de su noviciado? Probablemente: “Yo quisiera amar a Dios. Yo le daría todo a Dios. El amor lo da todo con alegría. N o s o - t r a s quisieramos darlo todo. N o s o t r a s quisieramos ama a Dios. Y probablemente puedan Uds. también recordar el día o el año en que aprendieron que de esto no se trata. Se trata de que nosotras dejemos que Dios nos ame a nosotras, tal como Él quiere. Entonces, y sólo entonces Él es Dios. Pero nosotras quisieramos amarlo tal como nosotras quisieramos amarlo – generalmente. Y generalmente quisieramos ser nosotras quienes amamos – en vez de ser amadas. Aquí comienza la santidad: cuando permitimos que Dios nos ame. Y esta es nuestra primera tarea: permitir a Dios que Él nos ame.

S.E. dice esto - y lo repite una y otra vez. Porque Dios nos ha amado (Nº 10), enriquecidas en la experiencia del amor de Cristo (Nº 15), a la luz del amor insondable del Dios misericordioso (Nº 36), la amorosa invitación de Dios... etc., etc... Siempre convence la Constitución: Dios nos ama primero. Y Jesús también lo dice. Jesús tiene ansias de nosotros, verdaderamente le hacemos falta - mucho más de lo que nosotros le ansiamos a Él. Él dice (Jn 17): “Padre, yo quisiera que ellos estén donde estoy yo.” Yo quisiera... Ésta era su oración ante la muerte.

Nuestra tarea es aceptar su amor, y esto es activo. Pensamos que es pasivo – aceptarlo. Yo digo: Por favor, Hermana tome este papel. Si Ud. quiere tomarlo, aceptarlo, entonces tiene que levantarse, moverse y tomarlo. Aceptar algo significa ser activo. Si yo acepto el amor de Dios, tengo que dejar que entre en mí y me compenetre hasta el fondo.

Piensen cómo suelen escuchar a los niños cuando hablan de su padre. “Mi padre lo sabe todo.” “Ah, mi padre es mejor que tu padre; mi padre puede esto y aquello.” “Oh, mi padre sabe esto y lo otro... lo pregunto, él me lo dirá.” Tan orgullosos, tan dependientes, tan llenos de confianza... Si alguna vez no puede rezar, hágase una lista de todas las cualidades que un niño supone de su padre. Luego controle, si esta es s u lista respecto a su Padre. O lea el evangelio de San Juan y anote todos los textos donde Jesús habla de su Padre. “Yo y el Padre somos uno. Yo hago lo que me dice mi Padre. Hago lo que agrada a mi Padre. El Padre me lo ha dado todo.” Y luego, en vez de Jesús colóquese a sí misma. Yo y el Padre somos uno. Yo hago cualquier cosa que le agrada al Padre... Hasta que esto realmente brote de una relación. La Madre Teresa sabía esto muy bien. “La prudencia calcula, el amor ama,” dice. “El amor lo da todo con alegría, y nuevamente, y cada día – todo.” – “El amor no puede esperar,” dice. El amor era la impulsaba. Nosotras siempre escuchamos: “Ama a tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser y con todas tus fuerzas.” El amor se expresa de distintas maneras. Hace poco he leído que en algunas culturas después de una noche de unión de un matrimonio, siempre había que dejar una nota sobre la almohada, como signo de algo más

grande de simplemente haber estado juntos; algo espiritual. En otras culturas no hace falta una nota; sólo un signo: flores, o perfume – algo bonito. No hace falta decir nada; sólo un pequeño signo que habla de amor. Esto varía en diferentes culturas. Pero para nosotras Dios ofrece la puesta del sol, el jardín.... Todo es señal de amor, si somos atentas. Pero debemos acogerlo.

Así les pido que todo esto lo acojan como señales del amor de Dios.

Les pido que mañana reflexionen cómo Dios les ama, a lo largo de toda su vida. No hagan ninguna lista; sería pensar y trabajar demasiado. Más bien, talvez, procuren una actitud de reverencia, de gratitud, de admiración. Permitan que Dios les diga: Te amo. Doy Egipto, doy todo por ti. He dado a mi único Hijo por ti. Pero ¿qué nos hace eso, cuando alguien nos dice: Te amo, lo doy todo por ti? Uno apenas puede respirar – uno está libre, uno está contento, animado, uno baila – y esto está bien. Espero que mañana todas puedan bailar – o cantar, o algo que les dé alegría. Ello muestra que Uds. han escuchado de Dios: “Te amo”. Permitan que esto penetre profundamente en Uds.; no trabajen demasiado sobre ella – tan sólo disfrútenlo y alégrese.

Por favor, sean como María. La palabra más importante sobre María en la Sagrada Escritura es: Bienaventurada es ella, porque ha creído que se cumplirá lo que le ha sido prometido por el Señor. Por favor, crean también Uds. que todo lo que Dios ha prometido se cumplirá en Uds.

Como ya hemos rezado, no rezamos más juntas; les dejamos a todas en paz para que puedan tan sólo acoger el amor de Dios. Por esto rezamos: Dios, te agradecemos por tu amor – que Tú eres amor. Perdónanos nuestra falta de fe en esto. Haz que en esta noche y mañana realmente acojamos tu amor y leer.

Mis queridas Hermanas, les encomiendo al Espíritu Santo por la poderosa intercesión de la Santísima Virgen María y les pongo para siempre en sus benditas manos. Nos vamos en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

II – EUCARISTÍA

Algunas de nuestras señoras italianas llegaron a mi oficina diciendo: ¡Buen día! ¡El sol está lindo! Yo dije: ¡Sí, buona festa – una linda, bendecida fiesta! ¿Fiesta? ¡No, hoy no! ¿Cómo puede Ud. decir esto? ¿Fiesta? Hoy muere el Señor! Yo les dije: Pero hoy hemos recibido el gran regalo de la Eucaristía! Él nos ha mostrado su amor! ¡ Hoy es la fiesta de la amistad! Ah - ¡pero el Señor murió hoy... ¿Cómo es esto? Entonces tuvimos una pequeña conversación teológica.

Talvez encontremos que en nosotras estas emociones están en pugna – pero el Señor muere mañana. Hoy festejamos, porque hemos recibido este gran regalo: la fiesta de la Eucaristía, la fiesta del amor, la fiesta de la amistad. En este sentido comenzamos en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Madre Teresa, ruega por nosotras.

Hoy pues es la fiesta del amor, y hemos visto en los últimos días: el amor lo da todo, y el amor lo da todo con alegría. Lo vemos muy claramente hoy, en esta fiesta. En el día de hoy instituyó Jesús la Eucaristía que nos muestra el amor del Padre, y de una manera particular. El Evangelio para la liturgia de hoy dice que Él siempre ha amado a los seres humanos que están en la tierra, y los amó hasta el fin. Jesús y sus discípulos estaban en la cena. Jesús sabía que había venido de Dios y pronto estaría de nuevo con Él. En este día, Jesús se encontraba frente a la muerte, y lo sabía, dice

Juan. Esto es un poco extraño – y sin embargo no tan extraño. Pensemos en John Kennedy, en Martín Luther King – los mártires de hoy. Si Uds. leen bien sus obras ven que sabían que tenían que morir. Así entendemos mejor a Jesús. Sabía que tenía que morir. Se puede decir que esta gente era demasiado buena – el mundo tenía que eliminarlos. Él lo sabía. En este momento quería y debía estar con sus amigos. Esto era su deseo. Era una fiesta que se celebraba con un banquete, y Él quería celebrar esta fiesta con sus amigos. Había dado a sus amigos esperanza, les había dado fe, les había dado amor. Había fortificado su espíritu en su tiempo junto a ellos. Los amaba, y ellos lo sabían. Quería seguir estando con ellos, apoyarlos. Unirlos, fortificarlos, ser su fuerza. Anoche los hemos escuchado: Padre, yo quisiera que estén conmigo.

Cuando estemos frente a la muerte, quisiéramos que nuestros amigos estén con nosotros. Yo siempre pienso que esto fue el sufrimiento más grande – que los amigos se habían alejado. No los dolores corporales, sino el que se hayan ido los amigos. “Yo quisiera que estén conmigo.” También quisiera que ellos lo recuerden. Todo necesita ser recordado. Cuando alguien muere quisiera que los otros lo recuerden y construyan grandes edificios que ostentan su nombre, o escriban un poema, una buena, muy larga poesía o un libro que pueden dejar. O muchos piensan que sus hijos son su regalo al mundo; que los hijos los recuerden.

También Jesús sentía esta necesidad. Tenía que ser recordado cuando moría. Y era muy creativo. Encontró un camino. Tomó pan, conservador de la vida, alimento, comida - algo cotidiano – y dio las gracias. Lo partió y dijo: Esto es mi cuerpo. En el idioma hebreo no hay palabra que diga cuerpo; esto es occidental. Cuerpo y alma – esta separación hemos traído al mundo nosotros. En la lengua hebrea no se puede separar cuerpo y alma – uno es un ser humano, una persona. Y Jesús dice por eso: Esto es mi persona. Esto es mi ser-humano para Uds. Hagan esto en memoria mía. Luego tomó el cáliz – vino – bebió: señal de alegría. Dijo: Cáliz de la alianza nueva en mi sangre. Sangre significa para los hebreos vida. Sin sangre no hay vida. Esto es mi vida para Uds. Hagan esto en mi memoria. Jesús dio cuerpo y sangre, vida, ser-humano, persona... al Padre por nosotros, y a nosotros para el Padre. La Constitución dice: Damos nuestra vida al Padre por los demás; damos nuestra vida a los demás por el Padre. Esto es alabanza y agradecimiento y acción de gracias. Jesús fue un excelente maestro, como ya sabemos. El jueves – hoy - hizo con la palabra y con el signo lo que mañana, el viernes, hará realmente. Hoy es símbolo: palabra, signo, pan, vino. Lo hemos visto. Signo de lo que será mañana. Luego, después de mañana, viene la continuación en la Eucaristía. Una y otra vez se da a sí mismo al Padre por nosotros y a nosotros para el Padre. Esto es Eucaristía. Jesús vive ahora con su Padre con la misma intención como entonces. Y por eso siempre sucede esto: Jesús está con su Padre y dice: Yo doy mi vida por esta gente. Y siempre nos dice: Yo doy mi vida por Uds., para gloria del Padre.

Sigue. Una vez alguien preguntó a una maestra muy famosa – era una negra -: ¿Qué hace de Ud. una maestra tan buena? Ella dijo: Bueno – les digo lo que quisiera que decirles, y luego les digo lo que les he dicho. Así lo hizo Jesús. Hoy nos dice lo que nos quisiera decir, en el símbolo. Mañana lo dice. Y siempre de nuevo, en la Eucaristía vuelve a decir lo que ha hecho. Y como es símbolo, es realidad: hace lo que dice. ¿Lo han aprendido en el catecismo, como niñas, que un sacramento es un signo que hace lo que significa? Un signo externo, que hace lo que dice. Palabra y acción - Jesús dijo e hizo, y necesitamos ambas cosas, palabra y acción. Esto es la Eucaristía. Él nos dice, y Él lo hace.

Existe una película – talvez Uds. la conocen – “El violinista sobre el techo”. En un momento se acerca el hombre a su mujer y dice cantando: ¿Pero, me amas? La mujer dice: Bueno, durante 25 años he cocinado, lavado, criado a los hijos – y preguntas si te amo? “Pero, me amas?” – “¡Te dije, desde hace 25 años estoy aquí para vos! Y él dice muy simplemente: “Pero – dime que me amas.” Hacer no basta. ¡Dime también que me amas! También lo contrario es verdad; el Evangelio lo dice: No digan solamente sí, sí - háganlo. Nosotros, los seres humanos, necesitamos palabra y acción.

Dicen que esta es la razón porque Ghandi se destacaba tanto. Dicen que lo que Ghandi pensaba, lo decía y lo escribió – todo era uno. Nosotros estamos inclinados a pensar una cosa, hacer otra diferente y decir nuevamente algo distinto. Siempre me siento culpable al estar aquí, con todo esto, porque dicen que Ghandi no necesitaba apuntes, pues lo que dice, lo piensa y lo hace. Nosotras generalmente somos un poco distraídas. Si Jesús entrega su vida por nosotros con la palabra y con la acción, nosotros debemos entregar la nuestra. Ya que amor reclama amor, como dijimos ayer. Amor total reclama amor total. La Madre Teresa dice que la Eucaristía sobrepasa el amor de todo amor. El amor lo da todo, y nuevamente y cada día - todo. Y en la Eucaristía el amor sobrepasa a todo amor.

Y Jesús dice: Hagan esto en memoria mía. ¿Qué es esto? ¿Qué hace? Entrega su cuerpo y su sangre y dice: Hagan esto en memoria mía. Entrega tu cuerpo, tu sangre, tu persona, tu vida a los otros. Entrega tu vida por los otros. Y si Uds. hacen esto, recuérdeme, piensen entonces en mí. Hagan esto, entreguen su ser en memoria mía. Les pido que me recuerden. ¡Era creativo! Cómo podemos recordarlo... Re-cordar, acoger algo en el corazón, volver a hacerlo nuestro... Si re-cordamos algo, hacemos presente la realidad. Por ejemplo, si yo digo: Por favor, recuerden el mejor momento de su vida - ¡ahora! Todo volverá de nuevo; en este momento está aquella vivencia aquí presente.

El mejor ejemplo veo yo cuando ha muerto una madre y después del entierro todos van a comer juntos. Muchas veces estoy allí sólo escuchando. Eventualmente se oye: Pero - ¿no está mamá aquí entre nosotros? ¿No sienten Uds. que está aquí? Porque: Todos piensan en la madre – para esto están allí. Si la madre estuviera presente, cocinando y atendiendo y haciéndolo todo - bueno, todos lo esperaban así. No piensan en la madre; es normal. Pero la madre falta. Por esto están juntos. Todos piensan en la madre. Este recuerdo la hace presente. Lo mismo pasa con la comunidad cristiana. Nos encontramos, llamados por Jesús, para recordarlo. Esto lo hace presente. Así decimos: Después de la Consagración Él está presente – de veras, realmente, porque es un sacramento. Y nuestro pensar está unido con su pensar, muy conscientemente. Y cuánto más conscientes estamos, tanto mejor obra la Eucaristía. Nosotras, las H.E.N.S., decimos: Nuestra vida es eucarística. (DG 40). C 34 habla de la Eucaristía en nuestra vida cotidiana.

Pero ¿Porqué es nuestra vida eucarística? No porque cada día celebramos media hora o una hora la Eucaristía. Esto no lo hace. Sino, porque permanentemente entregamos nuestra vida para los demás, para promover la unidad. Desde el punto de vista teológico, el resultado de la Eucaristía es la unidad. ¿Lo recuerda del tiempo de sus estudios, con muchas frases difíciles? Muy simplemente significan esto: el resultado de la Eucaristía es la unidad. Es el sacramento de la unidad. Y la Madre Teresa – creo que no ha estudiado mucha teología, pero sabía esto en su interior. De alguna manera sabía que la Eucaristía y la unidad van juntas, pues acentuaba a ambas. Mucho tiempo estaba ante la Eucaristía, y fuertemente acentuaba la unidad.

Recordando a Jesús estamos entonces apremiadas – N° 34 – a vivir la Eucaristía en nuestra vida cotidiana, a entregar nuestra vida por la unidad. Esto es lo que hace nuestra vida eucarística. Y si no lo hacemos, si celebramos la Eucaristía y luego hacemos otra cosa que entregar nuestra vida por los demás, algo no está bien. Para mí era esto lo más problemático para enseñar a los estudiantes en el nivel universitario. “Sí, es hermoso lo que dice sobre la Eucaristía, es cierto. Pero ¿qué pasaa? Todos en la parroquia vienen para celebrar el domingo, y luego se matan unos a otros para llegar primero al estacionamiento. Esto no está bien. O ¿Cómo es que las Hermanas celebran cada día la Eucaristía, y luego no se hablan, o se hablan de tan mal modo? Esto no está bien. He aquí nuestro desafío: de vivir la Eucaristía en nuestra vida cotidiana. Siempre nos hemos esforzado por entregar nuestra vida por el otro. Pero creíble es nuestra celebración eucarística solamente, si generosamente aceptamos el cuerpo místico de Cristo y damos testimonio del reinado de Dios. Sólo entonces es creíble.

Como maestras hemos hecho un buen trabajo. Les hemos enseñado a los niños que cuando llegan a la capilla, calladitos y con reverencia doblen la rodilla, muy lindo (generalmente muy lindo – no siempre...) Pero nos espera un trabajo aún más grande: que tengamos el mismo respeto ante los seres humanos. Ante el cuerpo de Cristo, en esta pequeña hostia, decimos: Sí, amén, lo creo. Lo afirmo. Esto es el cuerpo de Cristo. Pero sabemos que también el pueblo de Dios es el cuerpo de Cristo. Y tanta reverencia deberíamos tener ante el cuerpo de Cristo-Pueblo de Dios como ante esta pequeña hostia. Interesante: es tan fácil decir amén a una pequeña hostia. Pero decir amén a ti, decir amén a ti, decir amén a ti... es verdad: Tú eres el cuerpo de Cristo. La hostia como cuerpo de Cristo está aquí para profundizar la presencia de Cristo en los hombres. Esta es la razón. Y lo que existe para otra cosa no es tan importante como el objetivo. La Eucaristía nos ayuda. Porque la Eucaristía es culto divino. Reconocer a Dios como Dios y a nosotras mismas como creaturas – esto nos hace libres. Por eso Eucaristía es acción de gracias. Nosotros recibimos todo de Dios. Todo, todo – vida, identidad... todo lo que somos y tenemos viene de Dios. Entonces debemos dar las gracias. La gratitud es la actitud fundamental de un cristiano. Si no somos agradecidos, no somos buenos cristianos, porque todo lo hemos recibido de Dios. Por eso ofrecemos a Dios el mejor don que nos dio: a Jesús. Es lo mejor que tenemos. Se lo ofrecemos al Padre – y junto con Jesús nos entregamos a nosotras mismas. Dicho de manera teológica: Somos realmente nosotras mismas cada vez que celebramos y vivimos este Sacramento de la Unidad. Es esto quienes somos: una comunidad que da gracias y entrega a Dios el mejor don que Él nos ha dado – y también a nosotras mismas. Esto se ha dicho de la Iglesia y lo decimos de nosotras en la Constitución N° 35. Nosotras somos realmente nosotras mismas – Hermanas de las Escuelas – cuando celebramos y vivimos la Eucaristía. Esto es quienes somos.

Dar gracias. Y esto coincide tanto con la Madre Teresa. Siempre la Eucaristía. Siempre la adoración. Adoración y vida: las dos metas más grandes que nos ha señalado.

Cristo se ofrece a la Iglesia, su esposa – como un esposo. Da su ser a su esposa. Y la Iglesia, su esposa, lo recibe y se ofrece al Padre. Esto es lo que es la Iglesia: recibe a Jesús como esposo y lo vuelve a entregar, y nosotras también. Recibirlo todo del Padre – volver a regalarle todo y a sí mismas: esto es acción de gracias, esto es culto divino. Y Cristo une su entrega con la suya. La entrega al Padre y la hace fecunda (N° 11 en la Constitución). Nos traemos como signo: pan y vino – esto somos nosotras. Lo traemos en la procesión de ofrendas y, ojalá muy conscientemente, decimos: Por favor, ¿me transformas? Así como transformas este pan y este vino para que se haga Cristo. ¿Me transformas?

Penetrar más y más profundamente en la vida de Cristo... Ya somos cristianos, pero tenemos que ser transformados cada vez más profundamente. Todo – nuestros pensamientos, nuestra imaginación – poco a poco, todo debe ser transformado hasta que seamos realmente cristianos. Y esto es nuestra resurrección. Como pan y vino somos transformadas por la acción de Dios en el cuerpo y la sangre de Cristo. Siempre de nuevo somos introducidas en el anonadamiento de Cristo. Esto nos cuesta la Eucaristía. Exige morir. Si siempre de nuevo damos nuestra vida por los demás, tenemos que morir. Tiene que ser así. Pero la muerte lleva a la resurrección. Y viene a través de un banquete sacrificial.

Hace unos 25 años discutían los teólogos, si la Eucaristía era banquete o sacrificio. ¿Se acuerdan? Era una gran lucha. Luego, un teólogo descubrió que en el Antiguo Testamento había banquetes sacrificiales. Esto es lo que hizo Jesús. Era un sacrificio. Y los israelitas sacrificaban esos animales como símbolos de sí mismos. Luego se sentaban a comerlo. Pero Dios no podía comer carne. ¿Cómo puede Dios comer con nosotros? Ah – quemaban la grasa. Entonces hubo humo. El humo no se puede asir. A Dios no se puede asir. Ah - ¡El humo es para Dios, la carne es para nosotros! ¡Estamos con Dios! ¡Comemos con Dios! La comida nos une.

¿A quiénes invitan Uds. a comer? Sus amigas y amigos – no a extraños, normalmente. Comer una. Mi padre no es teólogo. Pero si se acuerdan, antes no podíamos comer juntos. Entonces solía decir: ¿Pero cómo puedo hablar contigo, si no puedo comer contigo? Era imposible para él pensar que hemos tenido una buena conversación si no estábamos en la mesa, porque pertenece tanto a la familia y a la amistad. Eucaristía – N° 33 – fuente y expresión principal del amor y de la unidad. El amor y la unidad que buscamos para nuestra comunidad y el mundo. Yo encuentro maravillosa esta palabra. No dice “el amor y la unidad que poseemos”, sino: el amor y la unidad que buscamos. Dice mucho sobre la vida comunitaria, creo. Todas nosotras – o la mayoría de nosotras – cuentan con que poseemos amor y unidad. Pero nadie nos prometió esto. Buscar la unidad y el amor, sí. Poseer – esto viene recién en el cielo.

Ciertamente, nos descorazonamos. Llegamos a esta mesa para recibir, venimos a esta mesa en nuestra condición quebrada. Y hacemos algo juntas, como comunidad. Tenemos que celebrar como comunidad. DG N° 40 nos lo dice bien: Celebramos litúrgicamente nuestro llamado, nuestra vida, nuestra misión. La Eucaristía lleva a su expresión litúrgica el llamado, la vida y la misión. Todo lo que es importante en la vida, lo celebramos, en general simbólicamente. El hombre da a su amada un anillo – un signo. Y lo celebran. Nuestra celebración es la Eucaristía. C 35 junta esto diciendo que la Eucaristía es el centro de nuestra vida consagrada ¿Porqué? En la Eucaristía encontramos amor total a los demás: virginidad consagrada. En la Eucaristía encontramos obediencia hasta la muerte: obediencia apostólica. Y en la Eucaristía encontramos renuncia total, y esto es pobreza evangélica. En la Eucaristía, dice la Constitución, encontramos el impulso y el desafío más fuerte para nuestra comunidad en misión. Un teólogo americano escribió: La Eucaristía es dinamita, fuerza explosiva. Pero todavía no hemos encontrado la mecha. Creo que tiene razón. Para lo que es para nosotras la Eucaristía, todavía no hemos encontrado la mecha.

Talvez rezamos entonces hoy en agradecimiento – solamente agradecimiento. Así como esta mañana y anoche sólo se han ocupado del amor de Dios, hoy sólo podemos dar gracias a Dios por habernos dado a Jesús de esta manera tan creativa, y que encontremos maneras de entregar nuestra vida por los demás con tanta alegría.

La primera lectura nos lo dice hoy: Este día debe ser para Uds. un día conmemorativo. Celébralo como fiesta para el Señor. Para todas las generaciones sea su celebración regla permanente. Creo que esta es una tarea muy importante que el Señor nos da hoy.

Les deseo un hermoso día de gratitud y alegría. Dios les bendiga.

III – COMUNIDAD

Comenzamos nuevamente en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Madre Teresa, ruega por nosotras.

De una manera especial es hoy la fiesta de la comunidad. Por eso tomamos hoy el tema “Comunidad Espiritual”. En este día reunió Jesús a sus amigos para un banquete, a fin de ofrecer un sacrificio y rendir culto a Dios. Esto es, como dijimos esta mañana, Eucaristía – esto es comunidad espiritual. Un grupo de creyentes, reunidos para ofrecer un sacrificio, para rendirle culto a Dios y esperar a Jesús: esto somos nosotras: comunidad de fe. En el Antiguo Testamento, Dios eligió a un pueblo. Dándole una ley, lo hizo pueblo: Uds. son mi pueblo y yo soy su Dios. Esa ley que les dio entonces, les hizo pueblo. En el NT, Jesús también eligió a un pueblo – el nuevo Israel. Jesús lo

convirtió en pueblo dándole una ley – dándoles a sí mismo. Él es la Nueva Alianza. El amor de Jesús es la ley de todos los cristianos. Lo sabemos: La nueva ley es Jesús - la Nueva Alianza entre nosotros. Él mismo es el lazo que une a su pueblo.

Ya lo dijimos esta mañana. Nosotras fuimos acogidas en este pueblo por el Bautismo. Esto nos dice C2: Estamos incorporadas en la vida de Cristo y en la comunidad de la Iglesia. Anoche dijimos: El Bautismo nos ha dado la vida de Cristo; ha transformado nuestra vida natural. Ya no hay “natural” y “sobrenatural”: es una sola, y ésta está transformada. Por el Bautismo vivimos con la vida de Cristo; por el Bautismo estamos incorporadas en la comunidad de la Iglesia. Pertenece a muchas comunidades: la comunidad de la Iglesia, de la escuela, de la familia, del estado, de la parroquia etc. etc., y nos cuesta balancear todas estas comunidades. Después - Nº 3 de la Constitución - en la fuerza del Espíritu de Cristo y como respuesta a su llamado, nos comprometemos a vivir en nuestra Congregación, una comunidad eclesial. Pero una comunidad eclesial determinada, que está dotada con el carisma de la Madre Teresa.

Siempre me resulta interesante hacer una pregunta: Si Ud. mira a todas las Hermanas aquí presentes y piensa en todas las Hermanas de la casa - ¿a cuántas conocería, si Ud. no fuese H.E.N.S.? Les doy unos minutos, después voy a preguntar. ¿Cuántas de las que están aquí conocerían a diez Hermanas? Nadie. ¿Cinco? Tres? ¿Dos? ¿Una? Esto me dice tanto: que aquí en Roma, el 27 de marzo de 1986, estando juntas todas estas Hermanas de distintos países, pueblos, estados... si no fuésemos H.E.N.S., conoceríamos apenas alguna. Y aquí estamos juntas, como Hermanas. Esto me dice tanto sobre cómo somos comunidad espiritual. Jesús nos ha reunido. Esto es evidente. Ningún motivo natural nos ha reunido. Sólo por haber respondido a Su llamado estamos hoy aquí como Hermanas. Entonces escuchamos las palabras de Job: Ténganse por lo que son en realidad: Hermanas. Esto nos causa asombro. Es verdad (Nº 6): Cristo es el centro de nuestra comunidad, la fuente de nuestra unidad; el Espíritu Santo es el vínculo que nos une. En este texto tiene que sonar en nuestro oído la palabra de la Madre Teresa que escribe: “El Espíritu Santo nos ha reunido y Jesucristo ha atado el lazo estrecho entre nosotras.” Vivimos con la misma vida – Su vida, Su gracia, Su alimento – cuerpo y sangre – Su espíritu. Ténganse por lo que son en realidad: Hermanas.

Nº 57 en el Directorio dice que nuestra comunidad de fe está formada por seres humanos invitados por Dios a sellar con Él una alianza de amor. Ud. está invitada, y Ud. está invitada, y yo estoy invitada... De la misma manera, una como la otra. Nadie puede decir: Yo fue invitada en primer lugar, yo soy la más importante... Cada una está invitada por Dios a sellar una alianza de amor con Él. Esto nos debe infundir respeto de unas hacia las otras: ¡Dios la ha llamado aquí, para sellar con Él una alianza de amor!

Como respuesta a este llamado nosotras nos hemos comprometido a hacer esto. Decimos: Comunidad espiritual es un don, pero también una tarea. Nos hemos comprometido.

En Nº 10 hay una frase que costó mucho en aquel Capítulo. Hemos escrito: Cuando hacemos nuestros votos, nos comprometemos al mismo tiempo a vivir en comunidad con nuestras Hermanas. Al hacer los votos, me comprometo con cada H.E.N.S. en el mundo. Esto a veces es difícil. Con Dios va OK – mi compromiso con Él... ¡Pero con ella, y con ella, y con ella! A muchas Hermanas capitulares no les gustaba esto. Dijeron: ¡No, esto no lo podemos escribir! ¡No hago alianza con ellas y con ellas y con ellas! Yo hago mi alianza con Dios. Pero ahí figura – porque es la verdad. No podemos decir que me comprometo a vivir en la Congregación; la Congregación es tú y tú y tú y yo. Y esto es a veces difícil para nosotras.

Comunidad es una necesidad de nuestra época. Basta que miremos los diarios: todos tratan de pertenecer a algún lado. Buscan una comunidad, un grupo... Les doy un ejemplo: Cuando hoy me dirijo a las calles de Roma, o al lugar donde trabajan, y digo: Yo conozco un lugar donde las

personas conviven dando y recibiendo amor y respeto, en confianza, apertura y sinceridad; donde están presentes unas para otras en oración, diálogo y servicio, llevando unos las cargas de otros – son un corazón y un alma. Bueno, no lo hacen a perfección, pero cuando fallan, se perdonan mutuamente, se reconcilian y comienzan de nuevo. Me puedo imaginar la reacción de la gente. ¿Dónde existe esto? ¡Esto lo quisiera ver! ¿Me lo muestra? Entonces digo: Sí – es ahí, el convento de las H.E.N.S. Esto es así, pues no es más que una cita de N° 7 de nuestra Constitución. Así vivimos – así intentamos vivir. Es un gran objetivo, y la gente ansía tan sólo verlo. ¿Porqué van tantos a Taizé? ¿Aquí, allá, de donde oyen algo? Quisieran verlo. Nosotras lo tenemos – como don y como tarea.

En 1970 en el Capítulo, aquí en esta aula, preguntaron las Hermanas, de dónde tendríamos nosotras semejante importancia de la comunidad en la Constitución. ¿De dónde viene esto? Uds. recordarán que el martes a la noche hemos hablado del desarrollo de Sois Enviadas y hemos dicho: Comunidad de fe es nuestra meta primera. La reacción era: ¿Porqué? ¡Esto es nuevo para nosotras! ¿De dónde vino esto? Yo he entrado para ser maestra, no para vivir en comunidad. Pero luego hemos reflexionado juntas. Sí, realmente no es nuevo. Por ejemplo, la Trinidad es modelo y ejemplo. La Madre Teresa siempre acentúa la Trinidad. Agustín, el gran teólogo de la Trinidad, es nuestro padre espiritual. Muchos dicen que esta espiritualidad de Agustín ha estado descansando por muchos años, hasta que el mundo estuviese dispuesto para ella: es hoy que buscamos esta comunidad espiritual. Ahora se presenta la espiritualidad agustiniana. Trinidad – donde tres personas distintas son uno, donde cada una recibe su identidad de las otras dos, donde cada una existe por las otras, donde el amor hace que los otros sean diferentes, completamente distintas, y sin embargo uno. Nosotros estamos inclinados a pensar que cuando somos un poco diferentes, algo está mal; tenemos que estar uniformes – en vez de creer que cuando estamos diferentes, esto traerá una unidad más profunda, porque da una imagen más hermosa. Miren las flores en el jardín. Cada florcita es distinta. Si todas fuesen semejantes, no serían tan interesantes.

Tenemos que reclamar los dones unas de otras, para ser enriquecidas. En el Antiguo Testamento también había un pueblo – en el Nuevo Testamento es una comunidad. El Vaticano II dice: Dios nos redime no como individuos, sino como comunidad. Esto es una frase fuerte. Uds. pueden leer aquí muchas citas del Padre Job y de la Madre Teresa, cómo han acentuado la comunidad. Hace unos cinco años me he encontrado con una Hermana alemana que tenía 55 años de profesión. Ella me dijo, cuando yo era joven y quería entrar en una comunidad, el párroco me dijo: Tienes que ir con las H.E.N.S. Ella preguntó: ¿Porqué? Porque las H.E.N.S. acentúan mucho la vida en comunidad, y tú eres muy capaz para la vida comunitaria. Esto era para mí tan consolador, que ya 55 años antes una persona de afuera, un párroco, pudo observar: las H.E.N.S. acentúan la vida en comunidad – ahí está tu lugar. De manera que no es una cosa nueva. Lo nuevo es, cómo lo vivimos, cómo expresamos la vida comunitaria, esto es nuevo. Toda nuestra vida está teñida de comunidad. Uds. lo pueden ver en la Constitución: cuando escribimos sobre apostolado, entra comunidad. Cuando escribimos sobre oración, entra comunidad. Comunidad lo tiñe todo. En N° 8 decimos que nuestra vida en comunidad es servicio al pueblo de Dios – no sólo nuestro apostolado, sino nuestra vida en comunidad es servicio. Por eso es tan importante, cómo vivimos la vida comunitaria, no sólo que la vivimos. La calidad de la vida comunitaria influye en el apostolado y es también marcada por el apostolado. Uds. saben esto de su propia experiencia. Cuando Ud. con algo de la comunidad no anda bien, Ud. no está totalmente en paz en la escuela o en la parroquia: algo no va bien. Esto es comunidad religiosa apostólica – cuando el apostolado también tiñe la comunidad, y viceversa.

Somos influenciadas por la cultura y la iglesia local, decimos. No es sólo que damos, que mostramos que es posible vivir juntas basadas en la fe. Ciertamente, lo mostramos: Miren, aquí estamos, enlazadas únicamente por la fe. Y vivimos bastante bien. Cuando yo estaba en el noviciado, vino de visita el padre de una cohermana; él no era católico. Él venía cada mes, y luego

salía siempre tan asombrado, diciendo: Tiene que ser Dios. Si no fuera Dios, todas estas mujeres no podrían convivir en paz. Sería imposible. Un testimonio concreto: Dios está aquí. Sí, somos llamadas por Dios. Pero no es sencillo que comunidad exista y crezca y se profundice. Hay que trabajarla y morir por ella. DG N° 1 a 10 indica maneras concretas cómo lo hacemos. Uds. saben que en la Constitución la primera parte trata de nuestro objetivo; la segunda parte tiene - ahora, en la nueva revisión - más asuntos canónicos, jurídicos - si bien asuntos importantes. Luego, el Directorio va a la práctica: ¿Cómo hacemos realidad estos objetivos? Es completamente práctico. Y muchos dicen que sólo si hacemos todas estas cosas prácticas -, sólo entonces podemos hacer realidad este objetivo. Decimos por ejemplo en N° 1 “Mútuamente aportamos nuestros talentos y gracias, pero también nuestras limitaciones...” y que tomamos decisiones teniendo en cuenta a la comunidad. La mayoría de nosotras no tiene dificultades en aportar sus dones. Pero llevar a la comunidad nuestras limitaciones es algo más difícil - si pienso que las Hermanas tienen que llevar mi carga debido a mis limitaciones. Yo encuentro esto siempre afirmado cuando hablo con postulantes y dicen: Sí, realmente me va bien – sólo que la vida en comunidad es un poco difícil. Es que antes tenían su propio departamento, su propio auto, su propio trabajo y podían tomar decisiones por sí mismas. Pero esto marca un estilo de vida particular. ¿Tengo que pensar siempre en las otras antes de irme, o de subir al auto? Sí. ¡Hm! Esto es bastante difícil.

Decimos que las decisiones comunitarias deben servir a la vida, por ejemplo, cuando un nuevo miembro ingresa en la comunidad. ¡Toda la comunidad es nueva! Pero a veces presuponemos esto. Somos cinco; una Hermana nueva llega y nosotras decimos muy fácilmente: Aquí se hace esto así y así. ¡Vamos! Pero la comunidad es nueva, ya que tiene un miembro nuevo. Hay que volver a pensarlo todo de nuevo. ¿Cómo debemos hacer esto con **estas** seis Hermanas? No es lo mismo que con cinco Hermanas más una. Cada miembro hace una diferencia en la comunidad, porque tiene diferentes relaciones con cada Hermana.

Hablamos en el Directorio sobre salud, sobre vacaciones. De alguna manera es raro que tengamos que escribir sobre esto. Pero es interesante: ¡cuántas Hermanas no se ocupan convenientemente de su salud! Ay, tengo que trabajar, tengo que trabajar, no tengo tiempo para ir a ver al médico. Pero esto es una injusticia frente a Dios. Todas somos responsables de nuestra vida, que podamos vivir y trabajar bien.

Sí, la vida comunitaria es difícil. Y esto nos hace ver que realmente es parte de nuestro carisma. Ha sido escrito: “Si Ud. quiere saber cuál es su carisma, fíjese en aquello por lo que más lucha; esto quiere decir que es muy importante para Ud.” Vida comunitaria entre nosotras, creo que sí. ¿Pobreza? Vamos a hablar sobre ella. ¿Internacionalidad? Cuando una reunión de comunidad tiene un tema semejante, entonces hay mucho movimiento. Pero también esto es humano. Hablen Uds. con un matrimonio nuevo. Todo va bien para un tiempo. Pero hace poco hablé con una mujer. “Sí, pero él deja allí sus medias sucias. Esto me da tanta rabia”. Ella debe aceptar esta debilidad de él y trabajar con ella. Hasta que nosotras aceptemos las debilidades que hay en la comunidad, realmente todavía no hemos aceptado la realidad de la comunidad. Por ejemplo, yo siempre quedo asombrada cuando tenemos Capítulo General. ¡Ahí está el gobierno de la Congregación! Y llega el momento en que toda están – tienen que estar - ¡tan desilusionadas! Porque es justamente como en casa: por estas pequeñeces; no me va tan bien con ella, no puedo andar tan bien con ella... ¿Esto es el gobierno de la Congregación? O miramos al Consejo General o al Consejo Provincial: Hm – ¡es como en casa! Podemos sentirnos muy desilusionadas. Tenemos que aceptar las debilidades de la Congregación, de la comunidad local. El amor y la unidad son lo que anhelamos - como dijimos esta mañana - no lo que poseemos.

Hay una maravillosa descripción de la comunidad local de fe en N° 59 del DG. Dice: “La comunidad local de fe es el lugar primordial en que seguimos a Cristo.” Piense en su comunidad local. El lugar primordial en que Ud. sigue a Cristo, con estas Hermanas. Sí, es verdad. Tal vez no

esté perfecto. Pero es lo que anhelamos. A menudo lo que esperamos de la comunidad espiritual es demasiado elevado y no podemos menos que quedarnos desilusionadas. Esperamos mucho. Muchas veces nuestra fe no es bastante profunda para asombrarnos cómo Dios trabaja en nuestro medio. Yo estoy convencida de que el compartir la fe ayuda. Nuestra primera y segunda tarde juntas me han convencido. Uds. hablaron sobre Dios y su vida. Uds. tienen que sombrarse, cómo obra Dios. Esto lo tienen que hacer con regularidad en su comunidad local. Entonces quedarán asombradas de cómo obra Dios en medio de Uds. Entonces mirarán a su cohermana con otra mirada, con otros ojos – porque Dios obra en ella.

Nº 9 de la Constitución dice: Nuestra comunidad es misionera – como toda comunidad cristiana. No podemos solamente sentarnos juntas y decir qué lindo es estar juntas. Entonces moriríamos. Tenemos que anunciar la Buena Nueva, somos misioneras. Tal vez no saben Uds. que nosotras ocupamos el segundo lugar entre las mayores congregaciones misioneras femeninas de la Iglesia. Enviamos a muchas misioneras. La misma Iglesia es misionera. No puede dirigir la mirada sólo hacia sí misma, sino tiene que mirar a Dios y a su reinado. Para esto somos llamadas y enviadas, para conducir a los hombres a una mayor unión entre ellos y con Dios, dondequiera estemos. No podemos vivir para nosotras mismas. Tenemos este objetivo, esta misión: llevar a los hombres a una mayor unión entre ellos y con Dios.

Lo que obra la unidad entre nosotras en la comunidad local, obra la unidad entre todos los hombres. Así nos dice Nº 9. Es pues así: Aquí somos enriquecidas y vamos hacia la gente – y volvemos enriquecidas por la gente. Y hacemos algo en la comunidad, y luego volvemos. Alguien dijo que la vida comunitaria es como un oasis. Cuando uno llega a un oasis en el desierto, uno está sucio y sediento y descansa un poco, cuenta algo, pero luego se sigue adelante. Así es la comunidad local. Estamos en el trabajo; regresamos, estamos en casa. Y nuestras Hermanas nos aceptan: sucias, sedientas, cansadas. Contamos nuestros relatos unas a otras; esto nos da ánimo y esperanza. Luego nos vamos. Cuanto más compenetradas estemos del deseo de Jesús que todos sean uno, tanto más abarcador se hace nuestro esfuerzo por la unidad de todos los hombres y toda la creación. Nuestro deseo de unidad es amplio – llega a toda la creación. Pero viene del deseo de Jesús y que tenemos este deseo de Jesús en nosotras. “El celo por tu casa me consume.”

De la Madre Teresa escribimos en el Prólogo: Era una mujer que anhelaba la unidad de todos en Dios. ¡Qué visión tiene esta mujer! Y por este fin lo dio todo. “El amor lo da todo.” Y hoy, justamente hoy reza Jesús “Para que e todos sean uno, como nosotros somos uno.” Tal vez pedimos esto hoy en la oración: que el anhelo de Jesús y el anhelo de la Madre Teresa sea profundizado en mí; que yo, como ellos, pueda entregar mi vida por otros en mi convento, en mi provincia, en mi lugar y en mi mundo.

IV – VIRGINIDAD CONSAGRADA

Cuando rezo por Uds., pienso a menudo qué bendición es para Uds. el poder hacer los retiros en la Semana Santa. Alguien ha dicho que la Semana Santa es un tiempo para estar con nuestro Salvador, por nuestra Salvación y para nuestra santidad. Cuando en estos días pienso en Uds. y rezo por Uds., pienso: sí, Uds. están con su Salvador, por su Salvación y para su santidad. Creo que ayer hemos obedecido al Papa rezando por los sacerdotes en amor hacia ellos, como él dijo. Hoy nos dice, si Uds. recuerdan, que en este viernes podemos colocar todo el sufrimiento del mundo sobre los hombros del Salvador. Él nos ha llamado a ello, y esta tarde hablaremos sobre cómo la obediencia vale para nuestra vida entera. Creo que, al haber estado en la Audiencia, el Papa precisamente nos ha dado la tarea de que hoy coloquemos todo el sufrimiento del mundo sobre los hombros del Salvador. Hagámoslo en obediencia, con alegría.

Comenzamos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Ayer hemos dicho repetidas veces que era la fiesta del amor, y también lo hemos celebrado. Pero ¿porqué entonces hablamos hoy y no ayer de virginidad consagrada, del voto del amor? Hoy, viernes santo, Jesús nos muestra que nadie tiene un amor mayor que el que da su vida por sus amigos. Hoy vemos el amor. No hay amor mayor que el que hoy experimentamos. Por eso hablamos hoy sobre el voto del amor: virginidad consagrada.

Hoy, Viernes Santo, vemos de nuevo cómo Jesús era completamente humano. Pablo nos dice que era humano; era como nosotros - en todo, excepto sólo el pecado. Como nosotros tenemos una cultura determinada, un país determinado – nuestra patria – también lo tenía Él. Era judío en Israel y pertenecía a la cultura y religión judías. Cuando Jesús creció, también se desarrolló su conocimiento del amor del Padre y de su propia vocación. Estaba cada vez más consciente de su misión y de quién era Él. En el Jordán se encargó Jesús públicamente de la misión que reconoció como suya: Hijo del Padre, enviado para traer la salvación - lo que había de llevarlo a la muerte. La mejor prueba de que era humano: murió, en el día de hoy. Esto es ser humano: morir. También nosotras fuimos en el Bautismo incorporadas en una religión. En un momento determinado de nuestra vida, también nosotras dijimos públicamente Sí al llamado de Dios para, nosotras como Jesús en el Jordán. Mientras crecíamos, también el llamado de Dios se hizo más y más claro para nosotras. Tal vez algunas de nosotras sabían desde pequeñas: Yo seré Hermana. Pero esto también se fue profundizando. Y algunas de nosotras tardamos más hasta comprender esto y hasta que podíamos decir Sí en nuestro Jordán.

DG N° 17 dice: Hemos optado por esta forma de vida – vida religiosa – para continuar con ella la misión de Cristo. Es, Hermanas, un estilo de vida. Creo que debemos pensar mucho en ello cuando pensamos en vocaciones. Cuando entramos Uds. y yo, era casi la única posibilidad para nosotras, mujeres, de servir en la Iglesia. Era una tarea. Pero ahora hay para mujeres jóvenes muchas posibilidades de servir en la Iglesia. No necesitan ser Hermanas, religiosas, para hacerlo. Ahora, las jóvenes tienen que vivir un estilo de vida respondiendo el llamado de Dios, y nosotras también. La razón por la cual hemos venido al convento probablemente es muy distinto de la razón por la cual permanecemos. A veces es bueno hacernos la pregunta: ¿Porqué he venido? ¿Porqué me quedo? Hemos optado por esta forma de vida para continuar con ella la misión de Cristo.

La vida religiosa es pues una forma de vida - no mejor, sino distinta que otras formas de vida. Antes, cuando entramos, era esto – probablemente entre Uds. también – lo mejor. Si Uds. querían hacer lo mejor, eligían la vida religiosa. Y si no, – bueno – entonces eran laicas. Pero el Vaticano II cambió esto totalmente. Todos están llamados a la santidad. Todos, cada uno tiene su camino propio, y el desafío es: encontrar nuestro camino. Antes, si Uds. se acuerdan, cuando hacíamos los votos, dijimos: Pobreza, castidad, obediencia. Hoy nos dice la fórmula: Virginidad, pobreza, obediencia. ¿Porqué? En el Vaticano II, los Padres del Concilio lo exigieron así, y fue aceptado para los documentos: Virginidad consagrada. Porque esto mira a toda mi persona. Todo fluye de la consagración de mi persona. Los documentos nos dicen, y también la Constitución lo dice: Virginidad consagrada es un don. Cito el Vaticano II: “La virginidad por el reino de Dios, a la que se comprometen los religiosos, ha de ser mirada por ellos como una altísima gracia. Ella libera el corazón de la persona de una manera única para un mayor amor a Dios y a todos los seres humanos.” Altísima gracia... Libera al corazón para un amor mayor a Dios y a todos los seres humanos...

La Madre Teresa también lo dice en este primer texto de hoy en nuestro librito: se trata de un don que nos libera para Dios y para los seres humanos. La Constitución dice en N° 13: Poseída por el amor incondicional de Cristo – sobre esto hemos hablado – recibimos llenas de alegría el don de

virginidad consagrada. A veces no quisiéramos tener este don. Pero es nuestro don, y no a todos les ha sido dado. Probablemente también Uds., como yo también, han hablado con mucha gente que con gusto quisieran ser sacerdote o religiosa. Pero tienen que decir: No he recibido este don. Yo tengo que vivir con una persona, o vivir solo. No podemos vivir la virginidad solamente con la fuerza de la voluntad. No va. Por algún tiempo, sí. Pero para siempre no va. Es un don de Dios para personas definidas. DG 11 nos dice: El amor de Cristo nos urge a entregarnos plenamente a Él. A veces nos sentimos como Jeremías. Recordarán este texto, donde Jeremías dice: Tú me has apartado, Señor, y me he dejado apartar. El amor de Cristo nos urge. Virginidad consagrada es un voto de amor indiviso. Muy sencillo, pero nos cuesta mucho. No es un voto para un servicio no perturbado. Muchas veces lo pensamos así: vivimos célibes para poder servir mejor. ¡No! Tampoco es un voto de no casarse. Esto sería algo negativo, y algo negativo no nos entusiasma. Es un voto muy positivo – un voto de amar: a Dios y al ser humano. Y sabemos lo que cuesta amar a seres humanos. Cuesta mucho. Hacemos un voto de amar a Dios y a su pueblo. Es muy difícil amar realmente siquiera a una persona. Y nosotras hacemos un voto de amar a muchos, a todos los seres humanos. Es peligroso – hemos dicho en la primera noche, que amar a alguien nos hace vulnerables. Una de las fundadoras de las Hermanas Salvatorianas escribió: El sufrimiento más grande que puede tocar nuestro corazón es el sufrimiento de aquellos a quienes amamos. Esto es cierto. Cuando yo sufro, lo puedo soportar. Pero si sufre alguien a quien amo y yo no puedo hacer nada para ayudar – esto es sufrimiento, un sufrimiento más grande que el mismo sufrir. Y entonces decimos: Ay, esto duele tanto – es mejor no amar tanto a nadie. Entonces no necesito sufrir. Cuando yo estudiaba, vivía en una casa del juniorato de otra congregación, con muchas Hermanas jóvenes. Con el tiempo nos llegamos a conocer mucho. Especialmente una solía venir a mí; solíamos conversar... Un día vino y dijo: Hermana, he recibido una transferencia. Tengo que ir a la costa oriental de los Estados Unidos. En este año he llegado a querer a una o dos de Uds. y me cuesta mucho tener que irme. Pero estoy decidida. Me voy a Nueva York. Puedo trabajar allí; puedo cumplir muy bien mi tarea sin estar dispuesta a amar a alguien. Lo mismo puedo hacer un buen trabajo. Si entonces vuelvo a a recibir una transferencia, ya no me duele. O bien – puedo irme a Nueva York y estar realmente abierta hacia la gente, como lo estoy contigo. Pero entonces, cuando vuelvo a recibir una transferencia, me va a doler tanto como ahora... Después de un largo silencio dijo: No sé si puedo sufrir tanto en mi vida. Más tarde ella salió de la congregación. Pero creo que ella ha entendido lo que cuesta virginidad consagrada. No sé si puedo pasar mi vida entera con tanto sufrimiento.

Sin embargo, amar a otros también nos trae alegría, no sólo sufrimiento. Pero exige apertura. ¡Un voto de amar!

Por nuestra virginidad decimos: Con este amor de Dios lo podemos arriesgar todo y comprometer todo – hasta arriesgar la muerte. Jesús sabía que el Padre lo amaba, por eso podía pasar por todo lo que era desconocido. Tenía la confianza: el Padre me ama. Voy al Padre. Por nuestra virginidad decimos también: Jesús nos basta. Él es todo para mí, y esto me basta. Pero entonces necesitamos una relación estrecha, íntima con Él, para que arriesguemos todo por Él, para que Él nos baste.

Esto no significa que no necesite a ningún ser humano. Hacemos un voto de amar también a los seres humanos. Pero por eso escribimos en N° 3 de la Constitución: Porque encontramos nuestro todo en Jesús - ¡maravilloso! - por esto hacemos voto de vivir célibes y castas. Lo hacemos sólo por el Reino de los Cielos – ninguna otra razón basta. Mt. 19,12 dice: Hay célibes que son así desde el seno materno; otros fueron castrados por los hombres, y hay otros que decidieron no casarse a causa del Reino de los Cielos. Luego escribe: ¡El que pueda entenderlo, que entienda! El que pueda arriesgarlo, que lo arriesgue – con el amor de Dios.

En nuestra Constitución hay para cada voto una expresión muy clara de lo que prometemos. Por ejemplo prometemos vivir célibes y castas. No sólo célibes, sino también castas, como una mujer no

casada que tiene este pacto especial con Jesús. Así debemos vivir. Muchos piensan que hoy estamos mucho más libres para relacionarnos, por ejemplo con hombres, pero también con mujeres, que las mujeres casadas. Nosotras hacemos voto de vivir célibes y castas, como exige nuestro estilo de vida.

La fórmula de los votos – DG N° 30 – dice: Me entrego totalmente a Ti y al servicio de tu Reino. Estoy consagrada por Ti. Antes decíamos; Nos consagramos. Pero el otro día lo hemos comprendido mejor: Nosotras no nos consagramos. Dios nos consagra. Nosotras nos entregamos, nos damos. Dios toma esto y lo consagra. Dios toma esto y lo consagra – como en la Eucaristía. Nosotros traemos vino y pan; hacemos un sacrificio. Dios lo consagra y lo toma para sí mismo. C 14 llama la virginidad nuestra entrega eucarística a Dios y los seres humanos. Ayer dijimos: Esto es mi cuerpo, mi sangre, entregado por ti y por los muchos. Y en la virginidad lo decimos: Esto es mi cuerpo, esto es mi sangre. Lo doy, para vivir célibe y casta afin de construir la familia de Dios en vez de mi familia humana.

Amor y sexualidad – los dos – están siempre orientadas a formar comunidad. Y cuando hablo de sexualidad, no me refiero estrechamente al sentido del sexo, sino a la persona entera, la manera abarcadora de la relación con las personas humanas. Demasiadas veces pensamos que cuando hablamos de sexualidad, hablamos de una idea muy estrecha – solamente de una parte de nosotros. ¡No! Sexualidad es nuestra persona entera – mi trato con la gente; mi personalidad; mi manera de expresarme... Todo esto lo prometo de una manera especial, para apoyar la familia de Dios. Los casados también tienen que orientar su sexualidad hacia una familia. Todo amor construye una familia. Nosotras dirigimos nuestro amor y nuestra sexualidad a la familia de Dios.

Pero me parece que tenemos que aprender de cómo aman otros. Por ejemplo, nuestros hermanos. Que algunas veces podamos estar sentadas y preguntar: ¿Cómo amas tú a tu marido? Entonces, poco a poco, tendrán el valor de preguntar: ¿Y cómo vives tú así, sin marido? ¿Cómo expresas tu amor? Así aprendemos una de otra cómo amar. Pero éste suele ser un tema que nadie toca – como si fuese malo. Hasta entre nosotras. En el Directorio decimos: Nos ayudamos unas a otras a vivir célibes. Sin embargo, generalmente no nos ayudamos unas a otras, porque... es así... Todavía pienso – por ejemplo, nosotras – estamos muy sobrecargadas. Tenemos vivencias y experiencias de veinticinco años, y algunas de Uds. mucho más que nosotras. ¿Les ayudamos a las Hermanas más jóvenes que todavía luchan con esto? Uds. que son mayores que nosotras, ¡por favor, ¡ayúdennos! ¿Cómo superaron Uds. estas luchas? ¿Qué les ayudó? Tenemos que ayudarnos mutuamente, porque no es fácil vivir así.

Decimos en C 12: Por nuestra vida consagrada testimoniamos, junto con aquellos que realizan otra forma de seguimiento, la plenitud de la vida cristiana. Nos interpelamos y fortalecemos mutuamente. Cristo es tan grande que con una sólo forma de vida no puede ser expresado. Solamente nuestro estilo de vida no representa a Jesucristo. Sólo el matrimonio no representa a Jesucristo. Necesitamos de todas las formas de vida para mostrar qué grande es Él. Por ejemplo, nosotras, las religiosas y los religiosos – como decimos en N° 13 - damos testimonio del amor universal de Cristo. Y los matrimonios testimonian el amor personal, íntimo de Cristo. Esto no significa que nosotras no tengamos que amar personal e íntimamente, o que los matrimonios no tengan que amar universalmente. Pero nosotras acentuamos el amor universal de Cristo, y los matrimonios acentúan el amor personal, íntimo. Y juntos damos testimonio de Cristo. Pablo lo dice: Vean a un hombre y a una mujer – ellos son signo de la Iglesia y de cómo Cristo ama a su esposa. Y nos muestran a nosotras, cómo Cristo ama a todos.

Una vez un hombre que hubiera querido ser sacerdote, me dijo en el día de su casamiento: Hermana, me gustaría tanto ser sacerdote. Pero no puedo amar a todos. No puedo amar universalmente. Éste es nuestro don. Nosotras hemos recibido este do

Hay una diferencia pequeña, sólo una muy pequeña, entre una solterona y una Hermana célibe. Es tan fácil para nosotras convertirnos en solteronas. Entonces nos quejamos de todo – ay, tengo que hacer esto, y quisiera que aquello sea hecho así – ñañaña... Nos resula fácil. Tengan cuidado. También podemos ser una Hermana célibe, llena de alegría y vida. Pero es fácil que tropecemos con este límite. Tenemos que tener cuidado. El amor de Cristo tiene que mantenernos vivas. Nosotras podemos matarlo... ñañaña... Es fácil. Uds. conocen a gente semejante – lamentablemente. Yo también. Hay muchas Hermanas.

Podemos hacer esto para siempre? N° 13 dice: En Jesús está nuestra esperanza, de su amor brota nuestra fidelidad. Solas no lo podemos para siempre. La fidelidad de Jesús nos hace capaces de ser fieles. En la seguridad de que Cristo nos ama reafirmamos diariamente nuestro sí incondicional y nos entregamos para que venga Su Reino en plenitud (N° 14). En la seguridad de que Cristo nos ama – he aquí el punto fundamental. Es por eso que le damos cada día de nuevo nuestro sí incondicional. El amor lo da con alegría todo – y nuevamente, y diariamente todo. Esto sólo lo podemos hacer con Dios.

En la Constitución y el Directorio tenemos otros medios que nos ayuda a vivir célibes. Ambos, Constitución y Directorio, nos dicen que la comunidad nos fortifica y nos confirma en nuestra entrega a Dios y a los hombres. La comunidad es una ayuda fundamental para la vida célibe. No podemos hacerla solas. Necesitamos apoyo personal, calor personal, afecto personal de nuestras Hermanas. Esto nos ayuda a crecer. Si esto no se encuentra en la comunidad, ¿qué hago? Lo busco afuera – porque lo necesitamos mucho. Yo necesito cariño, calor, apoyo, afecto, necesito alguien que me quiera. Si no lo recibo en la comunidad, lo busco afuera – porque lo necesito. Somos responsables de la vida célibe de nuestras cohermanas. Si nosotras no les damos este apoyo no debemos quejarnos si lo buscan afuera. A veces forzamos a nuestras cohermanas a salir, porque nosotras no las acogemos con calidez. Muchas veces faltan en nuestros conventos estas dimensiones humanas, porque pensamos que vivimos en el nivel espiritual. Pero tan espirituales no somos. Necesitamos esta relación humana de ayudarnos y aceptarnos mutuamente.

Algunas de nosotras tienen dificultades con la vida célibe, y también esto lo tenemos que aceptar. Por ejemplo, con nuestras relaciones con hombres, o con mujeres, o de amistad. Pero es interesante: en estas dificultades siempre pensamos ¡esto lo puedo superar yo sola! No necesito hablar con mi confesor, o con mi superiora. Sobre otros problemas hablamos sin dificultades con el confesor, o con la superiora, o con una amiga. Pero problemas con la vida célibe... hm... prefiero guardarlos para mí. Yo lo voy a superar. Y esto, Hermanas, es peligroso. En la necesidad más dura tenemos que hablar con alguien. San Ignacio dice: ¡Hable Ud. sobre ello! Así el poder del espíritu maligno será dispersado. Pero si no habla sobre ello con alguien, entonces el espíritu maligno tiene mucho espacio para hacer de las suyas. Uds. lo saben: mientras lo guardan para Uds. solas, va de mal en peor. Si hablo con alguien – Ignacio dice, con una persona sabia y espiritual – puede vencerse la fuerza del maligno. Esto es necesario.

De otra ayuda habla N° 13 del Directorio: La auténtica amistad nos ayuda. Amistad, como dijimos en la primera tarde, es un don. Nos muestra el amor personal de Jesús. Si alguien me conoce tan bien y sin embargo me ama – esto me dice mucho de cómo puede amarme Jesús. Esto nos libera para amar a otros. Si yo estoy convencida de que alguien me quiere – a pesar de todo - ¡esto me libera! No necesito vivir junto a ella; tal vez tengo una amiga que está a una distancia de dos continentes. Pero estoy segura de que me quiere. Esto me libera. Puedo acercarme a todos. Puedo arriesgarlo todo. Porque aunque yo cometa muchas faltas, no importa: me quiere. Lo decimos en N° 13: Jesús y su amor nos libera. Estamos llamadas a recibir este don de la amistad y a cultivarlo. Pero, vean: con gratitud – porque es un regalo – y también con autodominio. Sin estas dos condiciones no puede crecer la amistad. ¡Autodominio y gratitud! Antes, amistad era cuestionada.

¿Entre Uds. también? Entre nosotras muchísimo... ¡Amistad particular...! Pero ahora sabemos que toda amistad es particular y tiene que serlo, para ser amistad – en un sentido bueno. Hoy también se ve una amistad como algo que no está bien si es excluyente. Pero necesitamos amistad en nuestra vida, si hemos de vivir célibes. Una verdadera amistad nos dice mucho sobre Jesús y nos ayuda.

DG N° 14 nos señala otra ayuda más: Crecimiento constante hacia la plenitud de la vida. Dice: Un profundo respeto y la aceptación de nosotras mismas, como también el conocimiento de la dimensión psicológica y cristiana de la condición humana y de la sexualidad, son básicos para nuestra vida en virginidad consagrada. Tenemos que saber mucho de psicología, tan sólo para comprendernos a nosotras mismas. Por ejemplo, cuando se llega a los 40 o 45 o 50 años, pasa esto y esto y aquello... Si no conozco la psicología, pienso: ¿Qué está pasando conmigo? Yo soy la única que siente esto... Luego leo un libro y deescubro: Oh, ¡esto es normal a los 50 años! Esto me ayuda. Pero si no leo ni estudio, entonces lo veo solamente en mí. Tenemos que saber esto. Siempre tenemos que hacer algo para poder seguir adelante, para sentirnos bien con nosotras mismas. A veces estamos tan ocupadas que no nos tomamos tiempo para nosotras mismas, para aprender algo nuevo. Tal vez no sea más que aprender, por ejemplo, cómo hacer pan. He aprendido algo; me siento contenta. O tal vez he participado en un curso. ¡Lo he logrado! Cuando yo aprendí a nadar, una de mis amigas dijo: Pero, ¡tú estás más orgullosa de tu carnet de natación que de tu doctorado! Y era cierto. Nunca había podido nadar, y luego, a los cuarenta años, lo he aprendido. Me sentía bien.

Tenemos que ser buenas con nosotras mismas – humanas, de alguna manera. Tenemos que estar “fit”: es decir, que tenemos que tener vivencias culturales, o hacer algo creativo – emplear bien nuestro tiempo libre. Generalmente las H.E.N.S. trabajan demasiado – no sé si entre Uds. esto es así o no. Trabajamos demasiado, y a veces esto es una excusa para no tener que estar en la comunidad. Ah, tengo que hacer esto y aquello y lo de más allá... Si para mí la comunidad fuese un valor, no tendría tanto que hacer. Ten cuidado, si esto es una excusa.

Debemos enseñar a la gente, hoy y en el futuro, cómo tener y vivir tiempo libre. Y primero tenemos que aprenderlo nosotras mismas. Porque esto será un problema en la sociedad del futuro: ¿Qué hacer con el tiempo libre?

La soledad – N° 15 – también es una ayuda. Si bien hoy no es promovida, para la integración es necesaria. ¡De vez en cuando estar solas para el Señor! Nos ayuda estar presentes para Dios y los hombres de manera más profunda, intensiva y amante. Si estoy siempre entre la gente, con el tiempo llego a tener nada más. Necesito la soledad con Dios. Esto hace que tenga más para dar.

Y N° 16: María nos muestra cómo se ama y es amada como mujer consagrada a Dios; cómo comportarnos frente a los otros. Miren a María. Y si Ud. o su amiga – o alguien – tiene problemas con la vida célibe: ¡Recen Uds. a María, y cada vez saldrán airosas! Ella es mujer, y ella entiende esto. Ella nos ayuda para saber cómo conducirnos frente a otros, cómo vestirnos, cómo encontrarnos con otros de una manera que requiere vida y gran santidad. Uds. dirán: Vestirse – bueno, todas nosotras llevamos el vestido religioso – no hay peligro... Ah, Uds. mismas lo saben: El modo cómo Uds. llevan su vestido religioso puede decir mucho a los hombres, y también el modo cómo Uds. tratan con hombres. A veces ni pensamos lo que nosotras como mujeres les hacemos a los hombres. Como célibes y castas debemos comportarnos.

Y N° 11 en la Constitución: Ascesis. Necesaria para la vida célibe. Pero ascesis que se desprende del amor; no “deber”, “tener que”: Hacer lo que hace Cristo. Ascesis, decimos, nos libera, purifica nuestra mirada y profundiza nuestra entrega.

Evidentemente, hay mucho que decir sobre la vida célibe. Pero quisiera contar una historia que lo dice todo.

Cuando yo era más joven, estudiaba todas nuestras reglas, una tras otra, para ver cómo están relacionadas. ¿Es nuestra última Regla en principio la misma como la primera? Y ¿cómo resultó? Todo era claro: Pobreza – lo mismo. Obediencia – lo mismo. Comunidad – lo mismo. ¿Virginidad? Ah – Amistad estaba mal; ahora está bien. - No se relacione – nada de contacto con la gente; ¡tome contacto con la gente! – Yo preguntaba: ¿Qué pasa aquí? ¿Cómo hacemos coincidir esto? Por entonces yo acababa de ser electa consejera provincial – nueva. Una de las tareas que recibí era la de ser responsable por todas nuestras Hermanas mayores en la enfermería de la Casa Madre. Eran unas veinte, pero la mayoría de las veinte habían vivido allí hacía ya treinta años, y estaban acostumbres. Y nosotras decidimos que sería mejor que estas Hermanas fuesen a nuestra “Villa”, es decir a nuestra casa de descanso para Hermanas mayores. Allí disponen de terapia, ayuda, comunidad... A mí me tocó en suerte dar a las Hermanas esta noticia. Recé mucho y un día junté toda mi valentía y fui de pieza en pieza. A las cinco de la tarde llegué a la última. Estuve bastante cansada. La Hermana estaba sentada en el sillón con su breviario (en alemán), ante un enorme crucifijo, tan grande como la pared. Siempre estaba sentada allí, casi 24 horas cada día, y rezaba. Yo me senté en una silla a su lado y pregunté: ¿Qué estás haciendo? Y - estoy rezando mi oficio. Hoy es el día de San Andrés, sabes. Él tuvo que sufrir por Dios. Fue crucificado. Pero porque amaba a Jesús dijo ¡Sí! - A veces Dios exige mucho de nosotros; pide que suframos. Y tal vez lo que vengo a decir también a ti te hará sufrir. - ¿Sí? ¿Qué? – Hemos decidido que tal vez sería bueno que vayas a la “Villa”, porque allá tendrás ayuda y terapia y comunidad, hay ascensores etc... Todo será mejor. Entonces ella hizo así con su breviario, miró al crucifijo y dijo: ¡Jesús! ¡Jesús! Te dije que haría todo por ti... menos ir a la casa de descanso. No, no puedo hacer esto. Yo le dije a Jesús que no haría esto. – Yo la pregunté: ¿Has estado alguna vez en la Villa? – Sí, hace 35 años. Y entonces he tomado la decisión: No iré jamás a esta casa de descanso. Y se lo he prometido a Jesús. - Yo le dije: Sí, bueno. Pero ya sabes, con esta nueva obediencia, como va esto. Nosotras no tenemos la voluntad de Dios como monopolio. Dios te habla también a ti. Tal vez hablas con Jesús sobre esto y le preguntas qué dice Él. Luego nos lo dices, y después seguiremos buscando la voluntad de Dios. Pero necesitamos saber qué dice Dios a ti. ¿Estás dispuesta a hacerlo? – Sí, claro que puedo hablar con Jesús. Pero ya sé qué va a decir. Lo sé. Pero voy a hacerlo. – Bueno, entonces me fui. Pero ella dijo: Ah, pero - un momento. En caso de que yo vaya a la Villa, tendría que llevar conmigo este crucifijo. - Yo sabía lo que pensaba: el crucifijo era tan grande – no entraba en la habitación en la Villa. Le dije: Bueno, pensaremos en ello más adelante. - Esto era a las cinco. A las seis y media sonó el teléfono en mi oficina. ¿Sí? dije. – La Hermana quisiera hablar con Ud. - Así que fui a verla, sentándome de nuevo en mi sillita, y ella me dijo: ¿Sabes lo que me dijo Dios? - ¡No! – Hm... dijo ella. ¡Tonta! Tonta! Esto dijo Jesús. Toda tu vida me has dado, y ¿no vas a la Villa? Eres una tonta. – Sí, voy a la Villa. Y ¿sabes qué más me dijo Jesús? - Yo dije: ¡No! –Dijo: Sí, realmente eres una tonta. Me das tu vida entera, y ahora estás apegada a un crucifijo y no quieres soltarlo. ¡Un crucifijo, una cosa! Yo voy a la Villa; el crucifijo queda aquí. Y ¿sabes qué más me ha dicho? – En este momento tuve que llorar. Dije: No; ¿qué? - Todas en la Casa Madre sabían que amaba esa cerámica que representaba al Espíritu Santo. Era su mayor tesoro. Y dijo: Allá está mi Espíritu Santo. Por favor, ¿me lo traes? Fui y le llevé la cerámica del Espíritu Santo, y ella dijo: Hoy te doy esto. Tú me has dicho la voluntad de Dios. Por eso te hago este regalo. - Después de esto yo no tuve ningún problema en hacer coincidir nuestras Reglas de virginidad consagrada. Porque esta mujer sólo conocía la Regla de 1924, pero ha reaccionado exactamente como lo dice Sois Enviadas. ¡Exactamente! Toda tu vida me has dado – virginidad consagrada. Voy adonde tú quieres – obediencia. Dejo aquí mi crucifijo – pobreza. Es una vida. Me das todo tu ser. Esto es virginidad consagrada – un voto de amor.

Tal vez rezamos hoy por nosotras mismas, que realmente podamos entregar nuestro corazón a Dios – “ya que a Él le pertenece”.

V – OBEDIENCIA APOSTÓLICA

Creo que en las últimas dos horas hemos tenido nuestra conferencia sobre obediencia apostólica. En estas horas hemos escuchado una y otra vez: Cristo fue obediente hasta la muerte de cruz. Lo hemos vivido y aprendido de nuevo.

Lo que dijimos ayer es cierto: Cristo está del lado del Padre. Su intención, su deseo todavía sigue siendo lo mismo: me doy a mí mismo por ustedes. Quiero hacerlo siempre de nuevo -siempre. Para reconciliar a todos con Dios. Para hacer que sean uno. Así decimos en N° 18 de la Constitución; en N° 19 decimos porqué: El amor nos impulsa siempre a unir nuestra voluntad con la voluntad de Dios. El amor. Nos impulsa. El amor busca la unidad. El amor necesita la unidad. Un corazón y un alma – esto resulta por el amor.

Pero hoy vemos adónde lo lleva a Jesús; adónde nos llevará. Y a pesar de todo: a pesar de todo lo que acabamos de vivir y aprender, a pesar de todo lo que sabemos – incondicionalmente obedecemos a Dios y nos entregamos a Él y a su obrar. El amor nos impulsa a hacer esto, aunque sabemos lo que cuesta esto.

Un día le dije a una Hermana que dirigí en un retiro individual: Reza mañana pidiendo el don de la entrega. El día siguiente vino de nuevo, se sentó en su silla y estaba tan intranquila que no podía decir nada. Yo le dije: ¿Pero, qué pasa? Ella dijo: Ud ha dicho que rezara pidiendo el don de la entrega. Pero ¿qué significa entrega? - Hm – no lo sé – pero veamos. Entonces tomamos el diccionario. Entrega... significa poner mi vida en las manos de otro; dar a otra persona el control de mi vida. Después de haber leído estas dos definiciones, ella dijo: Suficiente. Ahora comprendo cuál es mi problema. No me resulta fácil poner mi vida en las manos de otros. Por eso estoy tan intranquila, tan descontenta. No es fácil, es peligroso - especialmente cuando estas manos son las manos de Dios. Él quisiera tener todo, no se conforma con menos. Es un amante celoso; Él mismo lo dice. Sin disculpas – simplemente lo dice. Pero, como Jesús, sabemos que podemos confiarle. Hoy Jesús ha seguido un camino desconocido. Nadie antes que Él había resucitado para contar qué significa esto, cómo es esto. Él fue al Padre en fe y confianza absolutas. Solamente sabía que el Padre lo haría bien – esto es todo. Cómo, no sabía. Así entendemos un poco porqué podemos decir que el voto de obediencia es un voto de fe, así como el voto de virginidad es un voto de amor. Uno cree en Dios, y en esta fe acepta este riesgo.

Incondicionalmente obedecemos a Dios y nos entregamos a Él y a su obrar. Cuando éramos pequeños y mi madre nos pidió algo y no estábamos muy contentos, ella decía: ¿Pero? ¡No digas pero! Punto. Se puede decir que esto es incondicional. A Dios no le decimos “pero, pero”...

Es interesante: La Constitución – N° 18 – dice sobre la obediencia: Incondicionalmente obedecemos a Dios; sobre virginidad: Poseídas por el amor incondicional de Cristo, y en cuanto a pobreza veremos: procuramos vivir en absoluta dependencia del Padre. En cada voto: incondicional, absoluto, total. Pero a nosotros, los seres humanos, no nos resulta fácil obedecer, especialmente cuando avanzamos un poco en edad. Mientras seamos jóvenes, ya saben, pensamos: Ah, las que están en autoridad – ellas lo saben todo. Yo simplemente lo hago, porque yo soy joven; no sé cómo se hace esto aquí. Pero, volviéndome mayor: Yo sé tanto como ella, o tal vez más. ¿Qué? ¿Habrá pensado en eso? ¿Habrá tenido en cuenta aquello? ¡Esto no va!... Tenemos que pensar. Obediencia no significa no pensar – pensar es un don de Dios. Tenemos que pensar. Esto hace la obediencia más valiosa. Hoy lo hemos escuchado en la lectura del día: A pesar de ser Hijo, ha aprendido la obediencia con el sufrimiento. Esto es un consuelo. Él era Hijo de Dios – y aprendió la obediencia con el sufrimiento. El servir no es más grande que el Maestro. También nosotras aprenderemos la obediencia con el sufrimiento, sin duda.

En la Constitución escribimos una frase maravillosa: “Al ser introducidas más profundamente en la vida de Cristo, experimentamos en nosotras su irresistible deseo de obedecer.” Encontramos en nosotras su deseo: nos hacemos semejantes a Él. La Constitución dice muchas veces: Seremos semejantes a Él. Y si somos semejantes a Él, hallamos en nosotras su deseo, porque vivimos su Vida. En nuestra tradición, en nuestras reglas, una Hermana siempre hace voto de obedecer solamente a Dios. Uds. puede verlo en la Regla de 1924 etc. Hemos hecho voto de obedecer a Dios. Y seguimos escribiendo en N° 18: Prometemos obedecer a Dios a través de aquellas Hermanas que ejercen su debida autoridad de acuerdo a la Constitución y al Directorio. Igual como Jesús: a través de seres humanos. Él obedeció a su Padre a través de Pilato; a través de la multitud. Pero esto lo hace que para nosotras sea más difícil y menos claro. Sería lindo si Dios estuviera sentado aquí y nos hablara, muy despacito, directamente. Entonces no tendríamos ningún problema en obedecer. Pero si la comunidad dice esto y aquello, o la Superiora dice esto y aquello, decimos: ¡Con tal que yo supiera con seguridad que es la voluntad de Dios, entonces lo haría! Pero... Sin embargo, para nosotras obediencia siempre significaba y también ahora sigue significando que yo *d e b o* decir lo que Dios me dice, si es opuesto o distinto de lo que pide la Superiora. Mi amiga de esta mañana: Me tiene que decir que esto no es la voluntad de Dios – al principio. Ella tiene este derecho y este deber. Y tiene que decirlo una y otra vez. Pero cuando tengo la claridad de que mi Superiora ha entendido esto y dice: Sin embargo te pido que lo hagas – entonces se acabó. Obedezco. Esto es obediencia adulta, si se puede decir así: Hay que pensar, hay que decir. Pero a veces necesitamos ayuda, especialmente hoy. – Oh, aquí está mi podólogo tan cerca; no puedo ser transferida; allá está demasiado lejos... Hm... ¿Pero – es esto objetivo? – Oh, mi madre me necesita mucho... Tal vez no. Tal vez la necesidad es suya y no de su madre... Y nos resulta tan sencillo hallar buenas razones. Buscamos juntas la voluntad de Dios. ¡Obediente hasta la muerte! Pero la muerte trae siempre nueva vida, y yo espero que esta sea su experiencia con la obediencia. Debo decir que mi experiencia es. Yo enseñé en la escuela elemental, aunque estaba preparada para el bachillerato. Muerte... Esta era mi experiencia. Pero de ahí vino nueva vida. Estudio para un doctorado; jamás quisiera estudiar. Muerte... Pero nueva vida de ahí. ¡Serás Superiora General! Muerte... Pero viene nueva vida. Y espero que también Uds. puedan decir esto para cada situación: Sí, era muerte. Pero de ella vino nueva vida.

Nuestra obediencia es, como la obediencia de Cristo, apostólica. Tiene que ver con misión, con ser enviadas. Un apóstol es uno que ha sido enviado. Jesús se ve y se describe a sí mismo como un enviado. No se apoderó él mismo de la misión; recibe la misión de otro. Esto da *libertyad*, da paz, da autoridad.

Nos resulta difícil cuando *t e n e m o s* que decir algo. ¿Qué te dice Dios? ¿Es o no es esto un llamado de Dios para ti? Es más fácil si la Superiora dice: ¡Vaya! Y voy sin pensar. Es más difícil decir: Tengo la sensación de que Dios me llama allá. Entonces, si algo no va bien, llevo parte de la responsabilidad. No puedo decir: La Superiora dijo; yo sabía que no saldría bien... Llevamos parte de la responsabilidad. Debemos hacerlo.

Estamos inclinadas a reducir o restringir la obediencia apostólica a las transferencias. Pero N° 19 nos dice: La obediencia apostólica *compenetra t o d a* nuestra vida. No sólo cuando la Superiora me asigna una tarea, o cuando recibimos una transferencia. Si fuese así, tendríamos solamente muy pocas oportunidades para la obediencia. Si queremos obedecer a Dios, tenemos que ser siempre obedientes – también en las cosas más insignificantes. ¿Qué me dice Dios ahora? Uds. están sentadas aquí – probablemente Dios las ha llamado a venir aquí, y Uds. obedecen. Dios pudo llamarlas – como dijimos en la primera tarde - en esta hora a la capilla – y esto sería entonces también obediencia. Pero prestar tanta atención, para saber: ¿adónde me llama Dios en este momento? es a veces mucho más difícil que aceptar una transferencia. Por ejemplo, una Hermana en su comunidad local recibió tal vez un trato injusto de la comunidad y tú sabes que tienes que decir algo. ¡Uh, esto es difícil! Pero Dios insiste – y Ud. una y otra vez trata de silenciar esto. Sin

embargo, el llamado de Dios le impulsa. Esto es obediencia, porque Dios obra en su corazón. Mi experiencia: decir aquí en el Capítulo algo que va en contra de todo el Capítulo... sabiendo que esto es lo correcto... Esto es una obediencia más difícil que muchas otras tareas determinadas.

Obediencia tiene que ver con nuestra vida entera, aún con las cosas más pequeñas. ¿Qué quisiera Dios ahora? ¿Qué quiere Dios, y cuál es su voluntad? Jesús y la Madre Teresa estaban arrebatados por el deseo de hacer la voluntad de Dios. Para esto, la Madre Teresa pudo dejarlo todo, renunciar a todo, por haber reconocido la voluntad de Dios. Entonces todo pasa.

Como dijimos esta mañana: Virginitad es el voto y los otros fluyen de él, hay muchos que dicen: Obediencia es el voto, y los otros surgen de ahí. Cualquiera de las dos afirmaciones vale. Están relacionadas. La vida es una.

Muchas veces pienso: Si estariamos casadas hace 25 o 40 años, sabriamos exactamente qué le gustaria a nuestro marido y qué no le gustaria, porque lo conoceriamos bien. Lo amamos, y en 25 o 40 años se aprende algo. Cuando está con esta cara, entonces - callate. O: ¿qué le hace bien? Esto lo haríamos con gusto. Y sabemos cómo quisiera tener planchada su camisa, y exactamente así lo hacemos, sin que él lo diga. ¿Conocemos tan bien a Dios? Que Dios no tenga que decir con tanto énfasis: ¡Harás esto! ¿Tenemos una afinada sensibilidad para Dios?

Hace poco, mi padre estuvo de viaje. Regresó con su valija y empezó a desempaquetar. Alguien lo llamó, y mi madre siguió desempaquetando. Entonces encontró un relojito de arena de los que se usan para hervir huevos. Pensó: ¡Pero si yo sé exactamente cómo a él le gustan sus huevos! ¿Porqué habrá comprado esto? – El estaba ausente por dos horas, y entre tanto... hmmm...hmmm... ¿Qué quiere? ¿Porqué no dijo que los huevos no estaban bien? ¡Comprarme un reloj de arena! Por fin llegó a casa, y ella estaba un poco disgustada. Dijo: ¡Yo pensaba que hacía tus huevos como te gustaban! - ¡Sí, perfectos! Ya sabes que están siempre perfectos. - ¿Pero porqué... ¿qué es esto? Entonces él se rió y dijo: Sabes, lo compré para cuando estás hablando por teléfono con los chicos... Pero es cierto: ella sabía bien cómo a él le gustaba los huevos. ¿Conocemos a Dios tan bien? ¿También lo amamos tanto? Estamos abiertas al llamado de Dios y dispuestas a hacer lo que Él nos diga, escribimos. Esto nos une a María en la obediencia. Ella también era obediente. Renunció a todo.

La palabra obedecer significa escuchar. ¿Cómo sabemos qué quiere Dios? Por palabras, personas, situaciones de vida, Iglesia, mundo, por sus estímulos en nuestro corazón. Somos seres humanos en el mundo, y Dios nos habla a través de todas las cosas. Solamente tenemos que saber escuchar con atención. ¿Qué dice Dios ahora, con este acontecimiento? ¿Qué me dice en este día hermoso? ¿Qué dice cuando se me acerca esta señora con una gran necesidad? ¿Qué dice cuando una cohermaa habla mal o bien de mí? Escuchar con atención para reconocer su voz. No es fácil.

María se da cuenta de todo. No tienen más vino, dice. Supo escuchar con atención. Y ayudó a Jesús a ser obediente.

Nosotras hacemos voto de obediencia en comunidad. Esto quiere decir que tenemos a muchas que nos ayudan a ser obedientes. Y tenemos que ayudar a muchas a ser obedientes. En comunidad tratamos de reconocer y de cumplir su voluntad. Piensen, por favor, en sus reuniones de comunidad en casa. ¿Cambiarían si nuestra pregunta fuese siempre: ¿Qué quisiera Dios de nosotras, en esta situación? Atedámoslo juntas. O, tenemos tal dificultad. ¡Tratemos de reconocer qué es lo que Dios quisiera que hagamos con ella! Entonces - y sólo entonces - pasemos a la Escritura, a Sois Enviadas, a la oración, para buscar la respuesta. A veces olvidamos la pregunta grande: ¿Qué quiere Dios de nosotras, en esta decisión? Esto es comunidad de fe, comunidad espiritual. Muchas veces llegamos a la Superiora pidiendo un permiso, y no hemos pensado nada, salvo que nos gustaría hacer esto. Ojalá la Superiora diga: ¿Qué dice Dios al respecto? O ¿Qué dice Sois Enviadas al

respeto? Ésta es la primera pregunta. Tenemos que asumir esta responsabilidad y no pretender que una Superiora piense por nosotras. Esto es una injusticia. Yo debo primero pensarlo, luchar y buscar la voluntad de Dios. Por la comunidad debo rezar, fijarme en lo que a mí me parece que quisiera Dios, para que juntas, como comunidad, reconozcamos o podamos descubrir qué es lo que Dios quiere. Si llegamos a la reunión de comunidad y nadie está preparada, nadie ha rezado por el asunto o preguntado: ¿Qué quiere Dios? entonces no podemos buscar juntas a Dios. Necesitamos preparación, tiempo de oración. ¿Cuál es el problema? Que tengamos tiempo para rezar; que yo me sienta responsable. El Espíritu Santo obra en cada una de nosotras; por eso cada una de nosotras participa de la responsabilidad. Pero tan fácilmente pensamos: Lo que yo tenga que decir no es importante. O: Las otras son mucho más inteligentes que yo. Tienen mucho más experiencia que yo. Mi voz no cuenta. Y esto no es correcto. El Espíritu obra en cada una de nosotras. Tenemos una responsabilidad que la comunidad pueda ser obediente. Esto significa: Tenemos que conversar. ¿Qué piensas tú? Y qué piensas tú? ¿Que quiere Dios? Entonces hacemos lo que Dios nos dice. Más tarde hablaremos de esto, al tratar “Gobierno”. Juntas escuchamos el llamado de Dios y reconocemos nuestra respuesta. Juntas tratamos de llegar a decisiones que todas puedan aceptar.

DG 24 nos dice que la obediencia implica la búsqueda de la voluntad de Dios, colaboración en la toma de decisiones, aceptación y cumplimiento de las decisiones. Lo que dijimos antes: La obediencia implica toda la vida. Siempre tenemos que ser obedientes. Se nos piden, por ejemplo, propuestas para la superiora local, o para la superiora provincial, o consejeras provinciales o delegadas capitulares. Somos desobedientes si no participamos, porque somos responsables. Esto significa y exige rezar, escuchar, hablar, reflexionar. Buscar juntas. Y las autoridades están llamadas ayudarnos. Estimulan nuestra participación y nuestro sentido de responsabilidad, cuando tratamos de reconocer la voluntad de Dios. – y esto no es nuevo; no es así desde el Vaticano II. La Madre Teresa - ¡lean sus cartas! Una y otra vez dice que, por ejemplo tenía que saber lo que todas las Hermanas pensaban por ejemplo de su Regla, del proceder del Arzobispo - ¿recuerdan? Llamó a toda la Congregación y dijo: Aquí está mi regla y aquí está la del Arzobispo Reisach. Por favor, recen; digan lo que piensan. Yo necesito saber lo que piensan Uds. Ella tenía necesidad de sus Hermanas, y llevaba la responsabilidad junto con ellas. Siempre escribía a las superiores: Averiguen lo que las Hermanas piensan sobre esto y díganmelo, No dijo: Ud. es la superiora – dígame lo que piensa. ¡Averigüe lo que piensan las Hermanas!

La ejercitación lleva a la maestría. Crecemos en nuestra capacidad de seguir al Espíritu Santo en la vida cotidiana y ser una con la voluntad de Dios. Y cuando crecemos en la obediencia, hay mucho éxito. Estaremos más profundamente unidas con Dios, porque siempre escuchamos. Seremos llevadas a ser una comunidad unida, de un corazón y un alma, porque tenemos que buscar juntas, con mucha sensibilidad y gran respeto. Y seremos impulsadas a cumplir nuestra misión. Así era Jesús: impulsado por el Padre a ser obediente. Y decimos: Unidas a Cristo en su anonadamiento, aceptamos las alegrías y las dificultades inherentes a nuestro SI a Dios. Nuestro Sí trae alegrías y dificultades, trae morir y vivir, Hoy vemos esto: Él es obediente hasta la muerte. Y pasado mañana vemos – sentimos: nueva vida viene del morir, del obedecer.

Tenemos dos frases importantes con las que quisiera cerrar. Recuerden las palabras del Padre Job a la Madre Teresa: “Tres virtudes fundamentales y principales les recuerdo. Mientras éstas florezcan entre Uds., la gracia de Dios descansará sobre Uds. y sus casas. Estas virtudes son: primero – obediencia, segundo – obediencia, y tercero – obediencia. Mientras éstas florezcan entre Uds, la gracia de Dios descansará sobre Uds. y sus casas. Y la Madre Teresa dice lo mismo: “Cuantas Hermanas obedientes, tantas Hermanas santas tendrá nuestra Congregación ante Dios.” Esto, Hermanas, es fuerte: cuantas Hermanas obedientes, tantas Hermanas santas. Pidamos esta gracia – que podamos realmente, desde adentro, ser obedientes.

Esta noche iremos este camino con Jesús. Presentemos nuestro gran deseo de ser obedientes y unámoslo con Su Vía Crucis.

VI – CONVERSIÓN

En los últimos dos días – Jueves y Viernes Santos - hemos contemplado a Jesús en la expresión más intensa de su amor. Dio su vida por nosotros. Lo ha repetido muchas veces y lo hace siempre de nuevo, ahora mismo. A la luz de esta forma de amor radical, nosotras vemos nuestro fallar en el amor.

Si yo amo a alguien de veras y si de alguna manera fallo a este amor, es mucho peor que si hiciera algo a alguien a quien no amo. Si una persona me ama fielmente y yo le fallo, entonces siento mi falta mucho más intensamente. Por ejemplo, si alguien siempre me escribe cartas, una y otra vez, y yo no contesto, al recibir otra más experimento mi falta a la luz de esa fidelidad. Dicho de otra manera: en la presencia de una persona grande o muy bueno tomamos conciencia de nuestra pequeñez. San Pedro lo vivió. En la presencia de Jesús dijo: Señor, ¡apártate de mí! Yo soy un pecador. Jesús, el Santo, había venido – y en este momento vio Pedro su condición de pecador. La Madre Teresa también: “El amor me hace ver mis pecados, arrepentirme de ellos, llorarlos; me lleva a la conversión.”

Leemos en la vida de grandes santos que tenían que ir a confesarse cada día, y decimos: Es una locura. Pero nosotras mismas lo experimentamos: cuánto más nos acercamos a Dios, tanto más y mucho más nos damos cuenta de nuestro pecado. Tenemos que reconocer esto, pues el amor nos muestra nuestro fracaso.

C 36 describe esta experiencia: “A la luz del amor insondable del Dios misericordioso experimentamos nuestra falta de amor.” Espero que al leer la Constitución Uds. tengan su experiencia. Ha sido escrito desde la experiencia. Todas podremos decir: Es cierto; así lo experimento yo. A veces lo hemos escrito de esta manera. Ayer he hablado sobre ascetismo. Cuando nosotras tres, las dos redactoras y yo, nos preguntamos: ¿Qué podemos escribir sobre ascetismo? Hm... Finalmente dijimos: Bueno, cada una fue por un día al desierto a reflexionar sobre lo que hace la ascetismo en su vida. Interesante - todas volvimos con la misma respuesta: Cristo nos libera por la ascetismo, se aclara nuestra mirada y se profundiza nuestra entrega. La Constitución no es solamente una meta o algo etéreo. Ojalá explique la Constitución sus experiencias. Ha sido escrita desde la vida; entraron veinte años de experiencia . Es vida vivida.

A la luz del amor insondable del Dios misericordioso experimentamos nuestra falta de amor. En este párrafo definimos la conversión del corazón como retorno al amor. En la palabra alemana “bekehren” (convertir) se encuentra la palabra “kehren” (barrer), que significa apartar obstáculos, limpiar, hacer libre. Pero “bekehren” - convertir - significa ante todo “kehrt machen” - cambiar la dirección, orientarse nuevamente en la meta. Decimos que nos hemos apartado del amor, y volvemos al amor. Esto quiere decir que tenemos que cambiar, porque ninguna de nosotras está perfecta en el amor. Es interesante, cómo todas nosotras tenemos miedo de los cambios – sean cambios en la Iglesia, en la Congregación, en la sociedad o en nosotras mismas... Sabemos qué tenemos y qué somos, pero no sabemos qué traerá un cambio. Por eso tenemos algo de miedo. A veces hablo con Hermanas que dicen que viven un infierno en su filial. Y si yo digo: Tal vez tenemos que pensar en una transferencia... ¡No, no, no! – Esto quiere decir: Acepto mi infierno antes que uno desconocido. Tenemos miedo a los cambios, porque no sabemos... Como dijimos ayer: Cambiar significa tener que ir hacia algo desconocido. Jesús lo hizo. Confiando en su Padre entró en lo desconocido. Todas somos cristianas y tenemos que seguir su camino.

Cada organismo vivo tiene que cambiar si quiere vivir. De lo contrario muere. Es una señal de vida. Y sin embargo tenemos miedo. En el Deuteronomio dice Dios: He aquí que pongo ante ti la vida y la muerte. ¡Escoge la vida! Dios hasta llega a suplicarnos que escojamos la vida. Con otras palabras: ¡Escoge el cambio! Escoge la vida. Dios quisiera que vivamos.

En C 37 escribimos: Oramos para poder cambiar. ¡Qué afirmación! ¡Oramos para poder cambiar! Tal vez en general no lo hacemos directamente. Rezamos que llegemos a ser santas, y esto significa cambio. Pero rezar decididamente que yo cambie... es un poco peligroso.

Pero no podemos cambiar en un espacio vacío. Sólo se puede cambiar o dejarse cambiar sabiéndose amado. Esto da seguridad. Así se puede asumir un riesgo. En la primera tarde hemos hablado sobre ese joven matrimonio y cómo se cambiaron mutuamente, sin saberlo, sin pena. Ella va a todos los eventos deportivos, y antes no quería el deporte en absoluto. Pero lo ama a él – y allá está sentada en las gradas, en cada juego, sin pena, porque es amada - y viceversa. Si en nuestros conventos ningún cambio es posible, hay que pensar: ¿No nos amamos bastante para que pueda ocurrir un cambio? Muchas de nosotras se quejan: Pero mi comunidad no cambiará. Ah - ¿tendré yo la culpa? ¿Amo lo suficiente que mis cohermanas sientan seguridad?

Conversión es, dicho en pocas palabras, una respuesta positiva a la autorrevelación de Dios. Muy sencillamente: una respuesta positiva a la autorrevelación de Dios. Quiere decir, Dios se revela a sí mismo. Esto es propio de Él. Nosotras sentimos su amor, y si estamos abiertas, le respondemos. A veces sin dolor, porque sucede por amor. Existe en el idioma inglés una pequeña historia para adultos, que en una parte dice: El amor es lo más hermoso, pero también lo más terrible. Y luego explica lo que significa esto: Es lo más hermoso porque es un regalo. Da vida, libertad, alegría. ¡El amor es lo más hermoso! Pero también es lo más terrible, porque quien ama no puede permitir que el ser amado quede en la mediocridad. El amor reclama siempre lo mejor y no deja que el otro sea mediocre. Piensen Uds. en su propia vida: Aquellos que nos aman nos llaman siempre a más, a lo mejor de nuestro ser. De lo contrario, si me dejan así no más – “está bien, puede pasar” – hay que preguntar si esto es amor verdadero. Aunque a veces tenemos que decirnos unas a otras: Sí, ya está bien; no seas tan perfeccionista... Siempre no se puede – pero en el momento adecuado hay que decir: Pero, vamos – no te quedes mediocre.

Es el espíritu maligno el que trata de hacernos decir: Pues yo no merezco ser amada por Dios. Yo soy demasiado pecadora. O bien: Yo no valgo ser amada por Dios ni por nadie. Esto no es humildad. Esto está mal. Esto viene del espíritu maligno. Le pegamos a Dios en el rostro cuando decimos que Él hizo algo que no está bien; que a mí no me hizo bien; que yo no valgo ser amada. Es lo que el Padre Weiss dijo ayer en la homilía: así le pegamos a Dios en el rostro. Uno – un ser humano – no tiene que ser perfecto. Sólo Dios es y debe ser perfecto. A la naturaleza humana, a nosotros, pertenece la necesidad de ser salvados.

Entonces, conversión es un misterio. No es autodomínio o autodisciplina. Pero la mayoría de nosotras hemos crecido con un ideal de autoperfeccionamiento. Esto estaba correcto en ese tiempo. Hemos recibido la idea, o de algún modo hemos estado acostumbradas a eso: Vence primero un defecto, y después pasa al próximo para vencerlo. Uno tras otro. ¿Lo hicieron así Uds. en el noviciado, con rayitas en un librito, o con pequeños rosarios? Teníamos que anotar o preguntarnos: ¿Cuántas veces lo hice? Era para ir eliminándolo. Tal vez Uds. no lo hacían; nosotras lo hacíamos así. Y nos hemos esforzado por saber: ¿Cuál es mi peor defecto? Cómo puedo eliminarlo? Esto es bueno para gente principiante, para los que están en el comienzo de la vida espiritual. Para nosotras vale que todas tenemos defectos principales – esto es evidente. Ojala que a esta altura de la vida ya sepamos cuáles son nuestros defectos principales. Estos defectos principales van a permanecer – tan profundamente no cambiaremos. Seguimos siendo las que somos. Pero lo que cambia es la manera cómo nos arreglamos con ellos. Por ejemplo, al volver a descubrir esto en nosotras – a veces estamos desilusionadas y deprimidas: Ay... Y esta depresión es peor que los defectos mismos. Y luego sigue. En vez de decir: ¡Ah, aquí está de nuevo! O, tal vez, con la gracia de Dios, llegamos como Pablo a encontrar gozo en el pecado - Felix culpa. Esto soy yo, una pecadora – y ¡Dios me ama! Por este pecado llega a mí la misericordia de Dios.

Antes yo llevaba siempre una cita conmigo, y hoy todavía la encuentro importante. Dice: Existe el gran peligro de entender mal la vida espiritual y la perfección moral. Perfección moral es el deseo de alcanzar un grado más alto, llegar a ser más santo, ser perfecto. Me conduce al Yo ideal; está, en el fondo, concentrado en el yo. Vida espiritual es la expresión de una relación de amor con hermanos y hermanas. Esto es santidad. Los Evangelios nos lo muestran. ¡Ven a mi lado! Pero - ¿qué he hecho? Bueno, has visitado a enfermos, has dado de comer a hambrientos... Expresión de una relación de amor con hermanos y hermanas. Esto es santidad – no el Yo ideal. Esto me hace santa. Pero no debemos concentrarnos sobre nuestro Yo. Como todas lo sabemos muy bien, conversión no se hace de una vez para siempre. Sería maravilloso, pero no es así. Sucede una y otra vez, cada vez más profundamente, siempre de una manera nueva. ¿No es cierto? Justamente cuando piensas: Ahora lo he aprendido; nunca más voy a hacer o pensar esto, de esto estoy segura - luego, dos semanas más tarde, lo haces de nuevo. Cada vez más profundamente, una y otra vez, siempre de una manera nueva. También esto describimos en C 36: Conversión es un proceso que dura toda la vida.

Muchas Hermanas ven la Constitución como un ideal y dicen: No puedo vivir así. Entonces están desilusionadas y deprimidas y no les gusta la Constitución. Pero será mejor que Uds. miren en la Constitución lo que ya coincide con Uds., lo que ya viven. ¡Sí, esto describe mi vida! Sí, ya lo sé: ¡Conversión es un proceso que dura toda la vida! Ah, yo soy una H.E.N.S. O, como decíamos más arriba: A la luz de este amor experimentamos nuestra falta de amor. Sí, esto es así. Esto ya lo he experimentado. Creo que Uds. podrán subrayar casi cada frase de la Constitución. Esto lo he vivido. Esto ya lo he experimentado. Esto lo creo. Entonces Uds. verán hasta qué punto Uds. son verdaderas H.E.N.S., y cómo esta Constitución ha sido escrita desde la vida.

Toda la vida... Es interesante: la Constitución dice de otros dos puntos que duran toda la vida: comunidad y desarrollo personal. Tenemos tres cosas que duran toda la vida: el desarrollo personal, el formar comunidad y la conversión. ¡Interesante!

En DG 51 tienen Uds. unos 20 puntos sobre conversión del corazón. Todo está descrito: diálogo, conversión, vida en comunidad, respeto mutuo... Se puede decir: Esto es vida. Y con esta comprensión se dice: La vida nos llama a la conversión. Y ¿No es así? En la vida, si estamos abiertas, tenemos que convertirnos a cada instante, pues la vida nos llama a ello. N° 37: El amor de Dios es constante. Entonces, la conversión también debe ser constante. El Amor nos llama para nuestro bien; el Amor – Dios – está siempre ahí. Y Él nos amasiempre – por eso estamos siempre llamadas a la conversión.

La Constitución dice: Una comunidad que sabe perdonar lo hace posible. Si mi comunidad no me perdona, no puedo llegar a la conversión. Una vez trabajé con una Hermana joven durante el verano. Ella era un problema para su comunidad; yo lo sabía. Yo trabajé con ella. Después, en setiembre, ella estaba dispuesta a volver a la comunidad - realmente convertida. Y sabía cuál era el problema y qué podía hacer muy concretamente. Yo volví a la Universidad. Recibí una carta: “No dejarán que yo cambie.” La comunidad ya tenía una idea acerca de ella y contaba con que ella viviese así. A pesar de toda su buena voluntad, sus deseos y su propósito de cambiar – la comunidad esperaba aquello. “No me permitirán cambiar.” ¡Cuántas veces pasa esto! Vivimos juntas, cinco años, y entonces pensamos que sabemos todo. Yo sé exactamente cómo va a reaccionar ella. Pero – tú no sabes esto. Tal vez Dios la ha llamado al cambio, a la conversión.

Hay un artículo de un laico que escribe: Por favor, muéstrennos, Hermanas, cómo Uds. se perdonen mutuamente en comunidad. ¡Esto necesitamos ver! Cómo viven Uds. con esa Hermana con la que es muy difícil convivir. Muéstrennos, cómo la acogen y aman y le ayudan. Sean Ud. una comunidad perdonadora.

Sí, necesitamos la comunidad. Pero también tenemos que reconocer nuestras faltas en la comunidad. No resulta fácil decir: Hice mal esto y aquello. Disculpen. Si alguien les dice: ¿Fuiste vos quien dejó esto allí? o algo así – No, no, no, yo no – bueno, en el camino estaba tan ocupada que dejé eso allí y después... ¿Oyen las excusas que vienen enseguida, en vez de decir simplemente: Sí, lo hice. Disculpe. Siempre buscamos “dis-culpas” para nosotras.

Yo amo esa historia de Natán y David – ¿la recuerdan? Natán fue a ver a David y le cuenta esta historia: El rico ha tomado la única oveja del pobre. Y David se enojó: ¡Esto es injusto! etc. etc.... Y Natán dice: Tú has hecho esto. David no busca ninguna excusa; muy espontáneamente dice: He pecado. E inmediatamente dice Natán: Dios te perdona. ¿Qué podemos nosotras aprender de esto? Sí – he pecado. Sólo si decimos esto, Dios nos puede perdonar – nuestras Hermanas nos pueden perdonar.

La Constitución nos llama a confiar en que la gracia de Dios se muestra más fuerte en la debilidad. Es una palabra hermosa, y todas nosotras aquí lo sabemos. Pero vivirlo realmente es difícil. En la debilidad necesitamos a Dios; entonces Dios puede ser fuerte. Pero si no necesitamos a Dios, no puede pasar – se lo impedimos. Sin embargo, apenas digamos: “He pecado, necesito un Salvador”, ya viene. Y nuevamente dice la Constitución: Si, vamos a seguir pecando. Pero la gracia es más grande que el pecado. Es lo que dice nuestra fe. La gracia es siempre más grande que el pecado. Esto lo tenemos que recordar. ¡Somos redimidos!

Nº 37 de la Constitución describe la realidad: En el transcurso de nuestra vida religiosa nos encontramos una y otra vez con decepciones y culpas, con fracasos y limitaciones. Esto es realidad, es lo que experimentamos. Pero no sólo lo experimentamos como individuos, sino también como comunidades (Nº 39). También para la comunidad es conversión una respuesta positiva a la autorrevelación de Dios. Pero si pensamos así, significa que la comunidad en conjunto tiene que experimentar y reconocer la revelación. Por ejemplo, llegan a su parroquia cuarenta familias de trabajadores extranjeros. Esto es revelación de Dios. Uds. como comunidad tienen que decir: ¿Qué exige esto de nosotras? Esto tiene que cambiar nuestra vida. Esto es revelación de Dios. ¿Cómo le respondemos nosotras? O: un hombre hambriento está en la puerta. ¿Qué hacemos? Esto es revelación de Dios. Jesús era y es humano, dijimos. De ahí que conoce por experiencia propia nuestra necesidad de seres humanos. La necesidad de perdón. Lo necesitamos todos. Las Iglesias evangélicas siempre tienen un poco de celos de los católicos, porque tenemos el perdón como sacramento. Sacramento de penitencia – un signo visible del obrar de la gracia, instituido por Jesucristo, que obra lo que dice: perdón. Esto es el sacramento del perdón.

El pecado, decimos, es una realidad en nuestra vida. Lo sabemos muy bien. Es la negación de dar amor y de recibir amor, dicho muy sencillamente. Es una concentración sobre el propio yo – alejándose de Dios y alejándose de los otros. Esto es el pecado. Pero no pecamos solos. El pecado siempre tiene una repercusión en la comunidad cristiana – en nuestra comunidad. Porque, como personas humanas, somos menos de lo que sería posible. Por eso, la comunidad – nuestra comunidad, la comunidad de la Iglesia – es menos de lo que sería posible.

Yo todavía sigo pensando que tal vez es un gran desafío para nosotras que encontremos una nueva forma del Capítulo de Culpas. No sé cómo era entre Uds.; entre nosotras había llegado a ser algo muy rutinario. Bueno, se podía encontrar mucho significado, pero normalmente no era más que algo que había que hacer. Esto lo hemos dejado de lado. Pero ¿hemos descubierto algo en vez de ello? Es una necesidad humana, ser perdonado. ¿Qué hacemos, para hallar entre nosotras un modo de decir: Sí, hice mal una cosa. Pido perdón. – Ah, sí, te lo damos. Tenemos que hallar un modo de expresar nuestra necesidad de perdón y nuestro perdón. Las más de nosotras han pensado antes que al sacramento de penitencia llegamos para expresar nuestra culpa: ¿Qué has hecho? A veces parece

una lista de compras. Era fácil pensar así. Hay una historia – una situación que se dio realmente. Una niña fue junto con sus padres a confesarse por primera vez. Estaba llena de entusiasmo y no podía estar sentada ahí esperando su turno. Por fin llegaba el tiempo de acercarse. Y volvió: ¡Papi, papi, he recibido una penitencia! Bueno, rézala en silencio. En casa hablaremos. - ¡No, no, tengo que decir qué penitencia he recibido! – Bueno, ¿qué? – Tengo que rezar el Ave María. – Bueno, rezalo despacito... Y llegó para el padre el turno de confesarse. Cuando volvió: Papi, papi, ¿qué penitencia has recibido? Yo ya terminé la mía. ¿Qué recibiste vos? – Calladita. Reza. En casa te lo digo. ¡No, no! ¿Qué recibiste? Cada vez más fuerte... Finalmente dijo el padre: Bueno, yo tengo que rezar un rosario. Entonces dijo la pequeña muy fuerte: Pero, papi, ¿qué has hecho vos para recibir una penitencia tan grande?

En el sacramento de penitencia – o sacramento del perdón – no se trata de la pregunta: ¿Qué hiciste? Más bien es una proclamación de fe. El que se confiesa viene en la fe de encontrarse con Dios, con Cristo. Y el sacerdote proclama la fe y obra realmente la curación de Dios. ¡El sacramento hace lo que muestra: El perdón ocurrió! Es una proclamación de la fe de la comunidad, no sólo de personas individuales. La comunidad crece, porque la gracia de Dios obra en nosotras. Entonces es el sacramento de penitencia (o del perdón) una celebración, una alabanza de Dios. Nosotras que nos confesamos proclamamos a Dio como Salvador, y el sacerdote lo dice y lo hace realmente. Nosotras decimos simplemente que quisiéramos retornar al amor. No es importante, cuántas veces hicimos esto y aquello y lo de más allá. Lo que es importante es que yo quisiera retorsar al amor. Tenemos que apartarnos más y más de todas esas pequeñeces y llegar a la raíz de todas ellas. Es de esto que pido perdón. Mi verdadero pecado que llevo adentro – pecado capital.

Cristo dice: Te perdono – y está perdonado, porque es un sacramento. Jesús está sentado a la derecha del Padre y desea que esto esté perdonado – y está hecho, porque Él es Dios. Él perdona al pecador, no mira los pecados. Esto lo tenemos que recordar. Si Él perdona y ama, entonces también la comunidad puede perdonar y amar. No podemos menos que Dios. Si Dios le perdona, también yo debo perdonarle. Por eso debemos decir – o yo pienso que deberíamos decirle a la comunidad: Hoy voy a confesarme. ¿Existía entre Uds. también la costumbre de pedir antes perdón a la comunidad? También esto lo hemos perdido. Pero tal vez convendría decir: Hoy me voy a confesar. Y tal vez tengo necesidad de agregar: Por favor, perdónenme.

C 38 llama a cada una de nosotras al perdón y a aceptarnos unas a otras en amor. Hemos escrito que creemos, que el amor perseverante tiene eficacia redentora. El poder curarnos mutuamente es una gran fuerza que tenemos – por el amor perseverante que nos cura.

La Madre Teresa entendió bien todo esto. En una cita dice todo lo que yo tengo que decir en tantos minutos: “Oh Dios, así como sé que mi amor propio nunca podrá morir del todo, así me voy a esforzar por reconocerlo más y más en mí y desarraigarlo. Pero aunque fuese sorprendida por mi defecto del amor propio, no quiero angustiarme por ello. Quiero, sí, reconocer mi debilidad, pero sin embargo continuar con ánimo en tu servicio.” Es maravilloso, cómo entendió el pecado, la conversión, el amor de Dios. Me voy a esforzar - no era pasiva – pero antes dijo: Mi amor propio no morirá jamás del todo. Pero aunque fuese sorprendida – y somos siempre sorprendidas – no angustiarme, sino continuar con ánimo. ¡Seguimos a buenas huellas! Ella es una mujer llena de sabiduría y espiritualidad. ¡Sigámosle!

VII – MARÍA

En esta tarde esperamos. Esperar a alguien significa estar dispuesto a estar solo para él o para ella. Pero hoy la comunidad cristiana espera como un pueblo. La comunidad cristiana es esencialmente una comunidad que está esperando. Esto talvez será hoy para nosotras un punto culminante. Somos una genuina comunidad cristiana, porque hoy esperamos.

La comunidad cristiana es una comunidad que espera la segunda venida de su Dios. Pero hoy esperamos el recuerdo, la re-presentación de un acontecimiento especial – el acontecimiento que nos hace comunidad cristiana: la resurrección de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Y mientras hoy esperamos, recordamos a la primera comunidad cristiana que en un Sábado Santo también esperaba. Ellos esperaban entonces con menos esperanza que nosotras – ellos esperaban solos. Hoy sabemos qué sucedió. Sabemos cuál es el acontecimiento que re-presentamos. Ellos... ellos habían perdido toda su esperanza por entonces. Su esperanza había sido crucificada y sepultada. Y sin embargo esperaban.

De una manera muy especial esperamos hoy con María. Hoy hablaremos un poco sobre María – no tanto sobre la Resurrección, porque la misma fiesta de mañana será la realidad de la Resurrección – no necesitarán una conferencia sobre ella.

En este día- Sábado Santo – María debe haber recordado los acontecimientos de la vida de Jesús. ¡Con qué claridad debe haber revivido en ella todo lo que sucedió en esos años! Jesús era como nosotros, primero un niño. Su conciencia - y también su conciencia de sí mismo - crecían, como en nosotros. Llegaba poco a poco al conocimiento humano de quién era Él. Aceptaba humanamente su humanidad y su singular relación con el Padre. Sólo podemos pensar cómo María le enseñaba quién es Dios. De ella aprendió los Salmos, el Antiguo Testamento, las fiestas... mientras fue creciendo. Jesús era realmente lo que somos nosotros: un ser humano. Y Jesús es realmente ahora lo que nosotros seremos. Él se hizo perfectísimamente hombre. Nosotros todavía estamos encaminándonos a ello.

Jesús revela a Dios a la humanidad. Jesús revela qué significa encontrarse humanamente con la humanidad. La humanidad de Jesús fue poco a poco incluida en su divinidad. Poco a poco. Rahner escribe que en Jesús lo divino estaba presente de manera incomparable, única. En Jesús transformaba, cambiaba la divinidad de Dios paso a paso su ser humano entero. Cuando esto estaba terminado – esto era Resurrección. Desde entonces vive sólo con esta su vida transformada, divina. Vive ahora con la plenitud de la vida divina. Su cuerpo humano ya no es un elemento apartado de Dios, como lo era antes y como lo es en nosotros. Nuestro cuerpo es este elemento que nos aleja de Dios. En Jesús está transformado por la gracia, por el amor.

No lo dice la Sagrada Escritura, pero Ignacio lo dice – y es mi imagen predilecta de María: que este Señor resucitado aparece a su madre y, como ella antes le contaba todo sobre Dios etc., ahora Él le cuenta a ella del Padre – de Aquél, con el que ahora está totalmente unido. ¿Se pueden imaginar cómo es esto? Él, en la vida resucitada, uno con el Padre, cuenta a su madre qué es esto, quién es el Padre - ¡cuánta alegría!

Ya hemos dicho: en su vida resucitada sigue Jesús siendo realmente hombre. Su intención y propósito de morir como hombre por nosotros, de entregarse totalmente al Padre por nosotros, queda en pie. Es por eso que es eficaz – en la Eucaristía, en el sacramento de la Reconciliación etc. Nosotros vivimos de la plenitud de la vida de nuestro Señor resucitado. Él es fuente de todas las gracias. Y porque Él vive la vida plena, vivimos nosotros en Cristo, como lo repetimos muchas veces. Vivimos con su vida. También nosotros llegamos, porque el amor de Dios supera nuestra humanidad, a nuestra propia muerte y a nuestra propia resurrección, a nuestra propia unificación

con Dios – paso a paso supera la gracia de Dios nuestra humanidad. Cuando esto sucede, será nuestra resurrección. Será distinto que con Jesús, pero es lo mismo. El mismo proceso. Humanización y resurrección siguen sucediendo hoy en nosotros.

El año pasado dijo el Padre Weiß: Vivan Uds. la humanización como Dios la vivió: lleguen a ser humanas, auténticamente humanas. Así se humanizó Dios, y también nosotras tenemos que hacernos verdaderamente seres humanos.

Con esta vida de Jesús vivimos como Hermanas de las Escuelas de Nuestra Señora. ¿Qué significa esto hoy - ser una congregación mariana? Muchos hacen esta pregunta. Antes significaba mucha oración a María etc. Pero ¿qué significa hoy? – A algunas de Uds. les he contado esa historia de cuando estudiábamos Alemán. Creo que éramos unas 150 personas del mundo entero. No sabían quiénes éramos nosotras y porqué vestíamos así. Al final de nuestro curso tuvimos que hablar cinco minutos sobre algún tema especial. Como todos tenían tanto interés en saber qué somos nosotras, pensé: Y bueno, hablaré sobre nuestra vida. Escribí en el piarrón: Soy una Hermana Pobre de las Escuelas de Nuestra Señora. Luego hablé - creo que sobre oración, votos y comunidad . Luego teníamos que contestar preguntas durante 25 minutos. Cuando había terminado, estaba tan aliviada que corrí a mi silla. El profesor dijo: Hermana Johanning, por favor, vuelva. ¿Quién es Nuestra Señora - pregunto al curso – quién es? Todos estaban sentados ahí; nadie respondió. Finalmente dijo un hombre de Irán: Sí, creo que yo sé quién es Nuestra Señora. Es la Hermana Johanning – es ella. Y con esto he aprendido mucho. Es esto lo que somos: Hermanas de las Escuelas de Nuestra Señora. Teresa de Jesús; Hermana X de Nuestra Señora... ¿qué significa esto? Era realmente una cuestión para el Comité de Redacción en aquel tiempo: ¿Qué escribimos sobre María en nuestra Constitución?

El Concilio Vaticano II hizo la misma pregunta. ¿Qué y dónde escribimos sobre María? Uds. tal vez recuerdan esta lucha. Algunos querían un documento propio sobre María; otros decían: No – esto traerá problemas para el trabajo ecuménico. María siempre es problemática en ese trabajo ecuménico. Finalmente decidieron, como Uds. ya saben: Un capítulo en el documento sobre la Iglesia – el capítulo 8, sobre María. Si no lo han leído, se lo recomiendo muy encarecidamente. Es un trabajo maravilloso sobre María en la Iglesia.

Y también nosotras en nuestra Constitución - ¿deberíamos tener un capítulo especial sobre María, o incluirla en otro tema? Uds. lo saben: Es en el capítulo sobre Oración, N° 32, donde escribimos un párrafo sobre María. Tal vez sea poco – alguna gente dice: ¡Tan poco sobre María! ¡Un solo párrafo! Pero si Uds. estudian bien la Constitución, encuentran a María en todas partes. Su espíritu - ¡Hagan lo que Él les diga! – siempre vuelve a aflorar. Una vez en mi provincia, después del Capítulo de 1970, un director de ejercicios dijo muy excitado a las Hermanas: Pero - ¿Uds. son Hermanas de las Escuelas de Nuestra Señora? ¡No hay nada sobre María en su Constitución! Hasta hoy no sé si esto lo dijo a propósito, o si lo creía realmente. De todas maneras salieron todas las Hermanas de la capilla a buscar en la Constitución y a tomar notas y se las llevaron: ¡Mire Ud. qué marianas somos! Tal vez él era un buen maestro: Todas buscaron, todas vieron cómo María figura en la Constitución. Decimos en el Prólogo, que es la Madre de la Iglesia. Uds. saben que en nuestra capilla está la estatua de la Madre de la Iglesia, esculpida inmediatamente después del Concilio Vaticano, donde María por primera vez fue llamada Madre de la Iglesia. Así la describimos. En el sentido del Vaticano II significa esto, que María es el modelo de la Iglesia, de tres maneras: modelo de fe, modelo del amor y modelo de la perfecta unión con Cristo. Así debería ser la Iglesia, como era María, en la fe, el amor, la unión con Cristo. Y como nosotras somos una comunidad eclesial, María debe ser un modelo para nosotras - en la fe, el amor, la unión perfecta con Cristo. Llamamos a María la Madre de nuestra Congregación, tal como la Madre Teresa solía llamarla. Ella consagró la Congregación a María y dijo que era la única madre de la Congregación. Lo volvemos a decir en el Prólogo.

Pero ¿cómo la honramos, si es la Madre de nuestra Congregación? Cuando estábamos ensayando cómo escribir este párrafo, decían las otras dos (eran más jóvenes): ¿Qué escribimos? Una vez entré y les dije: ¡Escuchen esto! “Las palabras de María: ‘hagan todo lo que Él les diga’ deben ser también el lema de las Hermanas de las Escuelas. Cada Hermana se esfuerce con santo fervor de hacer lo que el Señor quiere de ella; entonces practica la devoción a María mejor y más grata a la Santísima Virgen.” ¿Les suena conocido? Es de la Regla de 1924. Y lo encuentra casi literalmente citado en nuestra Regla actual, donde escribimos: “La honramos como Madre de nuestra Congregación y le demostramos nuestro amor cuando hacemos lo que el Señor nos dice. Esta es la mejor devoción.” Suena como el Evangelio: No digamos solamente “Señor, Señor, sino hagámoslo también. Hacer lo que Él nos diga – esto es devoción mariana. Y esta palabra siempre vuelve en toda la Constitución: Tratando de Obediencia, Desarrollo personal, María y en el Prólogo decimos: Hacemos lo que Él nos diga. ¡Esto exige diálogo! Porque Él dice algo a ti y a ti y a ti y a mí... Esto tiene que juntarse para que nosotras encontremos y hagamos, lo que Él nos diga. Solamente la fórmula de los votos dice: “...pueda hacer en el espíritu de María todo lo que Tú me dices”. Y esto es completamente personal; por eso decimos: lo que me dices. En las otras partes decimos: Hacemos lo que Él nos diga.

En N° 32 escribimos: En nuestra actitud de escucha y apertura seguimos a María. En la escucha. Escuchar y realmente oír. Estar abiertas. Para aceptar y para dar. Oír y escuchar se acentúa una y otra vez en toda la Constitución. Siempre decimos que deberíamos escuchar todo lo que existe, que debemos mantenernos atentas. DG 45 lo dice bien. “El silencio en el cual escuchamos a Dios atentamente produce un profundo crecimiento espiritual.” Y luego: “Durante toda nuestra vida tendemos a esta actitud “ – actitud de escucha. Es como en María, en su abertura. Ella estaba tan abierta para Dios, tan unida con Él que el Verbo pudo encarnarse en ella. Estaba tan abierta para Dios que pudo recibirlo, concebirlo y luego darlo al mundo.

Talvez recuerdan Uds. de la historia de la Iglesia – en Efeso, en 431, cuando los obispos habían nombrado a María *Teotocos*, la que lleva a Dios. Y recordarán de la historia que la gente estaba tan entusiasmada que sentaron a los obispos sobre sus hombros y pasaron en procesión por las calles. ¡Tanto entusiasmo! Creo que nosotros no hicimos esto al terminar el Vaticano II. Nuestro entusiasmo por María no era tan grande. Pero ella guardó la palabra recibida en su corazón, en silencio. Hoy el mundo no nos llama a “guardar “ – pero es lo que el mundo necesita.

María vivió una vida que venía desde tal profundidad que parecía completamente ordinaria; de ninguna manera manifestándose por fuera como extraordinaria. Una vida muy normal. No se veía extraordinaria, pero brotó de la profundidad.

Hay otro texto en la Constitución – N° 21, al final del párrafo sobre los votos, donde decimos que en la vida de María está perfectamente realizada la disponibilidad para el Espíritu Santo, el compromiso con Cristo y nuestra entrega al Padre. Ella era – ella es modelo para nosotras. Ella no hizo los votos – cuidado, esto no lo decimos. María no era una religiosa. Pero es modelo para nosotras en cada uno de los votos.

Madre de la Iglesia, Madre de la Congregación – también la llamamos en la Constitución Madre virginal de Jesús. Y la describimos – en la parte de virginidad consagrada: María, la Madre virginal de Jesús, nos estimula a dar y a recibir amor como mujeres consagradas. Esto hemos dicho ayer. Luego seguimos escribiendo sobre María, en DG 8 sobre la fiesta de la Congregación, el 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción de María. En el Capítulo hubo una gran diferencia en el pensar respecto a esta fiesta: ¿8 de diciembre? ¿25 de marzo? 1° de enero? ¿Visitación? Todas estas fiestas... ¿Cuál es la fiesta de nuestra Congregación? Creo que la gente estaba cansada de este tema... volvía tantas veces... Pero, ante todo por la tradición, nos hemos quedado con el 8 de

diciembre.

Concebida sin mancha - ¿qué significa esto para nosotras? Y escribimos una breve explicación: Reconocemos en ella cuán perfectamente puede compenetrar la gracia divina la naturaleza humana. Como hoy hemos empezado, hablando de Jesús: La gracia poco a poco se apoderó de Él en la vida divina, y decimos esto sobre María: cuán perfectamente puede compenetrar la gracia divina la naturaleza humana. Esto nos enseña mucho sobre nosotras: que poco a poco esta gracia divina nos pueda compenetrar.

Ud. saben cómo todas las H.E.N.S. honramos a María de una manera externa. Es la antífona mariana después de Vísperas. Pensemos en todas las H.E.N.S. en el mundo entero y recemos con ellas. Probablemente esto abarca todo el día, porque estamos alrededor del mundo entero. Siempre cantan algunas H.E.N.S. la antífona mariana – por tres intenciones: la gracia de la perseverancia, desarrollo del espíritu de la Congregación y vocaciones. A veces es bueno que lo digamos en la capilla: ¿Porqué cantamos esto? Ah, sí, por estas intenciones. Entonces lo hacemos conscientemente.

Una vez participé de una liturgia donde aprendí mucho, porque el sacerdote en la homilía se acercó a nosotros y dijo: “Yo quisiera contarles algo de mi hijo.” Un sacerdote con un hijo? ¿Cómo es esto? Luego dijo: “Sí, me acuerdo de cuando lo esperaba.” (¡Qué shock para mí!) “Y luego, cuando había nacido en ese establo – esto era tan embarazoso para mí. ¡Mi hijo en un establo! Más tarde, cuando fue creciendo - ¡ah, era mi alegría! Tan abierto era y tan alegre ... Pero después nos ha abandonado – y esta palabra hasta hoy no la entiendo – que él nos había abandonado para hacer la voluntad de su padre... Pero mi mayor recuerdo es cuando celebró la fiesta con sus amigos. Me preguntó si yo cocinaría para este banquete. Yo lo hice con mucho gusto. Estuve haciéndolo y él salía pero volvió enseguida, puso su mano en mis hombros y dijo: Si yo me voy, ya sabes que volveré. Estoy siempre contigo. Por favor, no lo olvides. Después salió. Más tarde, recién más tarde comprendí lo que había dicho. – No puedo decir cuánto sufrí cuando murió. Y lo he visto todo... ¡Pero después, después! Cuando volvió, lleno de vida, y me contó todo...” Etc.; lo he dicho dicho tan sólo en pocas palabras. Más tarde fui a ver a este sacerdote y le dije: “¿Pero – cómo hizo Ud. esto?” Él estaba un poco avergonzado y dijo: “Bueno – sabe – en los últimos dos años he rezado y leído el Evangelio a través de los ojos de María. Y ahora conozco a Jesús como mi hijo. Lo conozco como lo conoce María. Y lo amo como María lo ama.” Yo no puedo sino recomendar esto – si Uds. quisieran tomarse el tiempo: mirar el Evangelio, la vida de Jesús, a través de los ojos y a través de la vida de María. Sí, le costó dos años. ¡Pero vale mucho! Quien ama a María tiene que amar a Jesús, y viceversa.

Y hoy esperamos con María. ¡El anhelo por su hijo! En esta actitud esperemos todavía una hora – no es mucho. Y yo espero que todas nos sintamos como niños en la Nochebuena: ¡Casi no pueden esperar hasta que llegue! Y nosotras somos bendecidas, porque para nosotras es media hora más temprano. Y entonces celebramos realmente como una comunidad que ha esperado mucho tiempo, porque Él, a quien hemos esperado, estará entre nosotras.

VIII – MISIÓN

Las lecturas de hoy resumen todo lo que yo quisiera decir sobre el tema Misión – ser enviadas. Jesús envía a las mujeres; les encarga una misión. Dice: “Vayan y cuenten a mis hermanos”. Y Pedro dice en su discurso: “Dios ha resucitado de entre los muertos a este hombre y todos nosotros somos testigos de ello”.

Las mujeres han recibido la tarea: “Cuenten a mis hermanos”. Y Pedro proclama la buena noticia y nos dice: “Todos nosotros somos testigos de que Jesús ha resucitado”. Misión tiene que ver con envío. Antes, cuando se trataba de envío o misión, solíamos pensar en el extranjero, en países que no eran nuestra patria. Esto era misión, eso era envío. Tenemos muchas misioneras – hemos hablado sobre ellas en estos días. Y si alguien les preguntara: ¿Cuántas misioneras tienen Uds. en su Congregación? Piénsenlo: ¿Cuántas? Casi 8.000 tenemos, porque cada una de nosotras tiene este envío, cada una está en misión, esté donde esté. La Iglesia tan sólo lo ha descubierto de nuevo; porque la misma Iglesia había pensado: Enviamos misioneros al mundo entero. Y pensábamos en las Hermanas y Hermanos, sacerdotes y laicos, que salieron de su propia patria para servir en otro país y proclamar la Buena Nueva. Entonces pensábamos: Los misioneros entregan la Buena Nueva. Se fueron para salvar a la gente. Lo pensamos todo; éramos “grandes”. Pero ahora la Iglesia lo ve de otra manera. Ahora se nos dice con énfasis que recibimos más de la gente de lo que damos. Ahora, al ver misión/envío no nos fijamos tanto en cuántos paganos podemos convertir, sino cómo podemos vivir entre esa gente y todos juntos buscar y descubrir a Dios. Las ideas de misión y envío han cambiado muchísimo en los últimos años en la Iglesia.

El Vaticano II – y también nuestra Constitución – dice: “La Iglesia es esencialmente misionera.” La Iglesia tiene que proclamar la Buena Noticia de Jesucristo. De lo contrario, no es Iglesia. Esto es la misión de la Iglesia.

Si somos una comunidad eclesial – y siempre lo decimos y lo escribimos – entonces también nuestra Congregación es esencialmente misionera. Nosotras, como Congregación, tenemos que proclamar la Buena Nueva. ¡Suena a Madre Teresa! Así tal vez lo sienten Uds. intensamente: Misión tiene que ser el título de nuestra Constitución. Como lo he explicado la semana pasada: hubo como una especie de shock eléctrico en esta habitación, cuando lo descubrimos: Sí, esto es lo que somos - ¡somos misioneras! La misión está en nuestra esencia. Esto es lo que somos. El título de la Constitución tiene que ser el envío; esto nos describe.

Como la Iglesia y la Congregación, también cada Hermana, cada comunidad local debe ser misionera, estar en el envío, en la misión – dondequiera estemos (C 9). Somos enviadas a proclamar la Buena Nueva dondequiera que estemos. Este es nuestro envío, esta es nuestra misión. Hacemos visible a Jesús, dónde estemos. Esto es misión.

Miremos un poco a Jesús. Jesús vino y trajo la Buena Nueva. Él mismo era y es la Buena Nueva. ¡Él es la Buena Nueva! Por eso podía – debe – hacer visible al Padre, hacerlo presente. Schillebeeckx dice: Él es el Sacramento Fundamental del Padre. Un sacramento hace presente y hace lo que muestra. Él hace al Padre totalmente presente. Hace al Padre visible. “Tanto tiempo estoy con Uds., y ¿todavía no conocen al Padre? Quien me ve a mí, ve al Padre. Él hizo completamente presente al Padre, la Salvación, el Reino de Dios. Esta era su misión: hacer presente al Padre, hacer presente la Salvación y luego unir a los hombres con el Padre y entre ellos. Como muchos creyeron en Él, también creyeron en el Padre – porque Él siempre anunciaba al Padre. Esto une a la gente con Él y también con el Padre – esto une luego a la gente entre ellos, ya que todos tienen la misma fe. Todos creyeron en el Padre y en Jesús. Esto era Salvación, esto era Salud. Dios envió a su Hijo al mundo, para que por Él el mundo fuese salvado.

Pero – lo que hemos celebrado ayer y lo que sabemos bien es, que Jesús resucitó. Ya no está entre nosotros con su cuerpo terreno. Por eso nos dice: Como el Padre me ha enviado a mí, así yo les envío a Uds. Yo ya no me quedo física, terrenamente aquí con la gente. Pero alguien tiene que estar. Así les envío a Uds. Nosotros somos ahora su cuerpo. Continuamos su misión. Como Él hizo visible al Padre, nosotros lo hacemos visible a Él, a Jesús. Quien nos ve a nosotros, ve a Jesús. Y tal vez somos el único Jesús a quien algunos pueden ver. Podríamos decir también nosotras: Tanto tiempo estoy con Uds., y ¿todavía no conocen a Jesús? Es un gran desafío para nosotras, una gran misión.

Existe tan sólo una misión – esto es importante. No existe la misión de Cristo y la nuestra. Existe una, y la misión es la misma. Es la misión de Cristo, y nosotras continuamos su misión. Su misión es la que nosotras llevamos adelante – y se llama, para Jesús y para nosotras: anunciar la Buena Nueva y hacerla presente con nuestro ser, nuestro hacer y nuestra palabra. Hacer visible a Jesús por lo que somos: ser – hacer – palabra. Pero esta es la tarea de todos los cristianos bautizados. En el Bautismo se nos da esta misión. Hemos dicho que somos incorporadas en la vida de Cristo; por eso somos su cuerpo. Pero qué hace un cuerpo para un hombre? El cuerpo coloca a la persona en el espacio y el tiempo. El cuerpo de Cristo tiene espacio y tiempo, muy concretamente. El cuerpo de Cristo en su forma terrena ya no ocupa espacio en nuestro mundo. Él ya no está solamente en ese tiempo determinado; Él ha superado todo los tiempos. Nosotras somos su cuerpo. Nuestra persona ocupa espacio y está concretizada en este tiempo, como ocurre con el cuerpo humano.

Pero un cuerpo traduce también el pensar y el corazón. Si yo, por ejemplo, solamente estuviese parada, sin hacer ni decir nada, Uds. ni se imaginarían qué estoy pensando, qué quisiera decir. Pero mi cuerpo, mi hablar les dice un poco lo que pienso, lo que está en mi corazón. El cuerpo traduce el pensar y el corazón. Somos cuerpo de Cristo. Nosotras traducimos y concretizamos en nuestro mundo el corazón de Jesús, el pensar de Jesús, la mentalidad de Jesús. Esto lo hemos recibido en el Bautismo. Así reciben todos los bautizados esta tarea. Es que en el Bautismo recibimos esta misión de anunciar la Buena Nueva – esto nos compromete. El Bautismo nos da también el derecho de celebrar la Eucaristía: como miembros del cuerpo de Cristo, tenemos el derecho de celebrar la Eucaristía y también la tarea de la misión. Con todos los bautizados participamos de la misión de Cristo. Con todos los bautizados proclamamos la Buena Nueva del Reino de Dios. Así decimos en C 2.

Son interesantes los cinco primeros puntos de la Constitución: El primer punto es el fundamento para la misión. Somos llamadas y enviadas. Jesús dice: Como yo soy uno con el Padre... etc. Fundamento para la misión. Luego, N° 2 vale para todos los cristianos. Desde el Bautismo, y con todos los cristianos compartimos esta tarea. N° 3: Pero nosotras – nosotras vivimos nuestro Bautismo en una comunidad eclesial, dotada con el carisma de la Madre Teresa. Después, 4°: ¿Cómo se distingue nuestra misión de la de todos los demás bautizados? Esto dio mucho trabajo al Comité de Revisión. Semanas enteras han trabajado en esto: ¿Cómo describimos nuestra misión especial de tal manera que en un solo párrafo pueda quedar claro? ¿Y que cuando extraños lean ese párrafo, sepan exactamente quiénes somos? Que nosotras podamos leer ese párrafo y decir: Sí, esto soy yo. Esto somos nosotras. ¿Cómo se puede dejar esto tan claro, si se parece tanto a lo de todos los bautizados?

Y la respuesta era tan sencilla, cuando al fin la habíamos descubierto. Uds. la leen en N° 4: “Nuestra misión (Hermanas de las Escuelas) es, proclamar la Buena Nueva” – Esta es la misión que tienen todos los bautizados. Pero: “...como Hermanas de las Escuelas de Nuestra Señora.” Esto significa toda la Constitución, el carisma, la herencia... Nosotras proclamamos la Buena Nueva como Hermanas de las Escuelas de Nuestra Señora. Luego sigue: “comprometiendo toda nuestra vida por aquella unidad para la cual Jesucristo fue enviado.” Esto es otra vez para todos los cristianos. Pero – ¿recuerdan la Regla de 1970? “Somos enviadas para hacer uno” – por eso acentuamos tanto esta unidad. Junto al Coliseo, el viernes por la tarde, me encontré con un sacerdote brasileño; lo había

conocido en el Brasil. Me dijo: ¡Sabe Ud., su carisma es tan parecido al movimiento de los Focolares! Porque Uds. acentúan la unidad tan fuertemente...” Estaba muy entusiasmado. “Hace poco he leído su Regla. ¡Uds. acentúan tan fuertemente la unidad, por la Eucaristía y por la misión!” Y esto es cierto. Por eso, en nuestra declaración de envío – si puedo llamarla así – acentuamos no sólo la tarea de bautizadas: “Proclamamos la Buena Nueva”; sino, como Hermanas de las Escuelas, acentuamos después también la unidad: “comprometiendo toda nuestra vida por aquella unidad para la cual Jesucristo fue enviado”.

Me gusta decir: Si una H.E.N.S. no promueve la unidad, 24 horas cada día, entonces no es una buena H.E.N.S. Pero - ¿qué significa esto? ¿Promover la unidad, 24 horas cada día? Bueno, significa que tengo que dormir bien, y suficientemente, porque esto promueve la unidad en mí. Significa que tengo que comer bien; esto promueve la unidad en mi cuerpo y mi alma. Que tengo que rezar bien, porque esto lleva todo en mí a la unidad. Sí, que tengo que obrar de tal manera en mi comunidad y en mi ambiente, que todos se encuentran, de alguna manera, en unidad. Y hacer unidad entre 25 chicos no es fácil. Tenemos que ser muy creativas. ¿Cómo unimos a los chicos? O ¿a las Hermanas en la casa de descanso? O ¿en la parroquia? O ¿en cualquier parte – donde estamos?

¿Qué crea unidad? Hablando de María dijimos: ¿Qué promueve la vida entre la gente? Tal vez, Hermanas, no pensamos bastante en esto. Tal vez simplemente hacemos nuestro trabajo. Ah, ya hace diez años que hago esto; ya sé cómo se hace. Es tan fácil hacer esto. Pero pensar cada semana, cada día, cada año: Con este grupo, ¿cómo se consigue unidad? Y este niño – ay, ¡es un problema! ¿Cómo puedo yo integrarlo, que sea uno con este grupo? O bien: Todos rechazan a esos dos. ¿Cómo los puedo integrar? Necesitamos mucha creatividad, mucha imaginación para “hacer uno” dónde estemos. También en la comunidad; a veces es lo más difícil. ¿Cómo promovemos la unidad?

Pero no somos Dios, y por eso no podemos pretender siempre que vaya bien; que yo pueda lograr la unidad de todos. Tenemos que llegarnos a Dios muy pobres y decir: Yo hice lo que podía, pero eres Tú quien tiene que hacer esto. ¡Veinticuatro horas promovemos la unidad! Tenemos que promover la unidad.

¿Cuál es nuestra mejor manera de proclamar la Buena Nueva? Creo que debemos mirar a Jesús – cómo lo hizo Él. Recordamos muy claramente que Él llegó a la gente y vive entre la gente. Él es nuestro ejemplo: su ser, sus palabras y su hacer hablaban siempre del Padre. Ser – Palabras – hacer, diciendo a todos: ¡Padre!

Yo encuentro que siempre es bueno que la gente nos haga preguntas: Pero, ¿cómo vive Ud. así? Pero, ¿qué significa esto para Ud. ? Ah, ¡ese es el momento en que podemos anunciar la Buena Nueva, porque tienen interés! Yo siempre me alegraba cuando los estudiantes universitarios hacían preguntas: Pero - ¿qué pasa con Ud.? Y siempre: ¡Pero no me diga que lea un libro - ¿qué piensa Ud.? No me diga lo que piensan otros; ¿qué piensa Ud.? La gente tiene interés, si vivimos de tal manera que tienen que hacer preguntas. ¡Tienen interés! Entonces les mostramos: Sí, nosotras tenemos una respuesta, tenemos algo. Y ellos quisieran tenerlo. Quisieran aprender. ¿Cómo va esto allá entre Uds.? - ¡Diga, diga, cuente! Jesús dijo e hizo todo, y la gente le creía. Y esto los unía con el Padre, con Jesús y entre ellos.

Hay una parte de la misión que nos orienta. Por ejemplo, hay un cuento de un misionero con una sandía. Era un misionero que estaba en una isla adonde todavía nadie había ido. De repente crecía allá en una colina una plantita de la que nadie sabía qué era. Crecía y crecía cada vez más, y de repente aparecía aquella gran cosa verde y se hizo cada vez más grande. Toda la gente tenía miedo: ¿Talvez es un monstruo? Será tan grande que dominará la isla y comerá a todos... Tenían mucho miedo, todos los días. Entonces llegó el misionero y le contaron qué crecía allá. Él lo miró y dijo:

¡Vamos, es una sandía! Y tomó su cuchillo, sacó el corazón y lo comió para demostrar que no había que tenerle miedo. Pero entonces la gente se asustó y le tenía miedo a él – porque él era el monstruo; que tal vez él terminase quitándoles todo. - Hay otra versión distinta del mismo cuento. Llegó un misionero, la gente le contaba, y estando junto a la gente dijo: Bueno – ¡acercuémonos un poco, para ver qué pasa! Ah – estamos tan cerca y no pasó nada. ¡Un pasito más! Y el día siguiente: ¡Otro paso más! ¡Oh! Finalmente están muy cerca. ¿Les parece que podemos tocarlo? Probemos – vengan, todos juntos... ¿Ah? ¡Nada pasó! Y, poco a poco: ¿Les parece que podemos abrirlo? ¡Peguémoslo! – Nada pasó – y al final llegaron a cultivar sandías en la isla hasta poder exportarlas.

¡Este ser igual, este asemejarse a la gente – esta orientación hacia un punto!

Ninguna cultura es totalmente cristiana. No podemos orientarnos hacia todo lo que existe. ¿Qué hay de cristiano? ¿Qué promueve lo cristiano? Esto lo promoveremos. Pero ¿qué se opone a lo cristiano? Eso tenemos que transformar y ayudar a la gente a transformarlo.

Hay una cita, referida a esta misión, que quisiera compartir con Uds. Dice: “El primer impulso, cuando nos acercamos a alguien para servir, tiene que mostrarse en que nos descalcemos - porque el lugar al que nos acercamos es sagrado. De lo contrario podría ser que destruyamos los delicados sueños de alguien – o, peor aún: que nos olvidemos de que Dios estaba allí antes que nosotros.”

Cuando lleguemos a nuestra aula (comunidad parroquial, hogar de ancianos...), tenemos que estar dispuestas a descalzarnos: Dios está allí. No somos nosotras quienes traemos la Buena Nueva – Dios ya estuvo allí, cada día, antes de llegar nosotras.

Así lo hacía Jesús. ¡Lean Uds. así los Evangelios! Él acogía a la gente donde estaba. Desde allí la guiaba. Cuando Jesús hablaba del Padre, otros se sentían tocados por el mensaje. Pronto llegaban los griegos y se adhirieron. Las costumbres cambiaron. Por ejemplo, la Sagrada Escritura tuvo que ser escrita en griego. Todas las costumbres antiguas del judaísmo... Había que decidirse: ¿Qué exigimos de estos griegos? No podemos imponerles todo lo que viene del judaísmo. La Iglesia fue cambiada muy al principio por su trabajo misionero. Esto nos dice: Misión tiene que ver mucho con recibir. A veces nos olvidamos de esto. Debemos recibir, y debemos llevar la marca de aquellos a quienes servimos.

Esto se ve más claramente en jardín de infantes o en primer grado: ¡Cuánto recibe una Hermana de esos niños pequeños! Algunas de Uds. trabajan en jardín de infantes – ellas saben que reciben tanto, porque los niños rejuvenecen y hablan de lo profundo. Pero con grandes, con esos alumnos un poco difíciles, los del internado... ¿qué recibo de ellos? Necesariamente recibimos siempre más de lo que damos. Tal vez tenemos que reflexionar cada día: ¿Qué recibo hoy? ¿Qué he recibido de ellos? Misión tiene que ver con recibir. Lo decimos en C 8: “Nuestra comunidad es plasmada y enriquecida por la cultura en la que vivimos.” Es una buena pregunta para una reunión de comunidad: ¿Cómo es nuestra comunidad local plasmada, modificada, enriquecida por nuestra parroquia, por nuestro entorno? ¿Aceptamos ser plasmadas, modificadas de esa cultura que nos rodea?

Nuestra constitución resume el “cómo” de nuestra misión: ¿Cómo hacemos esto? Ah, sí, como Jesús lo hizo. Pero lo resumimos diciendo en N° 4: “Como Él fue enviado para manifestar al mundo el amor del Padre, así somos enviadas nosotras para hacer visible a Cristo por nuestro ser, por el amor, la fe y la esperanza que compartimos. Como Él, así nosotras – exactamente. Él manifiesta al Padre, nosotras manifestamos a Jesús. Pero: por nuestro ser – amor – fe – esperanza. Lo más importante - ¡nótenlo, por favor! – no es el trabajo. Ser, amor, esperanza, fe: esto es lo que busca la gente, esto es lo que tenemos que transmitir. Especialmente hoy. Pero nos resulta mucho más fácil hacer un trabajo que hablar sobre mi fe, o decir algo sobre mi esperanza, o rezar con alguien... Ah,

sí, preferiría hacer algo por ellos. La gente busca algo más profundo en nosotras.

De esto me habla siempre un cuentito – mi cuento preferido. Lo he mencionado muchas veces; sin embargo, lo volveré a contar. El cuento expresa para mí toda la Constitución. Se trata de un niño que vende diarios en la estación de tren, en la Nochebuena. Hace muchísimo frío, y por eso había hecho un fueguito para calentar sus manos. Un hombre de negocios venía de su oficina. Quería alcanzar el próximo tren, pues su familia celebraba en casa la Nochebuena. Tan apurado iba, que atropelló al chico. El pequeño cayó al suelo, el fuego terminó apagado, los diarios estaban desparramados. El hombre pensaba: Debería ayudarlo; yo soy culpable de esto – pero mi familia espera. El próximo tren va recién en dos horas. Tengo que ir a casa. Entonces corrió, subió al tren, pero miró atrás y vio que el niño no se había levantado. Estaba llorando, tirado al suelo. Entonces no se sentía del todo bien, saltó del tren y volvió, diciéndose: Tengo que ayudarlo. Llegó, le ayudó a levantarse, ordenó todos esos diarios, hizo un nuevo furgó, compró chocolate caliente para que el chico pudiera calentarse y luego le preguntó: ¿Tienes todo lo que necesitas? ¿Está todo bien? - ¡Sí, sí! Muchísimas gracias! Entonces se dirigió a la estación; tendría que esperar 2 horas. Pero cuando se iba, el chico exclamó: Señor, por favor, ¡vuelva! Él se disgustó un poco: había dicho que tenía todo lo que necesitaba, y ahora le llamaba de vuelta... Pero tenía tiempo. Volvió, quedó parado ante el niño – y el niño no decía nada; solamente le miraba la cara. Finalmente preguntó el niño: ¿Eres tú Jesús? Todo lo que veía en ese hombre se parecía a Jesús; todo lo que había escuchado sobre Jesús, lo vio en él. ¡Debía ser Jesús! Muchas veces pienso que toda la gente debería pensar de nosotras – de cada una de nosotras como comunidad: Pero - ¿es Ud. Jesús? Ud. obra como Jesús, habla como Él, sonríe como Él – ¡Debe ser Jesús! Y así deberíamos decirnos unas a otras: ¿Oh - eres tú Jesús? Esto, Hermanas, es para mí espiritualidad de encarnación, esto es nuestro documento: Hagamos visible a Jesús – entonces vivimos la Constitución.

Talvez no sepamos qué dice N° 37, pero sabemos que hacemos visible a Jesús. Entonces vivimos N° 37, o cualquier número.

La sensibilidad para la misión, la conciencia de misión nos da movilidad y dinamismo en nuestra vida y en nuestro servicio. Si solamente cumplimos una tarea, un trabajo, como dar clase en tercer grado, día tras día... es la muerte. Pero - ¡si yo doy clase en tercer grado para proclamar la Buena Nueva, para transformar la sociedad...! Muchas veces perdemos la visión, la perspectiva: ¿Porqué hacemos esto? Hacemos visible a Jesús. Vamos a transformar la sociedad en el espíritu de la Madre Teresa. Entonces tenemos dinamismo y movilidad en nuestra vida. Entonces cree la gente en Jesús. No en nosotras - ¡en Jesús!

El Dios hecho hombre en un mundo pecador causa contradicción, que puede terminar solamente en la pasión y muerte. Pero esto es redención. Y así llegamos al N° 5 de estos cinco puntos en el capítulo “Misión”. Y escribimos: “Al cumplir la misión de Cristo, de llevar a todos a la unidad con el Padre, experimentamos y asumimos el Misterio Pascual en nuestra vida. Llenas de confianza recordamos las palabras de la Madre Teresa: Todas las obras de Dios maduran en el sufrimiento, pero después están más firmemente arraigadas y florecen más hermosamente.” Es maravilloso, cómo la Madre Teresa describió el misterio pascual en sí misma, desde su experiencia – aunque la primera parte de esta afirmación suele encontrarse en Wittmann. “Pero después...” Talvez alguna vez quisieran Uds. buscar su propia frase: ¿qué dice el Misterio Pascual para Uds., desde sus experiencias? Esa era la experiencia de la Madre Teresa.

Porque la misión de tal manera está en el centro de nuestra vida, comprendemos lo que dice el Prólogo – que para nuestra misión y para nuestra vida es esencial Jesucristo, la Iglesia, el mundo, nuestro carisma. Esencial para nuestra misión - ¿porqué? Porque Él era el Enviado del Padre. Él es el Enviado. La Iglesia - ¿porqué? Porque la Iglesia por su misma naturaleza continúa la presencia de Cristo y lleva adelante su misión. ¿El mundo? Muchas Hermanas estaban disgustadas porque

colocamos el mundo aquí. El mundo no tiene nada que ver con nuestra vida y con nuestra Constitución, nos dijeron. Pero ¿dónde proclamamos la Buena Nueva? ¿Dónde realizamos la misión, si no en el mundo, que tanto necesita esta misión? Y luego nuestro carisma, que es orientador para nuestra vida y nuestra misión. Largamente se puede meditar y reflexionar sobre estos cuatro puntos. Cada uno – Jesucristo, la Iglesia, el mundo, el carisma - está descrito con el concepto de misión. La Madre Teresa conocía bien esta urgencia por responder a esta misión. Escribe: “Sin querer excusarme, sólo quiero recordar que mis Superiores espirituales, o quiénes sean, tengan compasión conmigo y no quieran mandarme reproches por haber emprendido aquí demasiado, y comenzado demasiado grande, ido demasiado lejos y demasiado amplio etc. El futuro dará información más detallada sobre esto.” ¡Qué visión tuvo esta mujer! Y nosotras somos el futuro. “El futuro dará información más detallada sobre esto.” Cada mañana me dice mucho, cuando rezamos el Benedictus – también podemos tomar como dicho a nosotras estas palabras: “Y tú, Hermana, tú serás llamada profeta del Altísimo, porque tú irás delante del Señor para preparar sus caminos; tú anunciarás a su pueblo la salvación, el perdón de los pecados. Por la entrañable misericordia de nuestro Dios nos visitará el sol que nace de lo alto...” ¡Y tú, Hermana, serás llamada profeta del Altísimo! ¡Tú prepararás sus caminos y anunciarás a su pueblo la salvación. ¡Qué misión tenemos! ¡Qué honor, qué tarea! Esto es nuestro, y hoy tenemos que agradecerlo a Dios. Comenzó con la Resurrección, y hoy lo escuchamos en la Misa: ¡Id a todo el mundo! Y la Madre Teresa dice: “Vamos a todo el mundo, a los pueblos más pequeños...” Somos llamadas para ser enviadas.

IX – SERVICIO APOSTÓLICO

Sabemos por experiencia, que toda relación de amor clama por servicio. Piensen en una amistad, o en un matrimonio, o en la vida religiosa. El amor urge a servir. Queremos y necesitamos, desde lo profundo, servir a la persona que amamos. Lo decimos en N° 57 del Directorio. En la primera parte de esta cita decíamos que una H.E.N.S. es una persona invitada por Dios a sellar una alianza con Él. Luego sigue la segunda parte de este párrafo: “Ella expresa este compromiso a través de su servicio al pueblo de Dios.” Esto pertenece a nuestra alianza con Dios. Servir a Dios es servir a su pueblo. Por eso escribimos en N° 22 de la Constitución: “Apremiadas por el amor de Cristo, optamos por cumplir nuestra misión a través de nuestro servicio apostólico. Cuántas veces aparece esto en la Constitución: apremiadas por el amor de Cristo, llenas del amor de Cristo... Siempre esto, y por esto... Y ahora: Apremiadas por el amor de Cristo, optamos – es una opción, una decisión muy consciente – por cumplir nuestra misión a través de nuestro servicio apostólico. Misión es algo distinto que servicio apostólico. A veces confundimos una con otro. Misión -, como lo dijimos hoy: Proclamamos la Buena Nueva. Hacemos presente a Cristo. Esto es misión. Todas nosotras participamos de ella. Pero nosotras, las H.E.N.S., lo hacemos por medio de nuestro servicio apostólico. La misión es la misma para todas nosotras. En el servicio apostólico hay diferencias. En N° 23 definimos el servicio apostólico así: En respuesta a las múltiples necesidades trabajamos en diversos apostolados. Según escribe la Madre Teresa, el Obispo Wittmann y el Padre Job dijeron que el único límite puesto a nuestro servicio son las necesidades humanas. El único límite para nuestro servicio – necesidades humanas. Por eso decimos: “Respondiendo a las múltiples necesidades”. Surge de necesidades; respondemos con servicio apostólico. Una profunda fe y una auténtica generosidad apremiaban a la Madre Teresa a arriesgarlo todo para enfrentarse con la necesidad. Siempre: urgencias; necesidades del pueblo. Es interesante ver en la Constitución a qué respondemos. Escribimos en distintos lugares: Respondemos a Dios: al llamado de Dios; al amor de Dios; a la gracia de Dios y a las necesidades de las personas. Es interesante que las cuatro respuestas a Dios - a su llamado, a su amor, a su gracia y a las necesidades de las personas – están colocadas en un mismo nivel.

Diferentes apostolados: una cocina, una maneja el auto, una enseña, una trabaja en el hogar, una... Diferentes apostolados. Pero cada servicio apostólico está orientado a la educación. Lo escribimos muy claramente en N° 22. Da lo mismo, cuál sea el servicio que preste cada una de Uds. – su servicio tiene que estar orientado hacia la educación. Tiene que ser un servicio en el cual trabajamos para hacer posible un crecimiento del ser humano hacia la plenitud. ¡He aquí un buen criterio para la evaluación de su servicio apostólico! ¿Está mi servicio realmente orientado hacia la educación? En mi servicio, ¿trabajo para hacer posible un crecimiento del ser humano hacia la plenitud?

En la Constitución explicamos también qué es para nosotras educación. N° 22: Educar significa conducir a la persona hacia la plenitud de su desarrollo como creatura de Dios hecha a su imagen, y ayudarle a usar sus dones para la construcción de un mundo más humano. A partir de esta afirmación se puede controlar siempre el servicio. Conducir a la persona – pero ¿a qué? A la plenitud de su desarrollo como creatura e imagen de Dios. Observen, por favor: No dice “ser cristiano”. Recuerden esa historia del Japón. Pero cada uno puede conducir o capacitar al Japón hacia su pleno desarrollo como creatura e imagen de Dios. El mejor budista posible; el mejor hindú posible... para lograr, hasta donde sea posible, una imagen de Dios, un crecimiento del ser humano hacia la plenitud. No tiene ninguna importancia, cuál sea nuestro compromiso apostólico específico – como ya dijimos: escuela, hogar, jardín de infantes, cocina, costura, auto, cuidado de enfermas y ancianas, lo que sea... nuestro compromiso tiene que estar al servicio de la formación integral de los seres humanos. Y en este sentido están todos nuestros servicios apostólicos orientados hacia la educación. Muchas veces pasa que las costureras, las cocineras, las choferes entre nosotras no piensan que ellas son educadoras. Ah, no, son esto las otras – yo tan sólo hago un trabajo insignificante. La Constitución dice: Somos educadoras en todo lo que somos y hacemos. Pero ¿Cómo podemos afirmar esto? Porque llevamos a su pleno desarrollo humano a las personas con quienes nos encontramos. Por ejemplo, la Hermana que trabaja en la cocina: se encuentra casi todos los días con un cadete de la panadería, o con otros que vienen. Si es muy amable, los recibe bien y les da palabras alentadoras, luego ellos siguen su camino y se sienten mejor. Llegan a la casa siguiente y están más alegres y más buenos. O la Hermana anciana, que siempre tiene que guardar cama: ¿Se puede decir que ya no tiene ninguna misión? ¿ningún servicio apostólico? ¡De ninguna manera! Ella sigue siendo Hermana de las Escuelas. Y si Uds. han visitado a Hermanas ancianas y enfermas, saben la diferencia. Al entrar en una pieza, la Hermana dice: ¡Hermana! ¡Bienvenida! ¿Cómo van las cosas en la escuela (o en casa)? Y salimos de ahí mucho más aliviadas que cuando llegamos. Ella nos ha dado ánimo a nosotras. Tal vez no puede decir nada en absoluto – pero una linda sonrisa no falta. - Al contrario, llega Ud. a otra habitación... Quejas, protestas... y una voz descontenta: ¿Para qué ha venido Ud.?- Bueno, tal vez ella no puede más. Pero: como Uds. y yo vivimos hoy, así estaremos también en el lecho de enfermas. Si ya ahora somos gente descontenta y rezongona, lo seremos también en el lecho de enfermas. Pero si ya ahora somos amables y serviciales, aún cuando no podamos hablar más, vendrá esa hermosa sonrisa. Nos ejercitamos ya ahora para los días de nuestra vejez - y también para nuestra muerte. ¡Hagamos bien la ejercitación! Para que podamos siempre seguir siendo educadoras, buenas educadoras.

¿Cómo lo hacemos? Conduciendo, siempre hacia lo mejor. En la Constitución decimos una y otra vez: decidimos vivir y servir de tal manera que pueda darse crecimiento. Como dijimos esta mañana, esto requiere reflexión y creatividad. ¿Qué hará crecer a esta persona? ¿Qué le ayudará a esta otra persona a crecer? Esto significa que debemos conocer bien a la gente. ¿Qué le ayudará a ella? ¿Qué le ayudará a él? Luego, noten Uds. la palabra: Decidimos. Muy conscientemente lo hacemos. Tomamos una decisión. ¿Porqué lo hacemos? Decimos, como la Madre Teresa: Educamos en la convicción de que el mundo puede ser cambiado a través de la transformación de los hombres.

Si estudiamos historia, encontramos – al menos yo encuentro – que ningún tiempo se parece más al de la Madre Teresa que el de hoy. Las familias estaban mal, las niñas estaban embrutecidas, nacieron muchos niños extramatrimoniales – entonces, lo mismo que hoy. Nuestro carisma es necesario para nuestro tiempo. Pero, hagámoslo como ella lo hizo: en la convicción de que el mundo puede ser transformado.

En nuestro primer bosquejo de Regla dijimos que se procurase el cambio de estructuras. Y Uds. - las Hermanas – nos dijeron: No – no cambiemos las estructuras, pues las estructuras cambiarán solamente si cambiamos a los hombres. Recién cuando estén cambiados los corazones de hombres, estos hombres cambiarán las estructuras. Y ¿qué cambia a los hombres? El amor es lo mejor y lo más eficaz, siempre. La Madre Teresa lo dijo: “Solamente por el amor ganaremos el amor de los niños.” Era una mujer de mucha sabiduría, y nosotras le seguimos. Ella habla siempre de educación y enseñanza. Nunca ella, ni Job, ni Wittmann habló sobre una sola de estas dos cosas: Enseñanza y educación. La ciencia sola no basta. ¿Qué pasa en el corazón del ser humano? Esto debe estar presente para nuestro trabajo.

Antes solíamos estar convencidas de dar mucha información en nuestras escuelas. Los que egresaban de nuestras escuelas tenían que saber mucho. Ahora más bien nos damos cuenta de que tienen que ser realmente humanos, cuando egresen de nuestras escuelas – ser humanos para los demás. A esto debemos llevarlos nosotras.

La Madre Teresa educaba con convicción y con visión universal.

Necesitamos luego una visión cristiana de la vocación del hombre y de la finalidad del mundo. Si tenemos clara esta visión, entonces trabajamos de otra manera. Por ejemplo, si Uds. trabajan en la escuela - ¿tienen Uds. también que presentar a la Directora un plan semanal? Uds. mismas saben que, si lo han preparado bien – de lunes a sábado o viernes – Uds. enseñan de otra manera el lunes, de que si sólo lo hubieran preparado a la ligera. Porque Uds. saben lo que quisieran hacer, y entonces todo se da, paso a paso. La Madre Teresa sabía qué quería hacer. Tenemos que cambiar el mundo.

Volvamos atrás: Paso a paso - ¿qué significa esto? Ah, significa que necesitamos tener mejores familias. ¿Cómo llegamos a tener mejores familias? A las madres tenemos que darles una buena educación cristiana. Y ¿cómo hacemos esto? Enseñamos y educamos a las niñas. Tan simple, tan bien pensado... Pero nunca perdió de vista la meta: su visión de la vocación del ser humano y de la finalidad del mundo. Ella tenía esta idea, y procedió paso a paso, para transformar en realidad su idea.

Recordamos muy bien esa palabra del rey Luis I: “Esta mujer sabe lo que quiere – y lo que quiere, se basa en grandes ideas.” Esto es cierto. ¿Dice esto de nosotras la gente de hoy? Oh, estas mujeres saben lo que quieren... y lo que quieren se basa en grandes ideas. En América hay un jesuita que conoce bien a la Madre Teresa y la quiere mucho, y que dice de ella: Sin llamar la atención dirigía los pasos y el ritmo con prudencia y creatividad. Y luego suele preguntar: ¿Pero Uds. lo hacen hoy así? ¡Sigán Uds. sus pasos! Nos parece que lo que se oponía a su meta – y su meta era siempre la voluntad de Dios - eso lo pudo cambiar. Por ejemplo, grandes instituciones - y ella veía conventos pequeños en las zonas rurales. Ella veía a una mujer como Superiora General - ¡algo totalmente nuevo! Veía a mujeres con votos religiosos trabajando con niños en la escuela, y todos decían: ¿Qué se le ocurre? ¿Que son jesuitas femeninas? ¿Qué le pasa? Pero todo lo que era la voluntad de Dios tenía que encaminarse. Ella estaba segura de que esto era la voluntad de Dios. Ella se encontraba con la necesidad allí, adonde había sido llamada. He aquí dos aspectos importantes del servicio: ¿Dónde está la necesidad? Y: ¿Estoy llamada allí? Ella jamás lo buscaba para sí misma o para su congregación. Lo recibía, por parte de obispos que la pedían. Esto era para ella el llamado de Dios.

Decimos en N° 37 del Directorio: Nos esforzamos por reconocer quiénes son los pobres de nuestro tiempo. Tal vez los pobres de hoy sean distintos de los pobres del tiempo de ella. La sociedad ha cambiado mucho. ¿Quiénes son hoy los pobres en Alemania, en Austria? ¿Son los que no tienen dinero? O ¿hay otros pobres? Esto es lo que buscamos. Y tratamos de descubrir de dónde viene un llamado urgente por educación. ¿Sienten la voz de ella? ¿Dónde están los pobres? ¿Dónde están hoy las necesidades urgentes de educación? No podemos tomarlo simplemente por descontado que permanezcamos donde estamos desde hace cien años. No hay otra razón de seguir allí que esta: Hemos estado allí desde hace cien años. Si en cien años no hemos capacitado a los laicos para encargarse de esto, tenemos que preguntarnos: ¿Hemos trabajado bien? ¿Hemos capacitado a otros para hacer nuestro trabajo, para poder ir nosotras adonde otros no van? ¿Dónde están los pobres de hoy? Especialmente las necesidades de la juventud, de las mujeres, de los pobres. Esto es lo que acentuamos, como la Madre Teresa. Lo decimos en la Constitución: Juventud – mujeres – pobres. ¿De dónde viene un clamor urgente por educación? Tal vez en esto haya una respuesta al problema vocacional. Hay un obispo en Canadá que nos dice siempre: Está claro porque Uds. no tienen vocaciones. Uds. no sirven en las necesidades urgentes de la gente. Ninguna joven quisiera entregar su vida para un servicio que cualquiera puede prestar. Pero - ¿qué es lo más urgente? Si Uds. van al encuentro de estas necesidades, talvez vendrán las jóvenes.

La Madre Teresa fue adónde se la llamaba. DG 32 dice esto: Estamos dispuestas a servir dondequiera fuésemos llamadas. ¿Es esto verdad? ¿Estamos realmente dispuestas a servir dondequiera fuésemos llamadas? Espero que sí.

¿Cómo va nuestro servicio? El Directorio dice que siempre tratamos de mejorarlo. ¿Qué podemos hacer mejor aquí? ¿Cómo podemos servir mejor donde estamos? No sea que sólo rutinariamente repitamos siempre lo mismo. La gente tiene el derecho de recibir más de nosotras, si podemos hacerlo mejor.

En cuanto al servicio hay tres puntos más sobre los que quisiera hablar. Son: justicia, internacionalidad y relaciones mutuas – ya que se repiten una y otra vez en este texto sobre servicio apostólico.

Sobre **justicia** sabemos: La Iglesia toma cada vez más conciencia de su responsabilidad de traer justicia al mundo de hoy. Antes no se oía tanto sobre esto - aunque los escritos de los Papas siempre, desde 1800, insistían fuertemente en la justicia. Ahora, después de un siglo y medio, seguimos un poco. La Iglesia ha tomado una posición de conducción. Ahora, en el Sínodo de los Obispos, quedó escrito: La justicia es un elemento fundamental del Evangelio. No podemos vivir ni anunciar el Evangelio sin justicia. Esto está muy marcado ahora en algunas culturas. Por ejemplo en América del Norte y del Sur se insiste muy fuertemente en la justicia. Sin embargo, en la Constitución no quisimos acentuar excesivamente la justicia. Por eso nos hemos preguntado: ¿Dónde conviene ubicarla en nuestra Constitución? Muchas nuevas constituciones han sido escrita exclusivamente a la luz de la justicia. Nosotras dijimos: Esto no va con nosotras. Sí, tenemos que escribir sobre justicia – pero ¿dónde queda bien para nosotras? A partir de la vida de la Madre Teresa hemos resuelto: Sí, queda bien en “Servicio” y en “Pobreza”. Allí está ubicada la justicia para ella y para nosotras. Por eso hemos escrito en DG 33 que en todo apostolado debería ser una preocupación especial la construcción de una sociedad justa. Donde siempre Uds. sirvan, ¿cómo ayuda esto para construir una sociedad justa?

Hemos escrito allí que lo hacemos en primer lugar viviendo la justicia, realizando los valores del Evangelio en nuestra vida. Esto lo podemos hacer todas. Pero debemos estar atentas. Muchas veces pensamos: Oh, no necesitamos preocuparnos; esto lo hacen las superiores. Sin embargo nuestro trato, hasta con niñitos pequeños, es justicia o injusticia. Si los tratamos con respeto y dignidad humana, se sienten bien y luego obran también así. Esto es vivir y enseñar justicia.

También debemos conocer la doctrina social de la Iglesia. ¿Cuánto hace que hemos leído los documentos de esta doctrina social? Si no los hemos leído, deberíamos hacerlo, pues son vigorosos. La Iglesia siempre es guía para nosotras en estas situaciones. Si nosotras capacitamos a las personas a promover la dignidad humana, transformamos la sociedad. Llama la atención, por ejemplo en Europa oriental, o en Latinoamérica... Siempre se apodera el gobierno primero de las escuelas, sabiendo qué éxito tendrán. En Latinoamérica hay ahora muchas religiosas y sacerdotes mártires – tan sólo porque viven la justicia; tan sólo porque enseñan los valores cristianos. Pero los gobiernos ven esto como peligroso. Se dan cuenta de que cambiamos la sociedad. Y en algunos de nuestros países, donde la Iglesia talvez está a veces un poco cansada, tenemos que volver a despertar a esto. Tenemos que vivir y enseñar la justicia.

También hemos escrito en N° 33b algo que es talvez un poco más difícil de entender. Reconocemos las fuerzas del bien y del mal. Reforzamos lo bueno y nos oponemos a todo lo que impide el desarrollo humano y la unidad. Esto lo queríamos poner en primer lugar, pero hemos pensado que las Hermanas al leerlo dirían: ¡Esto no lo puedo hacer! Descubrir, junto con la gente, cuáles son las fuerzas del bien y del mal aquí, en nuestra cultura. ¿Qué promueve los valores del Evangelio? Eso es lo que promovemos nosotras. Pero lo que dificulta el desarrollo de la persona humana y lo que impide la unidad, eso lo tenemos que transformar. Esto suena muy teórico. Pero yo suelo usar como ejemplo mi pueblito, de unos 1.000 habitantes. Si allí hubiese Hermanas de las Escuelas, tendrían que prestar mucha atención. Creo que pronto descubrirían la existencia de una comunidad natural de fe. Todos vienen a misa el domingo y también durante la semana. El domingo, después de la misa se quedan parados delante de la iglesia y conversan con todos. ¿Cómo está él? Está en el hospital. ¿Ha entrado alguien su cosecha? ¿Nadie? Ah, entonces ayudaremos. O: Ha muerto la madre. Bueno, tú cocinas, tú traes carne, tú traes ensalada – ¡sí!. Ayudemos todos. Entre todos se ayudan unos a otros, espontáneamente. Esto es lo que tenemos que promover, es un valor evangélico. Pero si uno queda allí por más tiempo, entonces oye habladurías. Y pronto saben todos... Contra esto tienen que trabajar las H.E.N.S. ¿Cómo ayudan a la gente a entender esto y a superarlo? – En cambio, Nueva York, una ciudad inmensa: Nadie conoce a los vecinos. No hay comunidad allí. Pero sí hay apertura hacia el mundo. Saben todo: lo que pasa aquí, lo que pasa allá, en Sudáfrica, en Alemania, en el Brasil... Están abiertos hacia el mundo. Esto lo tienen que promover las H.E.N.S. en Nueva York. Pero también tienen que ayudar a la gente a conocer a los vecinos. Todos viven en grandes departamentos y ninguno conoce a los otros. Las Hermanas de las Escuelas deben promover esto lo encuentran Uds. dónde sea que trabajen. ¿Cuáles son allí los valores del Evangelio? Promuévanlos. ¡Qué buenos temas para la reunión de comunidad! Y a veces estamos sentadas y no sabemos qué decir. ¿Sobre qué hablamos hoy? O dejamos que la Superiora lea la regla y nadie habla. ¿Cuáles son los valores cristianos aquí en nuestra parroquia? Cómo los promovemos? ¿Qué está en contra? ¿Cómo podemos ayudar? Esto puede orientar todo nuestro servicio y nuestro trabajo.

Justicia ... Tenemos mucho que hacer. Muchas dicen: Yo no puedo hacer nada por la justicia, no soy más que una Hermana en la escuela. Pero allí promovemos la justicia, entre los niños.

Internacionalidad también tiene que ver con servicio. Decimos en N° 26 que la internacionalidad es un distintivo de nuestro servicio. ¿Hasta qué punto es Ud. diferente – como ser humano, como religiosa – y son diferentes las personas con quienes Ud. tiene contacto por pertenecer a una comunidad internacional? ¿En qué se distingue su escuela de otra conducida por Hermanas diocesanas? Los niños de su escuela deberían lograr una mirada de amplitud mundial, porque Ud. tiene una mirada de amplitud mundial, porque Ud. pertenece a una comunidad internacional.

Decimos en N° 35: La internacionalidad repercute en todo nuestro ser y hacer. Talvez apenas hemos empezado a entender lo que significa para nosotras el pertenecer a una comunidad internacional.

Haste hace poco, a menudo hemos luchado unas contra otras. Esperamos que las H.E.N.S en ese país sean como nosotras. Bueno – es un poco distinto por ejemplo en el Japón. Allá la gente lo puede hacer así en vez de así... Allá pueden ser distintas. Pero en las otras provincias, en Europa occidental o en Europa oriental, o en América... También en el Brasil, sí. ¿África? Hm – talvez allá sea muy distinto... - ¡En vez de dejar que todas las H.E.N.S. sean como tienen que ser en su cultura! Y tener confianza en ellas.

Empezamos a darnos cuenta de cómo podemos aprender algo unas de otras, cómo podemos ser enriquecidas unas de otras – en vez de combatirnos o de juzgarnos. Una visión global, un sentido de responsabilidad mundial tenemos que promover en la gente y en nosotras mismas. Mirándolo muy prácticamente – es interesante: en el último Capítulo todas las delegadas estaban a la expectativa: ¿Cómo se encontrarían las Hermanas de la Argentina y de Inglaterra? En ese tiempo estas dos naciones estaban en guerra. ¿Cómo se llevarían estas Hermanas? Oh, lo más bien. No hubo ningún problema. El carisma H.E.N.S. – el carisma cristiano – superó todas las diferencias. O, por favor piensen en la segunda guerra mundial, cuando muchas Hermanas de Alemania estaban en América, y sus hermanos y sus padres fueron muertos aquí, y allá casi tenían que esconderse. Y sin embargo siguieron siendo Hermanas entre Hermanas, fieles unas a otras. ¡Nosotras podemos hallar caminos creativos, mostrando al mundo con nuestra vida cómo se superan diferencias!

Decimos que buscamos nuevas posibilidades de servicio. Talvez se acuerdan Uds de Kenya, donde las Hermanas enseñaron a Hermanas nativas, porque no tenían escuela. Ahora llegan muchos turcos a sus países. ¿Cómo proceden Uds. con ellos, para que puedan integrarse? Nuevos caminos para servir... Por saber que tenemos H.E.N.S. en África, Nepal, EE.UU., Austria, Alemania, Argentina... leemos el diario de manera muy diferente. “Un terremoto en Chile,” leemos. Ay, ¿cómo estarán nuestras Hermanas allí? Lo leemos de manera diferente, porque nosotras tenemos Hermanas allí.

Yo les felicito porque Uds, sabían tanto sobre nuestras Hermanas, cuando nos encontramos en esos grupitos pequeños.

Y, finalmente, las relaciones mutuas. Ellas son muy importantes en nuestro servicio. Antes teníamos aquí solamente H.E.N.S. Juntas hemos trabajado bien. Luego vinieron otras, maestras laicas. Con ellas tenemos que compartir, trabajar, servir. Esto era difícil para muchas de nosotras, y para muchas sigue siendo difícil. ¿Qué una persona laica enseñe tan bien como yo? No lo creo. O: ¿Compartir el grado con una laica?

Poco a poco aprendemos. Aprendemos de aquellos a quienes somos enviadas y con quienes trabajamos. Ellos promueven nuestras cualidades para el liderazgo, y nosotras promovemos sus cualidades para el liderazgo. Juntos vamos al futuro; juntos hacemos más creíble el Reino de Dios.

Con el tiempo aprendemos que o sólo nuestro apostolado activo es importante, sino – escribimos en nuestro Directorio – también es importante nuestra oración, nuestro sufrimiento, nuestra muerte. Para muchas de nuestras Hermanas – probablemente Uds. lo saben bien – es muy difícil dejar el trabajo activo. Creo que también aquí es así como lo es entre nosotras. Cuando se tiene que dejar el trabajo activo, uno siente haber llegado al final, y esto es difícil. Pero a veces quizás hemos visto nuestros valores solamente en el trabajo, no en nuestra humanidad. Por eso, cuando no puedo trabajar más, no soy nada. Pero si Uds. y yo ahora, con 25 o 40 años de profesión, podemos estar convencidas de que valemos como seres humanos, que nuestro ser nos hace valiosas –podamos hacer algo o no – nuestra oración nos hace valiosas, nuestro sufrimiento es valioso... Muchas de nosotras lo sabemos: estando enferma, uno no puede rezar bien; entonces uno solamente está ahí.

Decimos en el Directorio: Fundamental para nuestro servicio es la unión con Dios. Amor a aquellos

y oración por aquellos a quienes somos enviadas, y el testimonio de nuestra vida. Sin esto nuestro servicio no es nada. Podemos hacer todo, trabajar veinticuatro horas año por año; pero no vale nada si no tenemos unión con Dios, amor, oración, testimonio. Si el trabajo es todo, cuando no podemos trabajar todo se acabó. Pero si unión con Dios, oración, amor, testimonio ahora son importantes para nosotras, cuando estemos en el lecho de enfermas sabremos que somos valiosas y que todavía podemos hacer mucho. La gente nos recordará no por haber enseñado tan bien, sino – escuchen lo que dice la gente: Ah, ésta era una Hermana santa, de ésta nunca me olvidaré. Ah, ella nos quería. - Esto lo aprecia la gente, y esto lo aprecia Dios también.

Talvez debemos rezar que, como la Madre Teresa, no perdamos esta gran meta: que con seres humanos podamos transformar el mundo. Ella estaba convencida de esto, y siempre buscaba y hacía la voluntad de Dios, dondequiera estuviese llamada. Y nosotras rezamos que, estemos donde estemos, hagamos visible a Jesús, sin que importe lo que hagamos.

X – POBREZA EVANGÉLICA

En el evangelio de hoy dice Jesús a María: ¡No me detengas! Y en la Constitución leemos, en el capítulo sobre Pobreza: Nuestro único sostén es el Señor. Esta tarde, cuando hablemos de oración, veremos que ni de Dios podemos aferrarnos, a pesar de ser Él nuestro único sostén. Esto es pobreza – pobreza evangélica.

Pero ¿porqué optamos por vivir así, en pobreza? ¿Porqué optamos por hacer un voto de pobreza, de no aferrarnos en nada?

Es propio del ser humano necesitar algo en que sostenerse. Como seres humanos somos muy inseguros. Necesitamos de algo o de alguien – en algún lado queremos tener seguridad. ¿Porqué entonces, digo, hacemos un voto de pobreza? El Padre Job nos dice porqué. En el “Espíritu de la Constitución” dice: 1º: Jesucristo lo exige en su Evangelio, y nosotros le seguimos. 2º: El ejemplo de la Santísima Virgen María lo exige, y 3º la expresa voluntad de Wittmann, nuestro Fundador y Padre, lo exige. Y 4º la misma Congregación lo exige, ya que su fin principal es ayudar a los pobres. Fundamentalmente da Job cuatro razones: Jesucristo – María – Wittmann – la Congregación misma. Y N° 17 en el Directorio dice lo mismo. Hemos elegido esta forma de vida – vivir en pobreza - para poder continuar la misión de Cristo. Esta oración es tan completa que en la última revisión hemos decidido: ¡Pasémosla del Directorio a la Constitución, a la parte sobre nuestra vida consagrada! Hemos elegido esta forma de vida – un estilo de vida según los votos – para poder continuar la misión de Cristo.

Probablemente Uds. han notado que en el texto nuevo hemos decidido no sólo decir “pobreza”, sino “pobreza evangélica”. La pobreza en sí es algo de lo que tratamos de liberar al mundo. ¡Porqué íbamos a hacer un voto de pobreza en sí, cuando tratamos de eliminarla del mundo! Pero hablamos de pobreza evangélica, y esto significa la pobreza de la que hablaba Jesús, la que vivía Jesús. Él dice en el Evangelio: ¡Bienaventurados son los pobres en el espíritu; de ellos es el Reino de los Cielos. Notemos que no lo dice en futuro: de ellos será algo, como en las otras Bienaventuranzas, sino: bienaventurados son los pobres en el espíritu; de ellos es el Reino de los Cielos. Ya lo poseen. Esto es lo que entendemos por pobreza evangélica.

En C. 15 escribimos: Enriquecidas por la experiencia del amor de Cristo nos animamos a seguirle en pobreza evangélica. Una cosa sigue a la otra: Sólo si somos ricas podemos animarnos a vivir pobremente. No podemos vivir pobremente en un vacío – es imposible. Tenemos que ser ricas para

abandonarlo todo.

Así comienza cada uno de los capítulos sobre los votos. Enriquecidas nos animamos. En Virginitad Consagrada decimos: Poseídas por el amor incondicional de Cristo recibimos el don. En Obediencia: Al ser introducidas más profundamente en la vida de Cristo lo hacemos. Y Uds. notan: solamente podemos hacer voto de esto, porque existe aquello. Enriquecidas – poseídas por el amor de Cristo – ser introducidas en la vida de Cristo. Luego sigue lo demás. Lo vemos aquí muy claramente. Enriquecidas por la experiencia del amor de Cristo, nos animamos a seguirle en pobreza. No se puede ser pobre sin ser rico. Si sentimos que no vivimos tan bien la pobreza, tenemos que preguntar: ¿Cómo podría experimentar mejor el amor de Cristo, el Reino Celestial de Dios? Entonces podré vivir mejor la pobreza, pero sin esto no. Y si, como seres humanos inseguros, no hallamos nuestra seguridad en Cristo, la hallaremos en otra parte – en una persona, en unas cosas, en una idea, en nosotras mismas... porque necesitamos seguridad. Sólo así podemos ser libres.

La Madre Teresa lo entendió bien. Ella escribió: Señor, quítame a mí y dame a ti. Dijo lo que escuchamos hoy en Laudes: Oh mi Jesús, la más grande de todas las tareas está ante mí. Pobre en el espíritu debo ser (ella lo sabía), pobre en el espíritu quisiera y quiero ser (esto era su deseo), pero por mí sola soy totalmente incapaz. Por eso no dejaré de suplicar: Señor, quítame a mí y dame a ti. No puedo vivir pobremente por mí misma. No puedo hacerme pobre a mí misma. Por eso no dejaré de suplicar: Señor, ¡hazlo tú!

La pobreza no lleva necesariamente al amor. Pensemos en muchos pobres que no llegan al amor, por estar disgustados por su situación. Pero al contrario, el amor lleva necesariamente a la pobreza. Si no vivimos bien la pobreza, debemos preguntarnos: ¿Qué pasa con el amor? ¿Cómo experimento mejor el Reino de Dios?

Seguimos diciendo en N° 15: Nos esforzamos por vivir en dependencia incondicional del Padre. Escuchen, nuevamente: incondicional. Sin condiciones, como siempre en los votos. Nos esforzamos por vivir en dependencia incondicional del Padre – y sigue la frase sobre el voto mismo: ¿qué prometemos, exactamente? Prometemos depender de la comunidad en el uso de las cosas. En cada uno de los votos encuentran Uds. esta precisa frase que dice muy concretamente qué hacemos por el voto. Así lo exige el Derecho Canónico. Tenemos que decir qué prometemos concretamente, y Uds. lo encuentran en cada parte que habla de los votos. Aquí prometemos depender de la comunidad en el uso de las cosas. No es fácil, vivir dependientes como seres humanos. Quisiéramos tener el control sobre nuestra vida propia, y también sobre otras cosas y aún personas. ¿Dependientes de la comunidad – en todo?

En nosotros hay un deseo innato de posesión. Si nos conocemos bien, lo encontramos: ¡Sí, quisiera tener aquello! Está en nosotros desde la infancia. Escuchen a niños cuando juegan, espontáneamente: ¡Mío, es mío, me pertenece a mí! Y ¿no es cierto? Un niño siempre quisiera tener lo que tiene otro niño, aunque ya tenga mucho: ¡Esto quisiera yo! Y así no es solamente en la niñez; hasta hoy lo llevamos en nosotras. ¡Es mío! Ah, ¿ella tiene esto? ¡Esto me gustaría tener! Lo llevamos en nosotras, ese deseo de tener algo para nuestro uso propio. Y ¡titubeamos en prestar algo! Tengo por ejemplo ese grabador, y tú lo quisieras tomar prestado. Hm – pero talvez le pasa algo; talvez no vuelve tan bien... ¿Ese libro? Oh, pero talvez se olvida de devolvémelo; así lo guardo para mí. Estamos inclinadas a guardar algo propio – sólo por el caso... Por ejemplo: Esto lo he recibido como regalo. No lo necesito. Pero me quedo con ello – sólo por el caso de que la Superiora no me dé algo así, o que dentro de veinte años talvez lo podría necesitar. Lo llevamos en nosotras, como seres humanos, ese deseo de poseer.

Mi hermana tiene mellizos. Cuando eran chiquitos, mi hermana siempre les decía: ¡Comparte esto

con tu hermana! Creo que el chiquito tenía tres años, cuando contestó: Pero, mami, me parece que no me gusta esta palabra (compartir). Ya como niños está eso en nosotros – y permanece. ¡Mío! No compartimos gustosamente.

Nos dijo la Santa Sede que debíamos agregar a aquella frase sobre lo que prometemos, además de “en el uso de las cosas”, también “y en la disposición sobre bienes materiales”. Esto entra ahora en esta frase sobre el voto, por ser del Derecho Canónico. Constaba en otra parte de la Constitución, pero no en esta frase. Fue un cambio exigido, y así lo encontrarán luego en la Constitución. Entonces dice: “...prometemos depender de la comunidad en el uso y en la disposición de bienes materiales”. Hay algunos otros cambios exigidos por el Derecho Canónico, para que todo pueda ser aprobado.

Pero nosotras no poseemos nada. Ningún ser humano posee algo, porque todo es don. En N° 16 decimos: Somos solamente administradoras. Pero tenemos que ser buenas administradoras. Nada es nuestro o mío – es un don. Por eso, como dijimos antes: Nuestra actitud fundamental es la gratitud. Eso es cristiano. Pero este voto nos ayuda a luchar contra esa tendencia innata. El voto nos ayuda a ser buenas administradoras.

Después decimos en N° 15: Confiando en la Divina Providencia y en la comunidad quedamos libres para el servicio del Reino. La Madre Teresa siempre habla y escribe de la Providencia de Dios. Me parece que su texto preferido era el de los lirios del campo y los pájaros – ellos no tienen preocupaciones. La Providencia de Dios se ocupa de todo. Así vivía ella; lo sentimos al pensar en ella o leer sobre ella. Sí, muchos pidieron Hermanas: obispos, sacerdotes... y ella decía: No tenemos nada, pero iremos. No tenemos a nadie, pero voy a mandar a alguien. No tenemos leña, pero Dios proveerá. Se puede decir que esto es su leitmotiv. Estaba totalmente llena de confianza en la Providencia de Dios. Y por eso estaba libre.

El capítulo sobre Pobreza en Constitución y Directorio muchas veces habla de ser libres, de confianza y de alegría. Lean Uds. allí y vean cómo sucede esto: ser libres, alegría, confianza. Se puede decir que éste es el voto de la esperanza. Así como la obediencia es el de la fe, como el de la virginidad es el del amor, aquí está el voto de la esperanza. En el Directorio escribimos también: Tratamos de vivir en la libertad y alegría de Jesús. Repetimos: La pobreza trae libertad, la pobreza trae alegría. Porque el no poseer nos hace libres. No tengo que preocuparme de nada: que si esto volvió, si aquello está aquí, si lo otro está en orden... No tengo nada. No tengo preocupaciones; esto me hace libre, lo que trae consigo la alegría. Todas sabemos esto, teóricamente. Mi deseo personal sería que pudiésemos elegir esta pobreza, elegir libremente una vida sencilla – antes de que nos sea impuesta. Así como van nuestros tiempos, me parece que llegará el momento en que realmente tenemos que vivir la pobreza a la fuerza, obligadas. Pero es muy distinto si la elegimos voluntariamente. Y aunque en nuestra sociedad haya de todo alrededor nuestro, podemos sin embargo optar por vivir tan sencillamente. Yo lo espero, porque me parece mucho más valioso que si viviéramos así a la fuerza.

Creo que la mayoría de nosotras viene de familias de la clase media. En nuestra infancia generalmente teníamos lo que necesitábamos. A veces, talvez en silencio, nos preguntamos si realmente podemos ser felices viviendo tan sencillamente. Creo que necesitamos un ejemplo - y lo tenemos. Yo lo encuentro en nuestras misioneras. Ellas viven tan sencillamente. No tienen nada, pero son alegres y felices. Esto nos da a nosotras la certeza de que es posible vivir sin nada y aún así ser alegres.

Pienso que personalmente y en comunidad necesitamos cosas: para las escuelas, para los hogares. Esto queda claro. Entonces se impone la pregunta: ¿Compartimos gustosamente todo esto? Las catequistas quisieran por la tarde usar mi aula, pero la deja siempre desordenada y descompuesta.

No sé si esto ocurre entre Uds.; entre nosotras es así. ¡Que alguien use mi aula y la deje desordenada! Tal vez les digo que no pueden usarla. No se lo permito. Y basta. - Lo que necesitamos para nuestro trabajo, lo necesitamos. Pero debemos compartirlo con gusto y generosamente. Eso sí: la vida sencilla no tiene nada que ver con desprolijidad. Ah, sí, vivo muy sencillamente – y, siendo Hermana de las Escuelas, mi apariencia es tan desprolija... ¡Esto no es pobreza! No está bien que mi velo esté tan manchado... Pero algunas Hermanas piensan así: ¡Vivo tan pobremente! No es pobreza; es desorden – y esto no lo podemos permitir. Se puede vivir muy sencillamente, de una manera correcta.

En el fondo, pobreza tiene que ver con el espíritu, con la actitud, con el corazón. ¡Bienaventurados son los pobres en el espíritu! A veces pensamos que tiene que ver tan sólo con cosas exteriores. Pero no podemos vivir pobremente en lo exterior, si no somos pobres en nuestro corazón – pobres en el espíritu. La pobreza tiene que ver más con el ser que con el tener. Sin embargo, muchas veces pensamos que la pobreza solamente tiene que ver con el tener, no con el ser. ¡Bienaventurados son los pobres en el espíritu! Y así escribimos en el N° 16: Fundamentalmente estamos vacías ante Dios - éste es el aspecto más profundo de la pobreza: estar vacías ante Dios – y aceptamos humildemente nuestra condición humana. La mayoría de nosotras suele intentar hacer de Dios, tener el control. ¡Cuesta decir y aceptar que somos pobres, que no somos Dios! Es difícil, decir: soy pecadora, soy débil – y aceptarlo bien. Esto nos da libertad para equivocarnos y para no ser perfectas. Esto es pobreza. Johannes Metz – espero que conozcan su librito “Pobreza en el Espíritu”; creo que habría que leerlo por lo menos un vez al año. Allí habla de esta pobreza en el espíritu y de lo que significa estar vacíos ante Dios. Nosotras decimos lo mismo: Nuestro único sostén es el Señor. Nuestros votos expresan: Sí, yo creo. Jesús sólo me basta; por eso vivo así. Nuestro único sostén es el Señor. Él nos da paz y gozo. En la Constitución escribimos: Él nos capacita para estar contentas con lo que recibimos. Él nos libera del deseo egoísta de poseer. Nosotras no podemos hacer esto; Él lo hace. Él nos hace libres y gozosas; Él nos hace contentas con poco, Él nos libera de nuestro deseo de poseer. Nuestro único sostén es el Señor. Pero, como los niños, siempre quisiéramos tener lo que tienen los otros. Yo llamo esto en mi mente una ley de comparación. Por ejemplo: Esta Hermana tiene seis toallones rojos. Yo no tengo. Yo lo necesito, porque ella lo tiene. Tal vez no lo necesito para nada, pero ella lo tiene – tengo que tenerlo. - ¡Ah, ella recibió el permiso para ir a Tierra Santa, o a Lourdes, o a Roma! Yo no lo tengo. Yo necesito tenerlo. Porque ella lo tiene. Lo llevamos adentro. No preguntamos: ¿Qué quiere Dios de mí? Sino preguntamos: ¿Puedo yo ir? Sin pensar qué quiere Dios. Ojalá las buenas superiores digan: ¿Qué dice Dios al respecto? ¿Lo necesitas? ¿Puedes vivir sin esto? Pero las superiores deberían poder confiar en las Hermanas – que si una Hermana pide algo es porque lo necesita. Es una lástima que haya que preguntar si realmente se necesita esto, si se ha hablado con Dios sobre ello. Pero lo llevamos adentro; somos seres humanos y tenemos que contar con esto.

Este espíritu interior de pobreza, esta actitud tiene que hacerse visible también para afuera, si quiere ser auténtico. Si realmente está en mí, se manifiesta por fuera.

Lo hace, decimos, cuando lo tenemos todo en común: no es mío, es nuestro; cuando vivimos sencillamente y compartimos con otros nuestros bienes materiales e inmateriales. Muchas veces nos es más fácil compartir los bienes materiales que compartir los bienes espirituales. ¿Cómo rezas tú, Hermana? ¿Qué crees tú, Hermana? Por favor, compartes tu riqueza conmigo? Al no dar esto, nos comportamos como ladrones, como ricos... Oh, damos buenas razones, ¿por qué no? Yo no valgo, yo no sé, yo no rezo tan bien... Encontramos muchas, muchas razones para no compartir nuestros bienes espirituales. Pero esto es lo que la gente busca.

También se manifiesta cuando recibimos con gratitud. Miren a la gente cuando reciben algo de alguien. Muchas veces dicen: Pero no tiene que hacer esto, pero esto es demasiado, pero, pero... en vez de decir simplemente: ¡Gracias! Estoy muy agradecido. Personas realmente grandes aceptan

con mucha sencillez. No es fácil recibir algo con gratitud, porque nos hace dependientes.

Nuestro espíritu interior se muestra también si reverenciamos la creación. ¡Reverenciarla!

En el Directorio explicamos en tres puntos lo que decimos en la Constitución hablando de la Pobreza: Tenemos todo en común; obramos como administradoras responsables; y: vivimos sencillamente. El Directorio dedica un párrafo a cada uno de estos puntos, para explicar cómo esto se practica entre nosotras.

Por ejemplo, D 18: Tenemos todo en común. Quiere decir: recibimos lo que precisamos de la comunidad. Esto es difícil, como ya dijimos. Mi madre me dio 50 marcos. Necesito... talvez lápices. ¿Puedo usar estos 50 marcos para ello? Esto es mío; yo lo uso. En vez de decir: Esto lo he recibido como regalo; lo doy a la comunidad. Y el día siguiente vengo y digo: Por favor, necesito... un par de zapatos, o lo que sea. Es mucho más fácil para nosotras decir: He recibido este dinero; necesito un par de zapatos – que decir: Este es mi regalo – y el día siguiente venir y decir: Por favor, necesito un par de zapatos. Esto es difícil: tenerlo todo en común; recibimos lo que precisamos de la comunidad.

Todo pertenece a la comunidad, decimos. También mi tiempo y mis capacidades. ¿Tengo el derecho de mirar tanta televisión? ¿Tengo el derecho de usar tanto tiempo para confeccionar regalos para mis amistades, mi familia? ¿Está bien esto, si mi tiempo y mis capacidades pertenecen a la comunidad?

Luego, Nº 19: Obramos como administradores responsables. En nuestra sociedad, esto es difícil. Por ejemplo, ¿cuánta agua usamos sin necesidad? ¿Petróleo? ¿Alimentos? Nosotros tenemos un proverbio: Vivir sencillamente, para que también otros sencillamente puedan vivir. Nos cuesta entender que si nosotros ahorramos agua, talvez la gente en África puedan tener más. Para nosotros no sale la cuenta. Pero también en Europa hay gente que no tiene agua, que no tiene alimentos. El Papa – el anterior - dijo una vez: Si yo consumo demasiado soy un ladrón, porque hay gente que no tiene qué comer. Es difícil para nosotros.

Y en Nº 20, escribimos: Vivimos sencillamente. Nuestra sencillez se manifiesta ante todo en el equipamiento de nuestros conventos, en nuestra comida y vestimenta, en nuestras compras, viajes y recreaciones. Todo debe verse con la visión de pobreza. Cuando la gente entra en nuestros conventos, tiene que ver: Sí, aquí se vive la pobreza. ¡Pero no la desprolijidad! Pobreza. La gente siente esto.

En Nº 21 hemos escrito algo que yo tengo por importantísimo. Decimos que es muy importante poder renunciar comunitariamente. Lo hemos escrito muy conscientes, desde la situación del cierre de casas filiales. Ahora todas experimentamos esto. Ay, ahora estoy en esta casa, y la cerramos. Después talvez voy a otra casa, y la cerramos también. Esto duele. ¡Desprendimiento! ¡Libertad! ¡Disponibilidad para renunciar a todo por el Reino de Dios! Esto es morir comunitariamente. Y hemos escrito sobre esto: Obedeceremos en la fe y aceptamos con amor el sufrimiento inherente. Requiere fe, cuando está resuelto el cierre la filial. Y aceptamos juntas este sufrimiento. Creo que en el futuro vamos a aprender mucho sobre morir comunitariamente. Estamos recién empezando a aprender sobre morir individualmente. Mañana vamos a hablar sobre ello. Pero creo que podemos hacer un gran aporte a la Iglesia si aprendemos a morir juntas – y esto tampoco será fácil.

Nº 17 en la Constitución dice: Estamos dispuestas – por amor al Reino – a sufrir necesidad, desprecio, opresión y aún la muerte. Esto es pobreza radical: necesidad, desprecio, opresión y aún la muerte. Hermanas, esto ya no es teoría. Miren cuántas Hermanas y sacerdotes hoy tienen que morir por su fe. Tenemos muchos mártires modernos, y puede llegar hasta nosotros – si no en este estilo,

entonces de manera pequeña. Nuestras Hermanas jóvenes en Europa oriental estaban tan llenas de entusiasmo cuando leyeron esto: Es su frase predilecta. Lo dicen espontáneamente: Ésta es nuestra vida – sufrir necesidad, desprecio, opresión y tal vez la muerte. Nosotras no vivimos tan cerca de esto como ellas, pero a veces sufrimos también desprecio y opresión de diversas maneras.

Aquí está incorporado el aspecto de justicia. Como dije ayer, nuestra Constitución tiene Justicia en los capítulos de Servicio Apostólico y de Pobreza. “La finalidad principal de la Congregación,” escribe Job, “es servir a los pobres.” Si esta es nuestra finalidad principal, entonces debemos también vivir pobres. ¿Cómo podemos servir a los pobres, si nosotras no somos pobres? La pobreza vivida nos urge a servir a los pobres. Ayer dijimos: ¿Quiénes son los pobres en los alrededores de Uds.? y ¿Qué hace su comunidad por ellos? Pude ser que no sean económicamente pobres, pobres de dinero. Pero tal vez sean los ancianos que no tienen a nadie con quien hablar: una pequeña visita, una llamada telefónica... ¿Quiénes son los pobres en su parroquia, y qué hacen Uds. para esta gente? Trabajaremos sobre esto en la preparación para el próximo Capítulo. Uds. ya saben que el tema para el próximo Capítulo General es que debemos unirnos a los pobres. De esto tenemos que tratar. Me parece que, si conocemos a los pobres, vemos que su sufrimiento viene de nuestra pecaminosidad. El problema de la mayoría de nosotras es, creo, que conocemos a pocos pobres personalmente. Si yo tengo buenas amigas que son muy pobres y que tal vez no tienen para vestirse, y son mis amigas, les daré mi segunda camisa. Pero si no las conozco, no me molesta. ¿Cómo podemos llegar a conocer a esta gente, de manera que tengan una influencia sobre nuestra vida?

Hemos escrito: Trabajamos activamente, en especial en nuestro propio ambiente, para eliminar las causas de la injusticia. Era interesante: al principio, cuando escribimos esto, alguien dijo: ¡Esto no lo podemos tener en la Constitución! Las Hermanas en Europa Oriental no pueden hacer esto. Trabajar activamente, en especial en nuestro propio ambiente, para eliminar las causas de la injusticia - esto no podemos hacer, esto no podemos escribir. Y como por entonces tuvimos una reunión con los Consejos Provinciales de Europa Oriental, les preguntamos enseguida: Por favor, ¿cómo ven Uds. esto, en un primer bosquejo? Vayan por favor, recen en privado, vuelvan, conversen con su propio Consejo, y luego hablaremos sobre el tema juntas, con todos los Consejos Provinciales de Europa Oriental. Una Superiora Provincial – la Madre Benedicta de Chequia que murió hace poco - dijo: Pero espere, por favor. Sobre esto no necesitamos rezar; sobre esto no necesitamos conversar. Esto se exige de un cristiano, y nosotras somos cristianas. - debería quedar. Y todas estaban de acuerdo. Es cristiano; el ser cristianas nos lo exige que trabajemos para que en nuestro ambiente sean eliminadas las causas de las injusticias: el deseo desordenado de poder, posesión, propiedades (DG 22) – esto encontramos en todos nosotros. Nuestro apego al poder, nuestro deseo de prestigio – con la gracia de Dios podemos vencerlo. Y lo escribimos: Dios supera estas tendencias en nosotras. Dios puede hacerlo. Y en su lugar nos da una actitud de humildad y de compartir; quita el corazón de piedra y me da otro corazón.

Debemos examinar periódicamente **cómo vivimos** la pobreza en comunidad. El Directorio nos lo exige. Las comunidades examinarán – creo que dos o tres veces al año – cómo vivimos la pobreza como comunidad. Pronto no tendremos bastantes reuniones de comunidad para hacer todo esto: tenemos que examinar la vida en comunidad, tenemos que examinar nuestra pobreza, hallar dónde están los pobres entre nosotras, etc. etc. Wittmann, Job, la Madre Teresa – también nuestra Kunihild – insistieron en que la pobreza es el fundamento de nuestra Congregación. Estos cuatro y muchas otras personas nos han dejado claro que la pobreza es el fundamento – se puede decir que es nuestro hogar como H.E.N.S. ¡Sintámonos allí en casa! Generalmente es la pobreza un hierro candente, por ejemplo en una reunión de comunidad. Si Uds. quisieran una buena reunión de comunidad, pongan la pobreza en la agenda. ¡Todas participan vivamente! - ¿Necesitamos dos autos? ¡Sí, los necesitamos! ¡No, no los necesitamos! - ¿Necesitamos dos televisores en la casa? ¡Absolutamente sí! ¡No, no hace falta! - ¿No podemos comer menos o más sobriamente? ¡No, lo necesitamos, hace falta para la salud...! Y así continúa. Seguramente es una señal de que se trata de

nuestro carisma. Solamente peleamos por lo que tenemos más profundamente en nosotras.

La Madre Teresa se dio cuenta de eso. Dice: En cuanto a mí misma, busco y quiero lo distinguido y hermoso, huyendo de lo ordinario y áspero; quisiera una pobreza brillante. ¡Qué gran mujer! Lo descubrió en sí misma: Lo que yo quisiera tener es una pobreza brillante. Pero Dios nos hace pobres de acuerdo a lo que Él quiere. Y es siempre, siempre, siempre distinto de cómo nosotras quisiéramos ser pobres. Nosotras pensamos esto y aquello sobre pobreza, y Dios da vida a aquello otro en nosotras. Oh Dios, ¡en esto no había pensado! Generalmente después de los retiros vamos a casa, despejamos nuestra habitación - ¡ahora, pobreza! Y después de un año lo tenemos todo de vuelta – probablemente, nuevo – porque no nos habíamos basado en aquel espíritu interior. ¿Estábamos atentas a la pobreza que Dios trae a nuestra vida? Debemos estar atentas para reconocerla.

Y así rezamos hoy con la Madre Teresa: ¡Señor, quítame a mí y dame a ti, por Jesús, en el Espíritu Santo!

XI – ORACIÓN

Si queremos vivir la vida que hemos elegido, necesitamos la unión con Dios. Sin ella no es posible. Así escribimos en N° 27 que fuente y centro de nuestra vida es la comunión con Dios. Fuente y centro. Esto significa que conozcamos y amemos a Dios – entrañable y personalmente. Si pensamos en las personas a las que amamos, quisiéramos pasar tiempo con ellas, derrochar tiempo, simplemente estar juntos. Nadie tiene que decirnos: ¡Debes pasar tiempo con tus amigos! Queremos hacerlo; nadie necesita decirnoslo. Oración es esto. Oración es una relación; expresa una relación, como la amistad.

Piensen Uds. en una amistad. Al principio hablamos mucho con la otra persona: ¿Cuántos años tienes? ¿Cuántos hermanos? ¿Dónde vives? Etc., etc... Todo lo queremos saber – todo. Y hablamos, hablamos... Pero después esto se vuelve más tranquilo, más silencioso. Sabemos mucho. Empieza por una conversación más profunda, no solamente sobre esas cosas exteriores, sino: ¿Qué crees respecto a esto y aquello? ¿Cómo sientes esto y lo otro? ¿Qué piensas? Y con el tiempo se hace aún más tranquila, más silenciosa. Miremos, por ejemplo, un matrimonio mayor. Vemos que este matrimonio puede estar sentado junto, tranquilamente, sin decir mucho – tal vez sin decir nada. Pero la presencia comunica, la presencia une. Tal vez los dos están sentados leyendo el diario. Pero cada uno sabe exactamente cómo está el otro – sin hablar. Entre extraños, esto es diferente. Por ejemplo en un ascensor, con mucha gente: todos estamos juntos, pero hay poco contacto, poca relación.

Cultivamos esta relación íntima, tierna, personal con nuestro Dios. Jesús nos lo enseña. Nos enseña la comunión con el Padre. Dice: Nadie conoce al Padre sino el Hijo. Así llegamos al Padre por Jesús. Luego sigue diciendo: Si Uds. no saben cómo rezar, el Espíritu Santo reza en Uds. Tenemos a este Espíritu en nosotras, y a este Espíritu le tenemos que confiar. Tenemos que confiar en este Espíritu más que en todo lo que leemos en los libros sobre la oración.

La Constitución dice: Llegamos al Padre por medio de Cristo y por el poder del Espíritu Santo. Es como si hicieramos pasos. Ignacio agregó un paso más diciendo: Cuando pedimos una gracia, hablemos primero con María. Luego vayamos con María a Jesús; luego, con María y Jesús, lleguemos al Padre, para pedir lo que necesitamos. De este santo - y también de otros - aprendemos cómo rezar, cómo llegar al Padre.

Se puede leer y escuchar mucho sobre la oración y qué es la oración. Algunos dicen: Oración es escuchar. Oración es una respuesta a este escuchar. Oración es relación. O bien: Oración quiere decir exponer la vida a la felicidad de Dios y permanecer allá como desnudos ante Dios.

En distintas etapas de nuestra vida experimentamos la oración de manera muy diferente que antes o después. Dios nos conduce en la oración. Ojalá no oremos exactamente como orábamos hace 20 o 10 años, porque Dios nos lleva siempre más adelante, cuando llegamos a Él. Mi anterior Superiora Provincial – era una amiga mía – solía decir: Mira, Mary, Dios tiene que quitarnos algo para poder darnos algo mejor. Nosotras quisiéramos apegarnos a esto que hallamos bueno – por ejemplo nuestro modo de hacer oración. Pero de repente noto que ya no puedo rezar así. Probablemente Dios me ha quitado esto para poder darme el don de una oración mejor aún. Y nosotras ansiamos lo que fue, en vez de aceptar la gracia que Él da.

Paso a paso se modifica nuestra imagen de Dios, lo qué pensamos sobre Dios, cómo lo vemos, y también cómo nos relacionamos con Él. Con una persona muy amiga cambia la relación, pero la aceptamos tal como es. Todos cambiamos como personas: a veces soy así; diez años más tarde soy así... y mis amigas me tienen que aceptar así y así. Esto es fidelidad, si me aceptan como soy.

En la oración, decimos en N° 28, confesamos y aceptamos profundamente quién es Dios y quiénes somos nosotras. Así hemos empezado en la primera tarde: ¿Quién es Dios? ¿Y quiénes somos nosotras? Y nos entregamos voluntariamente a esta realidad. Esto es rendir culto a Dios: tener a Dios como Dios, y aceptarnos a nosotros como seres humanos. Esto es fundamental para la oración. Kierkegaard escribió bien: Dios y el hombre están en lucha. El hombre gana, cuando Dios es el vencedor. Piense Ud. en su oración. Dios y el hombre están luchando. El hombre vence, cuando Dios está victorioso; cuando permitimos a Dios que sea Dios, Él es el vencedor. Esto nos hace libres, y entonces hemos ganado – entonces somos también vencedores.

No se puede enseñar como uno tiene que rezar, así como no se puede enseñar cómo enamorarse. No se puede decir: Ahora haces esto y esto, y luego pasa aquello. No se puede. Es algo que sucede. Es lo que antes llamábamos una gracia, un don. Uno simplemente se pierde en el otro – tal vez sin saberlo. Karl Rahner escribió: Hasta que no me pierda en Dios, todavía no hago oración. Usa un ejemplo: Si voy a una ópera y cada 15 minutos miro el reloj para ver si está por terminar, no me he perdido en la ópera; no he penetrado en esa música. Así es también con Dios.

Llegamos ante Dios. Al decir esto decimos que la oración es un acto de fe. Tengo que creer que Dios existe, tengo que creer que Dios está presente y ansío comulgar conmigo. Tengo que creer que no me lo imagino no más o hablo a una pared – y a veces podemos pensar así: sí, yo hablo y no hay nada. Pero la oración se ocupa de Dios y no de mí. Generalmente, al pensar en nuestra oración, nos miramos a nosotras mismas. Es como con uno que ha plantado una planta y cada día la saca para ver si crece o no – ¡cada día! Ciertamente no crecerá. Pero a veces miramos así nuestra oración. ¿Rezo bien? ¿Cómo debería rezar? La oración se ocupa de Dios y debemos mirarlo a Él. Creo que lo aprendemos en la vida. Cuando algo no va bien, siempre hay que preguntar: ¿A quién estoy mirando? Y generalmente en este momento estamos mirándonos, en vez de mirar a Dios. Si cambiamos nuestra mirada, orientándola a Dios, nos va mejor. Siempre cuando no va bien es esta la primera pregunta que se debe hacer: ¿Adónde se dirigen mis ojos?

Dios nos atrae siempre más estrechamente junto a Él. Él es activo. En este sentido estamos pasivas: Nos dejamos atraer. En la oración es Dios siempre el iniciador. No es que nosotras rezamos y por eso obra Dios. Entonces uno preguntaría: ¿Quién es Dios? Nosotras rezamos – Dios debería hacer aquello. Dios es el iniciador. Y cuando lleguemos cerca de Dios, seremos transformadas, sin saberlo – porque adoptamos sus actitudes, y cuando pensamos con sus ideas y vivimos con sus actitudes, estamos transformadas.

El celo por la casa del Padre, decimos, como Jesús. Adoptamos su espíritu y su corazón de Dios. Alguien ha escrito que el hombre más activo es el más contemplativo. Es por esta razón: El celo por la casa del Padre está en mí. Tengo que hacerlo. Pero hay una diferencia entre gente tan sólo activa por ser activa y otra impulsada por la contemplación. Ser activas solamente por ser activas, no es bueno. Pero cuando Dios nos urge por su Reino, esto viene de la contemplación. Lo describimos en N° 30, diciendo: La oración nos impulsa a amar y nos alienta a servir. Estos son buenos criterios para la oración. ¿Me impulsa a amar? ¿Me alienta para el servicio? Y luego – así lo espero - el

servicio nos impulsa a orar. Aquí estoy, entre esta gente – no puedo ayudar. ¿Qué puedo hacer? Puedo rezar. ¡Dios, necesito ayuda! Alguien ha dicho que no podemos orar hasta que estemos junto a personas que sufren y gritemos a Dios: Dios, ¿porqué este sufrimiento? Entonces rezamos, y rezamos por la gente.

Para nosotras, la oración, la vida comunitaria y el apostolado se condicionan y se fecundan mutuamente. Creo que tiene que ver con la espiritualidad apostólica. Y todavía no hemos descubierto qué significa espiritualidad genuinamente apostólica. Estamos muy influenciadas por ese trasfondo monástico en la Iglesia y en nuestra vida. ¿Qué significa ser apostólicas? ¿Qué significa rezar apostólicamente? Al menos, hasta eso hemos llegado: sabemos que estos tres tienen que condicionarse y fecundarse mutuamente – oración, vida comunitaria y servicio.

¡Integración! Una y otra vez leen Uds. en este documento algo sobre integración. Esto nos habla de unidad. Unidad en nosotras. Por eso dice en N° 30: La oración es el centro de nuestra entrega. Expresa nuestra consagración, y la profundiza. De algún modo tengo que expresar mi vida. Esto sucede en la oración. Y luego, por medio de la oración, se profundiza en mí esta entrega.

Seguimos diciendo: La oración da orientación y claridad a toda nuestra vida consagrada. Si no rezamos regularmente, espero que sintamos que algo pasa. ¿Qué? A los 25 o 40 años debería ser parte de nuestra vida. Y si falta, algo no anda bien. Creo que la influencia mutua de oración y vida es mucho mayor de lo que pensamos. Cuando nuestra oración no está tan bien, miremos en primer lugar nuestra vida. Tal vez hay algo que no va bien. Tal vez una amistad, o sexualidad, o un enojo con alguien - y por eso no puedo rezar. Tengo que poner orden en esto, luego irá mejor. O viceversa: si algo en la vida no está en orden, miremos nuestra oración. ¿Tiene su regularidad? Hago que sean posibles todas las prácticas? Si esto vuelve a estar en orden, la vida también. Somos un ser humano, y necesitamos la integración en nosotras, tal vez mucho más de lo que sentimos y pensamos.

Decimos además: La oración es nuestra respuesta constante al llamado constante de Dios para la misión. Una vez dije esto a un grupo de Hermanas de votos perpetuos. Una dijo: ¡Pero yo siempre pensaba que mi respuesta al llamado de Dios para la misión sería ir, hacer! Pero aquí dice que mi reapesta al llamado de Dios para la misión es la oración... Y después de una larga reflexión volvió y dijo: Sí. Es cierto. La oración es nuestra respuesta. Lo dijimos en “Servicio Apostólico”: Fundamental para nuestro servicio apostólico es nuestra unión con Dios. Aunque la unión con Dios es mucho más amplia que sólo la oración. Oración es la forma intensiva de nuestra unión con Dios.

Para rezar es necesario conocer a Dios – y conocer según el significado de la palabra “conocer” en el Antiguo Testamento. Como un hombre conoce a su mujer, y viceversa – con esta relación tan íntima. ¿Cómo llegamos a conocer a alguien? Decimos que de muchas maneras: llegamos a conocer a personas por lo que dicen, por lo que hacen, por lo que otros dicen de ellas, por nuestra propia relación viviente. Así es también con Dios. Llegamos a conocerlo por su palabra, por lo que dice en la Escritura – esto nos dice mucho sobre Él. Y nos habla por lo que hace, en el sacramento. Ahí están sus acciones. Cuando en los sacramentos – por ejemplo en el sacramento de reconciliación dice: “Te perdono” – esto, lo que hace, me dice mucho sobre Él. Pienso en un ejemplo: Si hoy cerráramos todas las puertas y dijéramos: Bueno, Hermanas, quedémonos en esta sala hasta la medianoche, sin hablar. ¿Se pueden imaginar qué pasaría? Probablemente algunas enseguida se dormirían y seguirían durmiendo hasta la medianoche. Algunas probablemente quedarían sentadas muy silenciosas; algunas otras, después de medio minuto empezarían a caminar inquietas, probablemente hasta la medianoche. Con sólo estar sentadas y mirando, llegaríamos a saber mucho unas de otras hasta la medianoche – sólo por su hacer, sólo por lo que han hecho. Así es también en la escuela: Uds. saben mucho acerca de los niños por lo que hacen. Y aprendemos mucho sobre Dios por lo que hace y cómo lo hace, por lo que otros dicen de Él, por lo que leemos, por lo que dicen nuestras cohermanas, y especialmente por nuestra propia relación con Él. Pero a veces no confiamos en nuestra propia relación, y por eso necesitamos escuchar a los otros. Lo que yo pienso - ¿es cierto? A veces no nos animamos a preguntar sobre esto: Así siento yo a Dios. ¿Es esto

también tu experiencia? Y nos ayudamos mutuamente.

En este texto por primera vez tenemos un párrafo sobre la Sagrada Escritura (Nº 31). Antes no era así. Decimos que ella es la palabra viviente de Dios. Ha sido dirigida a nosotras – no solamente hace dos mil años. Dios dirige esta palabra a nosotras, hoy. ¡María! – o el que sea tu nombre. Hoy ha dicho esto. Nos ha llamado por nuestro nombre, pero dice: ¡No me detengas! Lo dice a nosotras. Es esto lo que quise decir esta mañana. Quisiéramos retener esta forma de oración que ya conocemos – porque así sabemos cómo hay que rezar. Pero ni en esto podemos aferrarnos. Dios es distinto. No podemos encerrar a Dios en nuestras pequeñas ideas. Dios es más grande que todas. Y no podemos limitarlo y reducirlo.

La Escritura es decisiva para nuestra vida y nuestra oración, y no se necesita un título de doctor para poder leerla. Muchas Hermanas dicen: Ah, yo no he estudiado teología, yo no puedo entender la Escritura. Pero la fe habla a la fe. Lo que ha oído mi corazón de la Escritura, esto dice mucho. No necesito teología.

Tenemos que prestar atención a la palabra y al obrar de Dios. DG Nº 46 b nos dice: En la meditación diaria de la Sagrada Escritura llegamos a conocer el permanente amor de Dios y a descubrir nuestra respuesta. Dios ha obrado con la gente en el Antiguo Testamento, en el Nuevo Testamento – también obra con nosotras. Él es fiel. Y aprendemos cómo aquella gente ha respondido y cómo tenemos que responder nosotras. El Vaticano II nos dice esto aún más fuertemente: Los religiosos deberían tomar diariamente la Sagrada Escritura en sus manos – pero ¿porqué? - para conocer mejor a Jesucristo. Es una tarea que nos da la Iglesia: tomar diariamente la Sagrada Escritura en las manos, para conocer mejor a Jesucristo.

Y decimos en el Directorio que tenemos tiempo para la oración diaria – tenemos derecho a por lo menos una hora. Yo hablo con muchas Hermanas que dicen: Yo no tengo una hora diaria para rezar. Si esto es realmente cierto, es un problema. Entonces tenemos que cambiar algo en nuestra vida. Pero a veces pregunto si es realmente cierto. Las que dicen esto, luego tienen tiempo para mirar televisión por dos o tres horas, o hacer labores, o visitar a amigos... Hay que preguntar: ¿Dónde están nuestros valores? Si le doy mucho valor a la oración, encuentro tiempo. Y si estoy demasiado ocupada para ello, entonces algo está mal.

Es un tiempo especial, en que profundizamos nuestra intimidad con el Señor. Y escribimos: ... mediante aquella forma de oración que Él nos conceda. Cómo debemos rezar, esto lo da Dios. Estamos dispuestas a seguir cualquier camino por donde nos conduzca el Espíritu de Dios. Es su iniciativa.

Una vez me dijo una Hermana joven: Realmente, es bueno que tengamos que rezar una hora. Yo le dije: Sí - ¿qué te parece? Bueno, dijo – he descubierto que la primera media hora hablo yo todo el tiempo. Hablo, hablo, hablo a Dios... Si tuviésemos sólo media hora, sería siempre yo la que habla. Recién en la segunda media hora dejo que hable Dios. Y yo pensaba: Oh, esta mujer ha aprendido mucho. Porque necesitamos mucho tiempo – por lo menos la mayoría de las veces – hasta que nos tranquilicemos hasta el punto de poder oír realmente a Dios y responderle. Él es el iniciador.

Todas nosotras estamos llamadas a la contemplación, a la mística, a la unión con Dios. A veces pensamos: No, yo no. Yo lo hago bien estando aquí no más. ¡Mística? ¿Contemplación? Ah – ella que siempre era santa, ella de mi noviciado, o ella... ¿Pero yo? No. - Pero ¡sí! Éste es el llamado para todas, y es el anhelo de cada una de nosotras. Tal vez Dios no de a cada una de nosotras esos dones grandes, pero nos llama a estar con Él y a estar unidas con El.

Porque a veces es muy difícil, hemos escrito en Nº 45 exactamente lo que estaba en la regla de 1924: Permanecemos fieles al Señor en la oración, aún cuando resulte difícil, confiando que Él sigue obrando en nuestra vida. Hasta cuando sentimos - ¡cuando sentimos! – que no podemos rezar, permanecemos fieles, porque creemos que Dios obra en nuestra vida. Para las que perseveran en la oración interior, llegará la oscuridad; esto es seguro. Si rezamos con regularidad, viene un tiempo de oscuridad. Entonces pensamos: No hice nada en todos estos años; no puedo nada; lo dejo. Y

justamente cuando Dios quisiera obrar, dejamos. Porque Dios saca las fuerzas naturales y conduce a la pura fe. Tal vez amamos más a Dios, pero lo sentimos menos. Esto está bien así. Dios conduce en la fe.

Alguien escribió: La mayoría de los que se ponen a buscar a Dios se detienen en la mitad del camino, porque Dios se calla. Y luego la respuesta: No se entregue a esto. Tenemos que creer que Dios obra en nuestra vida. Una vez estuve en Paraguay; teníamos allí dos Hermanas. Y llovía, llovía, llovía... El agua había entrado en la casa; no podíamos visitar a nadie, por no haber calle; todo era barro hasta la rodilla. Así quedamos en casa y contamos pastillas en unos sobres: 15 aspirinas y 15 vitaminas... Dos chiquitos vecinos vinieron a ayudar. Mientras hacíamos aquello, hablamos – sobre Dios y muchas cosas. Hablamos también sobre oración. Liba – tenía 5 años – dijo: Ah, Hermana me gustaría hacer todo lo que Dios quiere de mí. – Sí, Liba, esto está muy bien; esto es maravilloso. - Después dijo: Pero hay un problema. – Le pregunté: ¿Cuál es el problema? Yo quisiera hacer lo que Dios quiere, pero Dios no me dice nada. No oigo a Dios. ¿Qué puedo hacer? – Muchas veces pienso en Liba y cuánto se nos parece. Puede ser que a veces tenemos esta sensación: Pero Dios no habla. ¿Qué quiere Dios? No tengo claridad. Sin embargo creemos en el obrar de Dios.

La oración necesita ser alimentada; no viene por sí sola. Decimos que hay muchas maneras - por ejemplo: silencio; Sagrada Escritura; Compartir la fe; dirección espiritual; examen de conciencia; María; día de retiro; ejercicios espirituales, etc. ... Cada relación que ha de ser cultivada, necesita tiempo. Derrochemos tiempo. Todas estas cosas no están pasadas de moda. Pero tal vez los hemos dejado de lado por algún tiempo. Lectura espiritual, regularmente? Ah, esto lo hicimos en el noviciado. ¿Examen de conciencia, dos veces al día? Ah, esto está pasado de moda. ¿Prepararse para la oración de la mañana próxima, antes de acostarnos? Pasado de moda. Pero sin estos detalles, nos damos cuenta, no va tan bien la oración. Requiere disciplina. Tenemos que alimentar la oración. Y decimos que planificamos nuestro día de tal manera que siempre de nuevo tomemos conciencia de Su presencia. ¿Cómo planifica Ud. su día? ¡...que siempre de nuevo tomemos conciencia de Su presencia! Pienso en un hombre joven que hace poco se casó. Dijo: Ah, Hermana yo siempre pienso en Juana. Cuando tengo que tomar una decisión, pienso: ¿Cómo vería ella esto? Casi no puedo esperar el momento de llegar a casa para ver cómo está, y a veces la llamo para preguntarla: ¿Cómo va? Y yo pensaba: Sí, aquí está esta reflexión: Él recuerda a Juana todo el día - sin pensar: debo recordar a Juana, debo recordar a Juana, debo... No. Debo pensar en Dios, debo pensar en Dios... No. Esta relación lo requiere. ¿Cómo piensa Dios acerca de esto? ¿Qué hay aquí? ¿Cómo obra Dios aquí?

Sabemos que la oración no es sólo personal; hablamos también sobre oración comunitaria. Una afirmación muy fuerte: La oración en común es fundamento indispensable de nuestra vida comunitaria. Sin rezar juntas no sería posible nuestra vida. Nuestro encuentro con el Dios viviente nos hace comunidad. Pero esto significa que cada una de nosotras debe rezar con regularidad, para que podamos rezar juntas.

La oración en común expresa nuestra vida y la nutre. Oración en común: Laudes, Vísperas, Eucaristía. Rezamos con toda la Iglesia. Con todo, el Directorio dice que la oración debería expresar nuestra cultura y nuestra vida. A veces simplemente tomamos el Breviario, vamos a la capilla, leemos cuatro salmos, un Magníficat y una oración y hemos terminado. ¿Esto ha modificado nuestras relaciones mutuas? Tal vez no. ¿Cómo ha expresado nuestra vida? Tal vez se está muriendo la madre de una de nuestras Hermanas, y nosotras rezamos como si todo estuviera bien. No la hemos incluido en la oración. O tal vez sufren alumnas, con cuyos padres acabamos de hablar con nosotras – y no las incluimos en nuestra oración. La oración tiene que expresar nuestra vida. ¿Cómo entra la oración en la vida? Tal vez llegamos a un punto difícil en la reunión de comunidad, o en la misma comunidad, y alguien dice: Hermanas, necesitaríamos un poco de silencio para rezar. ¿Se puede rezar solamente en la capilla, y no en medio de la alegría y del sufrimiento? A veces es interesante: podemos rezar muy sencillamente con la gente – estamos con padres preocupados por su hijo y decimos: ¡Rezamos juntos un poco! Pero no nos animamos a hacer esto con nuestras

cohermanas.

Talvez donde nos resulte más difícil es con nuestras familias – talvez; a veces es así. Me acuerdo de que una vez me llamaron a casa. Mi hermana menor tuvo un problema y no podía ponerse de acuerdo con mi padre. Mi madre dijo: Habla tú con ella. Está en la pieza y llora. Yo entré. ¿Qué tal? - ¡Terrible! - ¿Puedes contarme? - ¡No! – Luego hablamos un poco... - No puedo, no puedo decirlo... - Bueno, entonces talvez podemos rezar... - Tú puedes rezar, yo no puedo... - Así recé solamente una pequeña oración partiendo de la situación. Poco a poco se tranquilizó. Poco a poco pudimos conversar. Poco a poco pudimos llamar a nuestro padre y decir: Hablemos... recemos antes... Hasta hoy, unos veinte años más tarde, en cada una de sus cartas escribe sobre este momento. Sabe que esto no fue en vano. Y ¡no nos animamos a hacer esto –al menos yo – en la familia! Y ellos nos busquen para que hagamos esto. Tenemos una gran riqueza, y tenemos que compartirla.

La oración comunitaria surge de nuestra vida en común y la fecunda.

Nuevamunte Karl Rahner dijo: En el futuro, el cristiano tendrá que ser un místico, o dejará de existir. Creo que podemos traducir esto diciendo: En el futuro, la religiosa tendrá que ser una mística, o dejará de existir. Nuestros tiempos lo necesitan. Y Hermanas que están demasiado ocupadas para poder regularmente entrar en el silencio de la meditación, con el tiempo tendrán cada vez menos para ofrecer a la comunidad y pierden el contacto con la riqueza de la comunidad. La comunidad necesita nuestra oración personal. Necesitamos vernos unas a otras para rezar. Una Hermanas de 90 años de edad me dijo una vez: Ya no rezo tan bien. Yo pensé: Claro, está anciana; y pregunté: ¿Por qué? Entonces me dijo: No veo más a mis Hermanas en la Capilla. Todas rezan en su habitación, pero yo necesito ver a mis Hermanas. Esto nutre mi oración.

Nadie sino sólo Dios puede enseñar a rezar, y Él quisiera hacerlo. Hay un cuentito que quiero contarles. Un padre quería enseñar a rezar a su pequeño hijo. El chiquito se acercó a él diciendo: Papá, yo quisiera tanto tener un hermanito o una hermanita para jugar. Estoy tan solo. El padre, que sabía que esto pronto sucedería, dijo: Bueno, Juan, reza y Dios oirá tu oración. Pronto el papá lo llamó al dormitorio y le mostró una batita celeste: Mira, Dios ha escuchado tu oración. Tienes un hermanito para jugar. ¿No estás contento? ¡Sí! Pero esto no es todo. ¡Ven! Ahí había una batita rosada: ¡Dios te ha mandado también una hermanita para jugar. ¿No está bueno esto? ¡Sí! ¿No te alegras? ¡Sí, me alegro muchísimo! Y luego, el punto importante: Juan, ¿no estás contento de haber rezado? Sí, Papá - ¿no estás tú contento de que a los dos días he dejado de rezar?

No nos podemos enseñar unas a otras cómo rezar. Pero Dios nos enseña. Dios quisiera estar con nosotras y comulgar con nosotras.

XII– GOBIERNO

Se presenta la pregunta: ¿Qué mantiene unidas todas las cosas de las que hemos hablado? Hemos conversado, reflexionado y rezado sobre distintos temas en nuestra vida. Pero ¿qué los mantiene juntos? ¿Hay un poxipol especial que los une? Debemos decir: Sí Desde adentro es Jesucristo y el Espíritu Santo. Lo hemos dicho. Ellos nos han unido y nos siguen uniendo, desde adentro. Pero como somos seres humanos, necesitamos también una estructura externa. Esto es lo que llamamos gobierno. El gobierno junta todos estos puntos y temas diferentes.

La mayoría de nosotras no piensa de manera tan positiva sobre estructuras, pero cada buena estructura debería poner en libertad lo que estructura. Si una estructura no libera, no es una estructura buena. Estructura es algo muy positivo. A veces sentimos como si nos restringiera o coartara, en vez de liberarnos. Pero nos libera, si es una estructura buena. Por ejemplo, la estructura

de una escuela – no el edificio, sino la estructura - debería liberar a los alumnos para aprender. O la estructura de un hospital debería estar dispuesta de tal manera que los enfermos puedan curarse. A menudo, cuando se pregunta sobre estructura – por ejemplo de nuestra escuela – se contesta: Bueno, está el director, el cuerpo docente, los colaboradores y los alumnos. O del hospital: Administrador, médicos, enfermeras, colaboradores, enfermos. Pero la escuela existe para los alumnos; el hospital existe para los pacientes. ¿Cómo debía ser la respuesta? Primero los alumnos, los colaboradores, el cuerpo docente, el director. Y para el hospital también: Los enfermos... La estructura debería, por ejemplo en una escuela, liberar a los alumnos para aprender. Si reunimos a dos personas, necesitamos estructura. Si quisiéramos vivir juntos o hacer algo juntos, por ejemplo en un matrimonio nuevo. Si los dos trabajan y quisieran comer juntos, deben determinar un tiempo. Entonces, nos encontraremos a las 12 hs., o a las 7 hs., para comer. De lo contrario, si no existe ninguna estructura, talvez no se encontrarán.

Los hombres necesitan estructuras. Los israelitas lo reconocieron bien. Lean Uds. el salmo 119. Es el salmo más largo de todos, y cada palabra, cada estrofa dice algo sobre la Ley, o bien sobre los diferentes nombres como ley, mandato... Pero siempre está dando vida. Y así vieron los israelitas la ley y los mandamientos: La ley de Dios nos da vida, y por eso la apreciamos mucho. En nuestras sociedades es esto un poco distinto. Nosotros no vemos leyes y comandos como vivificantes. Se me ha grabado un ejemplo. Siempre teníamos en agosto una gran conferencia de H.E.N.S. en América. Unas 800 a 900 o 1.000 Hermanas se reunían, de distintas Provincias, y todas las 1000 estaban sentadas allí. En una charla, cuando el conferencista quiso mostrar diapositivas, en un minuto se levantaron distintas Hermanas a cerrar las cortinas. Era como si se hubiese dado una señal – y todas se rieron, porque esa conferencia estaba tan bien estructurada: hasta cada cortina tenía su encargada. Pero con el tiempo comprendieron las Hermanas: Sí, hasta esta minuciosa estructuración ha hecho libre a todo el grupo. Cada una sabía dónde estacionar su auto. Hizo libre toda la conferencia, todas las Hermanas, porque era una estructura buena.

Así escribimos en N° 40, que nuestras estructuras de gobierno deben liberarnos a nosotras. Pero ¿liberar para qué? Para los caminos del Espíritu. Así debería liberarnos nuestro gobierno. No para nuestros deseos, o lo que nos gustaría tener. La estructura nos libera para los caminos del Espíritu.

Decimos que las estructuras de gobierno deberían ayudarnos a responder a Dios y a servir eficazmente. Gobierno tiene que ver con toda nuestra vida, no sólo con la reunión de comunidad o el Consejo Provincial. Es como con Comunidad, con Oración, con otros temas: toca toda nuestra vida. Antes talvez hemos pensado: Bueno, el gobierno – allí arriba están, en el Consejo Provincial, o en el Consejo General. No. Nosotras – ¡nosotras somos parte del gobierno, de la estructura de la Congregación! El Directorio comienza con la Hermana individual, luego la comunidad local, después la comunidad provincial y después la comunidad internacional. La estructura existe para las Hermanas individuales, para liberarlas.

Estructuras buenas deberían surgir de la vida - y fecundar la vida, servir a la vida. Si una estructura no surge de la vida y da vida, no es una estructura buena. Por eso, esta Constitución y este Directorio han sido escritas a partir de la vida, y esperamos que nos den vida. Esperamos que nos liberen para los caminos del Espíritu. Por ejemplo, una estructura que es buena para una vida contemplativa, entre nosotras no serviría a la vida ni surgiría de nuestra vida. Nosotras somos religiosas apostólicas. La estructura de congregaciones contemplativas siempre gira alrededor de la oración. A las cinco, a las diez, a las doce, a las cuatro, a las... Uds. pueden encontrarse con esto: Disculpen, chicas, tengo que correr a rezar; volveré. Para nosotras no va. No viene de nuestra vida.

Sabemos qué única era la Madre Teresa en su tiempo con esas estructuras de gobierno. Ella insistió en un gobierno central con una Superiora General. Sólo así podía salvarse la unidad entre las muchas pequeñas comunidades conventuales, pensaba ella. Y además decía que solamente una

mujer podía comprender a sus Hermanas como mujeres. Sabemos cuánto ha sufrido por eso y también cuán convencida estaba. Solamente un gobierno central podía servir a la unidad en la Congregación. Una o – creo – dos mujeres anteriores a ella han luchado por esto, pero la Santa Sede siempre dijo: No. Ella era realmente la primera que luchó por ello y lo logró. Pero sabemos cuánto le costó. Y decimos en C 42, que en altísimo grado esto es parte de nuestro carisma y de nuestra historia; que como ella tenemos la convicción de que un gobierno central nos produce varios efectos. Nos fortalece para anunciar la Buena Nueva. Estamos unidas en el mundo entero. Nos ayuda a anunciar juntas la Buena Nueva. Es irrenunciable para asegurar la unidad. Si no hay un gobierno central, entonces daría lo mismo lo que hacen las Hermanas en Nepal o en Alemania o en el Brasil. Tiene que haber algo que une todo esto. Nos vincula más allá de nacionalidades y culturas y nos une en la misión. Así debería funcionar este gobierno en el nivel central, internacional. Luego escribe la Madre Teresa: Unidas en Jesús debemos estar y permanecer siempre: unidas con el Generalato, el centro y la Casa Madre, la original de la Provincia. ¡Cuánta insistencia en la unidad con el gobierno! Por esto es tan significativo – al menos para mí – que nuestro altar aquí en el Generalato sea como este árbol. ¿Recuerdan Uds. esa imagen con el árbol, con Agustín y Fourier y Teresa y todas las provincias y casas? Unidas en Jesús debemos estar y permanecer siempre. Este era su regalo para nosotras.

Las estructuras de gobierno en todos los niveles – local, provincial, internacional – posibilitan la participación de cada miembro y el ejercicio de la autoridad. Cada una de nuestras estructuras debería posibilitar estas dos cosas: la participación de cada miembro y el ejercicio de la autoridad. Porque en la Madre Teresa, ambas eran muy fuertes. Esto resuena tan parecido hoy en el Concilio Vaticano. ¡Qué adelantada a su tiempo estaba esta mujer! Ya cien, ciento cincuenta años antes ha acentuado esto. Y espero que Uds. puedan notar en nuestro documento este buen equilibrio de ambos: en las ideas – participación de cada miembro y ejercicio de la autoridad – pero también (aunque parezca un poco raro) también en el espacio: Cuántas frases, cuántos renglones hay en esta parte sobre autoridad y cuántos sobre participación. De lo contrario, alguna podría objetar: ¡Ah, insisten solamente en autoridad! – o: ¡insisten solamente en participación! Hay un buen equilibrio; en esto nos hemos empeñado. Hay un sacerdote que trabaja mucho sobre gobierno con distintas congregaciones; él suele decir: En este punto, su constitución es lo mejor que he visto, porque tiene este equilibrio. Así tiene que ser también en la vida.

Un poco sobre el ejercicio de la autoridad: Probablemente muchas de Uds. están en autoridad – en la escuela, en el convento, en su aula o donde sea. La palabra autoridad significa dar vida, aumentar vida. Si las personas en autoridad no dan vida o aumentan la vida, entonces no ejercen bien su autoridad. La autoridad llegó a nuestra Congregación con la aprobación de la Constitución por la Iglesia. Con esta aprobación todas reciben de la Iglesia la autoridad, el derecho, como está descrito aquí. La autoridad que se ejerce en algún lugar debería estimular la fidelidad al carisma. Autoridad une y guía en el cumplimiento de la misión, y autoridad es un servicio de amor. Lo vemos en Jesús. Jesús dijo: ¡Miren, cómo ejercen los paganos su autoridad! Ellos dominan a todos. Esto no es así en mi Reino. En mi Reino, la autoridad sirve a los otros. Autoridad es servicio a los demás. Pero, decimos, servicio de amor. Solamente servir, solamente porque es mi tarea, no da vida. Pero servir en amor – esto hace surgir la vida.

Si Ud. está en autoridad – si estamos en autoridad, debemos pensar qué servicio ofrecer. Yo siempre recuerdo un ejemplo. Muy poco después del Concilio Vaticano habíamos invitado a un sacerdote muy famoso a la Casa Madre en mi Provincia. Yo era maestra entonces. Él debía hablar sobre algo del Concilio Vaticano – sobre comunidad, o algo así. La Superiora ordenó que todas fuésemos – todas. Ella se encargaría del servicio de teléfono en esas dos horas. Hoy todavía recuerdo cuánto me desilusionó. Era maravilloso que quisiera prestar ese servicio, y ella lo vio bien como su servicio, un servicio a la comunidad. Pero como yo lo entiendo, nos habría servido mucho mejor si hubiera ido con nosotras, porque ella tenía que implementarlo en la comunidad. Esto es lo

que quiero decir: Debemos ver qué servicio viene bien. Por ejemplo, a mí me gustaría mucho ir a la cocina, servir a la mesa y cocinar y lavar platos, pero siempre debo decirme: este servicio no es el que yo debo prestar a la Congregación. Las que tenemos autoridad debemos pensar siempre de nuevo: ¿Qué significa esto, en esta situación, para servir en amor?

La autoridad debe también animar a todas a la participación y a la aceptación de tareas de liderazgo. Siempre se nota una tendencia: yo tengo la autoridad, yo tengo que poner todo en orden, yo tengo que hacer todo esto para mis Hermanas – ¡en vez de necesitar a mis Hermanas! - Oh, por favor, ¿podrías hacer esto? Sí, por favor, ¡lo necesitamos! Creo que la buena Superiora, especialmente en el nivel local, no tiene nada que hacer – si todas llevan su corresponsabilidad, si todas son responsables y si ella delega. La Superiora no es en primer lugar una administradora, es una guía espiritual. Ser administradora no es su tarea principal entre nosotras. Decimos que entre nosotras autoridad es ante todo guía espiritual. Si todas las Hermaas hacen bien su tarea, todas las Hermanas son fieles y buenas – no tiene nada que hacer. Ojalá podamos vivir así.

Decimos en DG 62 que la Superiora local está llamada de un modo particular a hacer lo siguiente: promover la unión, facilitar el diálogo, asegurar la participación, coordinar el cumplimiento de decisiones, y luego preocuparse de las necesidades de cada Hermana, del bien común, y tomar decisiones de acuerdo a la autoridad que le corresponde. Pero, Hermanas, escuchen los verbos de los primeros cuatro puntos: promueve, facilita, asegura, coordina. Esto significa: lo hace con las Hermanas. Y solamente tiene que hacerlo de un modo particular, porque todas somos responsables de hacerlo. Todas tienen que promover la unidad; todas tienen que facilitar el diálogo, colaborar y trabajar; todas tienen que ayudar a tomar decisiones, todas deberían preocuparse de las necesidades de cada Hermana y del bien común. Solamente cuando las Hermanas no hacen esto, la Superiora tiene que hacerlo – o decir: ¿Porqué no lo hace? Venga, no estás llevando tu corresponsabilidad. ¡Venga! Es más fácil hacerlo una misma. Uds. lo saben, y también les pasa en la escuela. Es mucho más fácil hacer algo que enseñar a los niños cómo hay que hacerlo. Yo siempre puedo hacer esto mejor y más rápidamente. Nuestra tentación es hacerlo nosotras mismas en vez de ser realmente educadoras y ayudar a los otros a hacerlo. Si cada Hermana lo hace – promueve la unidad, facilita el diálogo, ayuda en el cumplimiento de las decisiones... la superiora no tiene nada que hacer. Y esto es lo que debería ser.

Hablo tan sólo un poco sobre autoridad, porque la mayoría de nosotras se encuentra en la segunda parte de esta participación, de corresponsabilidad o colaboración de todos los miembros. Tal vez es esto en la realidad un poco nuevo para nosotras, porque hemos perdido esa actitud de la Madre Teresa. La Madre Teresa preguntaba siempre: ¡Pregunten a las Hermanas, qué piensan ellas! Vean lo que quisieran las Hermanas! Siempre les ha dado esta responsabilidad a las Hermanas. El Concilio Vaticano nos ha traído de vuelta, y escribimos en N° 41 que cada Hermana participa de la responsabilidad por la vida y misión de la Congregación, de nuestro común empeño por conocer y cumplir la voluntad de Dios, porque el Espíritu Santo obra en ella. A las novicias en la Congregación no les gusta cuando yo les digo: Tú eres tan responsable por la Congregación como yo. Hm – no, no, no... Pero es verdad. Cada una de nosotras lleva la responsabilidad por la Congregación – no sólo yo. Nos necesitamos unas a otras. Lo hacemos de maneras diferentes. Pero cuando Ud. en la oración, en la vida ha llegado a una convicción totalmente clara sobre la Congregación, tiene que decirlo. Tal vez Ud. ha recibido de Dios un punto importante que debemos ejecutar. Por eso tenemos que escuchar bien, tenemos que decir lo que Dios nos dice, tenemos que llevar corresponsabilidad. Cada Hermana participa de la responsabilidad por la vida y misión de la Congregación. Esto es grande. Por nuestro común empeño por conocer y cumplir la voluntad de Dios, porque el Espíritu Santo obra en ella. Y esto es verdad. El Espíritu trabaja en cada una de nosotras.

Antes lo veíamos así en la Iglesia, como si el Papa tuviese un teléfono directo a Dios, y Dios le

hablase directamente; luego pasara a los cardenales, obispos, sacerdotes, Hermanas y finalmente a los laicos. Era como esa pirámide como veíamos a la Iglesia. Los que estaban en la punta más alta tenían más de Dios. Pero ahora dice el Concilio: ¡Nada de pirámide! Es como un círculo. Y Dios nos habla a todas, y cada una es responsable. Sí, hay un o una portavoz, y él o ella está en el medio, pero solamente porque escucha a todos. Es el maestro o la maestra en el arte de escuchar; oye a todos, y luego lleva a Dios lo escuchado.

Hemos aprendido mucho sobre esto en África, en el Consejo General Ampliado. Yo siempre tengo que presentarme ante el cacique y rendirle homenaje. El cacique está sentado en su trono rodeado de su consejo; luego llegué yo con mi consejo – siempre varias superiores provinciales. Bien, ¿porqué has venido? – Estamos en su territorio; queremos saludar... Pero él no se dirige jamás directamente a mí. Dice lo que tiene que decir; el portavoz me lo repite. Y yo nunca pude hablar directamente con él; siempre tenía que hablar por mi portavoz, porque era tan grande el respeto. Hemos aprendido muchísimo sobre un o una portavoz. Tiene que ser extremadamente fiel a lo que dice el cacique, repitiéndolo – pero en un lenguaje elegante. Puede ser que el cacique use palabras muy sencillas – y el portavoz dice lo mismo en un lenguaje florido. O bien lo repite sencillamente – depende de los dones del portavoz. Nosotras somos portavoces de Dios, si se puede decir así. Tenemos que ser fieles a Dios; escucha tan bien que podamos decirselo a las otras. Cada una participa de la responsabilidad de escuchar bien a Dios.

Uds. pueden encontrar en el librito de la Madre Teresa los textos que dicen de qué y cómo ella estaba convencida. Siempre tenía necesidad de las respuestas y reacciones de las Hermanas. Hay allí un texto muy fuerte; quisiera citarlo. La Madre habla sobre la situación de la enfermiza Hermana R. – no da el nombre – “puede soportarse fácilmente y así equilibrarse bien, si la Hermana R. manifiesta sencillamente su parecer y después se conversaba en comunidad y fraternalmente en cosas que no se refieren a la escuela y tampoco son tratadas en la misma, porque así está establecido entre nosotras, y el obrar y estar solitariamente no se quiere ni se tolera de ninguna manera.” - Bueno, sí, dejen que la Hermana Rosita diga simplemente qué pasa, y luego obramos juntas. Este obrar y estar solitariamente no va entre nosotras.

Tenemos que preguntar de dónde recibió esta mujer todas estas ideas modernas – ¡no puede ser sino de Dios! Pero después, con los años, las hemos perdido un poco. Y ahora volvemos al origen, como dice el Concilio Vaticano. Cada una de nosotras tiene una parte de la verdad. ¡Debemos decir esta parte! Pero a veces... mmm...ay... yo no tengo buenas ideas... no puedo expresar bien esto... ah... las otras son más inteligentes... no puedo decirlo bien... Y así pierde la comunidad la verdad, porque Ud. no ha dicho su verdad. Esto, creo, es pecado.

Por eso, porque debemos obrar tan responsablemente, escribimos en el Directorio: Cada Hermana adquiere actitudes que son necesarias para la búsqueda de la voluntad de Dios. Nuestra actitud es esta: buscamos en común la voluntad de Dios. Es una parte indispensable de nuestra vida. Estar abiertas. Buscar la voluntad de Dios.

Cada Hermana toma decisiones de acuerdo con sus votos, la Constitución y el Directorio. También el Directorio Provincial. Para mí es interesante - a veces en el viaje de visitación llego a una casa y digo: Ay – me he olvidado de mi Directorio Provincial. Por favor, ¿puedo usar su Directorio? – Ah... ¿es el libro verde, o el rojo? ¿Qué libro es? - ¡Deberíamos tomar nuestras decisiones según este Directorio y yo no tengo ni idea qué libro es, o dónde está! Tomamos decisiones de acuerdo con los votos, la Constitución y el Directorio... Tenemos mucho que hacer. Y somos responsables ante la comunidad por nuestras decisiones personales. Esto no significa que la reunión de comunidad trata mis asuntos personales – no. Pero si no vengo a la oración, si no vengo a la reunión de comunidad, si no hago mi trabajo en la casa... la comunidad puede pedirme cuentas, y yo soy responsable; debo rendir cuentas.

Generalmente dejamos todo esto en manos de la Superiora. ¡Que ella corrija a las Hermanas! Pero a menudo puedo aceptar esto mejor de una cohermana que de una Superiora, y la Superiora ya lo sabe. Es más fácil cuando una cohermana dice: ¿Qué pasa contigo? ¿Ya no vienes a la reunión de comunidad? ¡Vamos! - Así es más fácil. Pero cuando una superiora lo dice ... ¿Mmm... Para qué me dice esto? mmm... Somos responsables unas por las otras y por la vida comunitaria, tenemos que tomarlo en serio. Cada una de nosotras es responsable por la conducción del convento. Todos los miembros participan activamente en el esfuerzo por reconocer y cumplir la voluntad de Dios. Esto significa compartir, dialogar en la reunión de comunidad sobre cuestiones esenciales de la vida religiosa. El susto de la reunión de comunidad es el tratar de mejorar la calidad de nuestra vida en común y el servicio del pueblo de Dios. Tenemos asuntos esenciales para dialogar sobre ellos. No voy a tratar de esto, pero en N° 61 están todos los puntos que deberían entra en la reunión de comunidad. Y hay allí mucho que hacer para nosotras. Pero todas nuestras reflexiones y consultas están marcadas por la búsqueda del recto entendimiento. Reflexión – hay que avanzar despacio. Oración – para hallar lo que Dios quiere (¡no lo que yo quiero!). Después el diálogo.

No funciona si uno dice: Esta noche tenemos reunión de comunidad. Entonces venimos toas, y decimos (¡recién entonces!): El tema para hoy es éste. Nadie se ha preparado, nadie ha rezado o reflexionado sobre ello; no es de extrañar que nadie pueda hablar. No estamos preparadas, no hemos pensado en lo que vamos a decir. Yo diría que por lo menos tres días antes deberíamos saber cuál es el tema de la reunión de comunidad, para poder prepararnos y para estar dispuestas a dirigir la reunión. No tiene que ser siempre la Superiora quien dirige la reunión de comunidad; nosotras también tenemos que hacernos responsables y ayudarle en esto. Pero nuestras reflexiones van lentamente, porque necesitamos tiempo para pensar y para rezar. Un auténtico diálogo supone la reflexión orante y la búsqueda de la información necesaria. Exige de nosotras que estemos dispuestas a cambiar. Si yo vengo esta noche y digo, por ejemplo: ¿Deberíamos comprar – o pedir del Provincialato - un coche nuevo? Si yo vengo y digo: Sin falta; lo necesitamos; absolutamente; no hay duda... ¿Pero quién puede hablar? ¿Estoy abierta para escuchar porque no necesitamos un segundo coche? Tengo que estar dispuesta a oír la verdad. ¿Qué piensan mis cohermanas? ¡Buscar juntas la voluntad de Dios, en fe y amor! ¡Decir honestamente lo que yo pienso, y escuchar con abertura!

Tengo un ejemplo de una eleccion provincial, respecto a buscar juntas en fe y amor la voluntad de Dios. Habíamos elegido a todas menos la última Consejera. Y entonces teníamos, creo, trece actos electorales para la última Consejera. Nunca se llegaba a la mayoría. Siempre, entre una y otra votación, dije: ¿Deberíamos tener un poco de diálogo, para conversar juntas sobre qué necesitamos y quién andaría bien con las otras? – No, no, por favor, déjenos... ¡Rezamos en silencio y después escribimos un nombre! - Siempre sin resultado. Después de tres votaciones pregunté: ¿No les parece que al menos en pequeños grupos deberíamos hablar – qué necesitamos, cuáles son las cualidades...? ¡No, no! Déjenos rezar en silencio y escribir! Después de la duodécima votación al fin alguien dijo: Bueno, talvez conversamos un poco. Entonces hablamos sobre: ¿qué queda bien? ¿Qué cualidades necesitamos todavía en el Provincialato? Inmediatamente coincidimos; en el próximo acto electoral, todas estaban de acuerdo. Recién en la evaluación notaron los miembros de la Asamblea: ¡No hemos buscado juntas! Cada una de nosotras habló con Dios y escribió – pero hasta ese momento no habíamos buscado juntas. – La Asamblea aprendió mucho. ¡Escuchar con apertura!

Una vez di un curso para ochenta Hermanas mayores en mi Provincia. Hace mucho tiempo de esto. Sonó la campana para finalizar la clase. En ese momento tiré todos mis papeles y libros al suelo y dije: Su tarea para mañana es escribir lo que acaba de pasar. El día siguiente teníamos ochenta diferentes opiniones sobre un solo hecho. Una dijo: La Hermana preguntó algo a Mary Margaret; ella se enojó y tiró todos sus libros. Una vio lo que había pasado realmente: que al final de la clase yo había tirado al suelo todos mis libros. Y entre estas dos teníamos ochenta opiniones distintas.

Duró toda la hora hasta que dialogando, escuchando, hablando llegamos a la verdad. Un solo hecho – pero lo vimos todas de manera distinta. Era necesario que hablásemos para ver qué pasó realmente. Creo que es así en el nivel local: todas lo ven de manera diferente. Un solo hecho – es necesario que conversemos, para ver: ¿Qué pasó? Por eso esa actitud que es necesaria para cada una de nosotras: apertura, búsqueda, verdad, pobreza; hablar y escuchar.

El Padre Lombardi, en 1970, en esta aula, nos dijo: Un diálogo en el cual Jesús es el Señor llena a todos de alegría, si Uds. se pierden a sí mismas por el bien común. Sí, yo puedo desprenderme de mi propia idea si es para el bien común. Esto es pobreza.

Decimos: Tratamos de llegar a decisiones de consenso. Muchas veces esto se entiende mal. ¿Qué significa “decisiones de consenso”? No teníamos esto en la regla de 1970. Todas han pedido: ¡Díganos qué es consenso y qué es diálogo! Por eso ahora está escrito. Decisiones de consenso son aquellas que todas pueden aceptar, apoyar y ejecutar, aunque algunas preferirían otra decisión.

Si tuviéramos un día más para nuestros ejercicios – mañana – somos 42 o 44 aquí... Pensemos, recemos... ¿Qué quiere Dios de nosotras? Podemos o ir a Asís, o bien hacer un día más de ejercicios. ¿Qué quiere Dios? Vas a rezar y a pensar, vuelves, hablamos, para ver dónde estamos, después lo hacemos así. - ¿Cuántas quisieran tener ejercicios mañana? Cinco. ¿Cuántas quisieran ir a Asís? Treinta y nueve. Digamos cuarenta y cinco. Cinco dicen: ¡Ejercicios! Cuarenta dicen: ¡Asís! Generalmente, en el nivel local, ¿qué pasa en esta situación? ¡La mayoría! ¡Cuarenta! Vayamos a Asís, y se acabó. Ah - ¡No somos una democracia! Esto sería democracia; nosotras somos comunidad espiritual. Y ¿qué hacemos entonces? Bueno, entonces decimos: Por favor, que las cinco que quisieran seguir con los ejercicios digan porqué. Explíquennos su pensar. - Así, las cinco dicen porqué lo quisieran. Y, después, talvez todas las otras dirán: Sí, escuchamos las razones – pero no nos convencen. Esta es una posibilidad O bien: escuchamos a las cinco y decimos: Ah, en esto no hemos pensado. No hemos pensado que talvez podríamos agregar un día de ejercicios y el día siguiente ir a Asís. ¡Esto es una posibilidad! No lo hemos pensado... Probemos... Me gusta... Y talvez votamos de nuevo y todos dicen: Sí, hagámoslo. Estas cinco talvez hayan tenido la verdad – y si no hubiesen hablado, todas nosotras no llegaríamos a la verdad. O talvez vamos en la otra dirección. Las cuarenta dicen: Sí, lo escuchamos, pero no estamos convencidas. Entonces la presidenta tiene que decir a las cinco: ¿Pueden Uds. ir con estas cuarenta? Parece que Dios habla aquí, a través de muchas. Aunque Uds. preferirían algo distinto, ¿pueden Uds. estar de acuerdo? – Sí, sí. Más me hubiera gustado lo otro, pero voy. Pero entonces, si soy una de las cinco, no puedo decir: Ah, sí, así es... Yo siempre pierdo... No. Aceptar, apoyar y ejecutar – aunque preferiría algo distinto. Y, Hermanas, no podemos vivir como una democracia. No es nuestro estilo de vida.

Nuestras traductoras en el último Capítulo estaban tan asombradas, y lo dicen hoy todavía a todas las congregaciones: ¡Las Hermanas llegaron al consenso! ¡Al final, todas estaban de acuerdo con cada decisión! Sí, necesitó mucho tiempo hasta que habíamos hablado sobre todo, y una me dijo que en el último Capítulo General en otra congregación donde ella estuvo llegaron a un punto donde no podían pasar adelante. Nadie sabía qué hacer. Entonces dijo ella: ¡Les digo cómo lo hacen las Hermanas de las Escuelas! ¡Funciona! Y entonces ella lo encaminó así – porque le había gustado tanto este estilo de búsqueda de la voluntad de Dios.

Tenemos que mantenernos abiertas. Muchas veces nos cansamos, y entonces se dice: Bah - ¡hagan lo que quieran! No. Participamos llevando la responsabilidad. No es fácil obrar tan responsablemente, llevando esta corresponsabilidad. Pero la comunidad va mejor, nuestra vida común va mejor, si aceptamos esta responsabilidad. Somos gente adulta. Necesitamos que tener responsabilidad. Pero exige mucho de nosotras, escuchar tanto a Dios y a mis cohermanas que vayamos juntas, unidas, en la vida y en el futuro.

Recemos por estos dones: Apertura – diálogo – pobreza – y ante todo, búsqueda de la voluntad de Dios. Esto es la Madre Teresa – y esto somos nosotras.

XIII- DESARROLLO PERSONAL

Cuando nosotras éramos Hermanas jóvenes – me imagino que en Alemania era igual - esperábamos la profesión perpetua: el momento en que nos convertimos en “columnas de la Congregación”. Luego, pensábamos, había terminado nuestro tiempo de formación; ya éramos verdaderamente Hermanas de las Escuelas. Pero ahora, después de 25 o 40 años, se dice – N° 45 – que nos encontramos durante toda la vida en un proceso de desarrollo en ser y, a la vez, en llegar a ser. ¡Toda la vida! ¡Ser y a la vez llegar a ser! Creo que esto no significa que la columna crece – solamente significa que la columna tiene que hacerse más fuerte, más madura. Nosotros tenemos un proverbio que dice: Ten paciencia conmigo, Dios todavía no ha terminado de hacerme. Creo que nos va bien a todas. ¡Ten paciencia conmigo! Dios todavía no ha terminado de hacerme. Todavía está trabajando. ¡Un proceso que dura toda la vida! Seguimos desarrollándonos como religiosas. Piensen, por favor, en el día de su profesión perpetua, cómo Uds. entonces estaban. ¿No han cambiado mucho desde entonces? Seguimos desarrollándonos como religiosas. Y cada una de nosotras es para ello la primera responsable – ella misma, no otra persona – tiene la responsabilidad de cómo ella se ha desarrollado como ser humano. A veces decimos: Oh, esa superiora, o esa situación, o esas filiales... Todas ellas tienen la culpa de que yo o me he desarrollado mejor. No. En primer lugar somos nosotras mismas responsables de ello.

Pero tenemos directivas para este desarrollo. En N° 45 hay dos: la necesidad de desarrollo personal: ¿Qué necesito yo, como ser humano, para crecer? Ahí puede haber mucho egoísmo. Por eso está la segunda directiva: el bien común de la Congregación y la misión. Cada una de estas dos directivas señala la dirección para nuestro desarrollo. Tenemos la primera responsabilidad para ello, pero no estamos solas en este trabajo. N° 45 dice: Nos ayudamos mutuamente a asumir esta responsabilidad - y también nos dice cómo: - viviendo y relacionándonos en comunidad de un modo que nos permite llegar a ser aquello para lo cual Dios nos ha creado. Así como vivimos y nos relacionamos en la comunidad, capacitamos a las otras para crecer - hacia lo cual Dios nos ha creado. Esto está dicho de una manera muy semejante en el capítulo sobre servicio, donde decimos: Continuamente buscamos formas de vivir y servir que hagan posible un crecimiento hacia la plenitud. Lo hacemos en la escuela y con la gente con la que trabajamos. Hemos dicho: Decidimos llevarlos a su plenitud. Pero también nos servimos mutuamente – no sólo a los que están fuera de la comunidad, a los que se dedica nuestro apostolado. Muchas veces es allí más fácil. Pero también elegimos y decidimos vivir y servirnos mutuamente, en la comunidad, que nosotras lleguemos a la plenitud. Y, Hermanas, está en nuestro poder. Podemos realmente ayudarnos unas a otras para crecer, o podemos matarnos unas a otras – mediante una palabra, mediante una mirada... Hace poco, en las Provincias de los Estados Unidos hubo una investigación . Todas las Hermanas fueron preguntadas: ¿De dónde necesita Ud. más su apoyo, su aprobación? De sus superiores - de sus colegas – de sus cohermanas – de las alumnas... 94% de nuestras Hermanas dijeron: La aprobación que más necesito es la de mis cohermanas. Todos los de afuera pueden decir: ¡Maravilloso, maravilloso! Pero si no lo puedan decir mis cohermanas, si ellas no me pueden aprobar, no me siento segura. Por eso escribimos en DG N° 2: Nos reafirmamos y alentamos mutuamente. Esto significa que mutuamente nos ayudamos, nos capacitamos. Pero tiene que ser sincero y veraz. Si solamente por decir una palabra amable digo: ¡Lo has hecho maravillosamente! y no lo siento así – esto no vale. Tiene que ser la verdad. Tal vez no puedo decir: ¡Esto era maravilloso! Tal vez esto no sea cierto. Pero tal vez encuentre algo... Este detalle, lo hiciste tan bien... Tal vez sea muy poco, pero es la verdad. Y, Hermanas, ¡cuánta necesidad tenemos unas de otras! Es verdad que nos amamos; lástima que para vivenciar esto tenemos que esperar hasta que, por ejemplo, pase algo terrible en la familia – por ejemplo, una inesperada muerte, un tremendo accidente. Entonces de repente las Hermanas dicen: He visto cómo me aman mis Hermanas. Pero generalmente esperamos estos momentos terribles para mostrarlo realmente. Aunque esto muestra más cómo nos amamos realmente. De alguna manera vamos a

tener que ser creativas para ver cómo nos lo podemos decir – talvez no con palabras. ¿Qué le habla de amor a esta Hermana? ¿a ti? ¿y a ti? ¿y a ti? Es diferente. Tenemos que conocernos mutuamente bastante bien para saber qué le habla de amor a ella.

Recuerdo mi tiempo en el Consejo Provincial. Estábamos siempre en las casas filiales, dos, tres semanas. Después volvíamos a encontrarnos en la Casa Madre. Éramos siete. Alguna hubiera querido que apenas llegaba a casa estuviéramos todas allí diciendo: Venga, por favor, siéntese y cuéntenos cómo fue... que prendiéramos la luz en su oficina, en su pieza, para que todas supieran qué contentas estábamos porque ella había vuelto a casa. Otra de las siete, después de estar siempre afuera durante tres semanas, hablando con las Hermanas, una tras otra, hasta la medianoche... solamente deseaba: ¡Déjenme en paz por dos horas! Después puedo contarle todo. Pero nosotras tenemos que saber qué habla de amor a ella, y a ella y a ella... ¡Es diferente! Tenemos que conocernos bien. El mejor llamado a desarrollarse es el amor, es la aprobación. Si yo pienso que tú puedes hacer algo – ¡sí, lo puedo hacer, ya que tú piensas que lo puedo! Así como va con los niños, también va con nosotras. El “yo creo que tú puedes hacer esto” me da esperanza, me da ánimo.

En N° 117 del Directorio escribimos: Fundamental para el desarrollo personal en comunidad es el llamado constante de Dios y nuestra respuesta siempre nueva. Dios nos llama al desarrollo: con este programa, estos ejercicios, aquellas oportunidades... Es Dios en la vida cotidiana. Casi siempre. Y nosotras confiamos en que Dios nos llama siempre a la plenitud del ser – aunque sea por la muerte, como le pasó a Jesús. Él llegó a su plena personalidad – pero a través de la muerte. Probablemente ya hemos tenido bastantes experiencias para saber esto. Muchas veces sólo a través de alguna muerte llegamos a nueva vida. En el momento de morir, no es tan fácil. Pero tenemos la confianza de que Dios lleva por la muerte a la resurrección, a la plenitud del ser.

Este desarrollo se da ante todo en lo cotidiano. Así era, por ejemplo, con María. Así era también con Jesús.

Estamos llamadas a ser creativamente fieles a Dios, al carisma, a nuestra constitución. Fíjense: No solamente fieles, sino: creativamente fieles. El filósofo Gabriel Marcel dijo esto ya hace muchos años. Entonces era algo novedoso. ¿Qué es esto? Permanecer creativamente fieles? Si yo, por ejemplo, le he conocido a Ud. cuando teníamos 18 años y entonces éramos amigas, ahora, a los 50 años, debo serle fiel a Ud. tal como es Ud. a los 50 años. No debo decir: ¿Porqué no eres como eras a los 18 años? La fidelidad exige que yo le permita que cambie – fidelidad a través de los cambios.

Fidelidad

creativa a Dios, a su llamado – y su llamado cambia. Él nos llama ahora de otra manera que cuando entramos. No sólo somos llamadas, sino también guiadas por Dios, y apoyadas por la comunidad. Necesitamos las dos cosas para el desarrollo personal. El Directorio dice: Orientamos nuestra mirada siempre de nuevo hacia Jesucristo. A veces perdemos esta mirada. La Madre Teresa dice: ¡Ojos y corazón siempre dirigidos a Jesús! Es lo que dijimos ayer: No a nosotras, sino a Jesús están dirigidos los ojos y el corazón. Cuando escribimos esta frase, pensamos que es cómo con una cámara fotográfica. Tenemos que orientar la mirada siempre de nuevo a Jesucristo. Hay que acomodar siempre de nuevo una cámara fotográfica, hasta que la imagen quede bien. Si ha de entrar en la foto alguna cosa especialmente clara y nítida, se excluye todo lo secundario e irrelevante y se enfoca el lente tan sólo en este punto. Diariamente tenemos que hacer esto: dirigir nuestra mirada a Jesucristo, clara y nítidamente. Él nos hace capaces de armonizar todas las muchas dimensiones de nuestra vida, y esto es difícil. A veces acentuamos el apostolado, a veces la comunidad, a veces mis necesidades personales, a veces a esa persona, a veces la familia... Apostolado, vida en comunidad, vida privada – todo tiene que integrarse. Jesús nos hace capaces de integrarlo.

Integración es un objetivo a través de toda la Constitución. Integración tiene que ver con unidad, también con santidad. Piensen Uds.: Si Uds. se sienten atraídas por una persona, entonces suele

estar ésta de cierta manera integrada. En las personas a quienes Uds. aprecian mucho, o que influyen en su personalidad, hay algo como un imán. Normalmente hallan Uds. en estas personas una cierta integración. Tiene que ver con unidad, con santidad. Nosotras lo escribimos en 117, diciendo: Mientras nos desarrollemos, - ¡el resultado! – nos uniremos más con nosotras mismas, con Dios y con los seres humanos. Esto es una señal de madurez: cuando estoy en paz conmigo, no necesito concentrarme siempre sobre mí misma; puedo pensar en otros. Estoy unida a Dios – no perfectamente, pero... y con los seres humanos. Esto significa que ya no tenemos que preocuparnos por nosotras mismas, sino que podemos dedicarnos al Reino de Dios. Esto es un grado de madurez.

Poco a poco, el camino de nuestra vida se va asemejando al suyo. Esto a veces significa muerte y vida nueva, porque éste es Su estilo y nosotras le seguimos. Todo lo que Jesús vivió, tenemos que pasar también nosotras en nuestra vida, de la manera que sea – y es lo que va a pasar.

Hay una frase maravillosa en N° 31 de la Constitución; dice: Lenta, pero irresistiblemente, Dios nos atrae a Él más y más y nos transforma en su imagen. Tal vez no necesitemos ninguna otra frase en la Constitución, si realmente creemos y vimos esto. Lentamente, sí – pero de manera irresistible Dios nos atrae a Él más y más y nos transforma en su imagen. Pero nosotras mismas tenemos que vivir su vida. Estaremos cada vez más integradas, más completas, más libres para proclamar la Buena Nueva.

Creo que podemos mirar hacia atrás. Como Hermanas jóvenes, tal vez éramos un poco inseguras; no lo sabíamos todo... Ojalá entre tanto hayamos adquirido una cierta seguridad, libertad, alegría. Ya no tenemos que preocuparnos tanto por nosotras mismas. ¿Y por qué? Porque durante toda nuestra vida nos esforzamos en hacer lo que el Señor nos diga, en dar nuestro pleno Sí a Dios y a su obrar en nosotras – si siempre le estamos diciendo Sí. Esto lo dijimos en Virginitad consagrada: nuestro Sí diario. En Obediencia hablamos del Sí. Y ahora, en N° 48, llegamos a la muerte – en la que decimos nuestro último Sí a nuestro Creador.

Si Uds. realmente quisieran estudiar bien la Constitución, no es prudente tomar capítulo 1°, capítulo 2°, capítulo 3°... Esto es aburrido. Tomen un tema que les gusta mucho y busquen este tema en toda la Constitución y en el Directorio, anótenlo, cada frase – no sólo dónde aparece la palabra, sino las ideas. Por ejemplo, puede ser “Sí” un tema para Ud., o “Gracia”, o “Don”, o “Comunidad”, “Eucaristía”... Lo encontrarán no sólo en el capítulo Eucaristía, sino a través de todo el documento. Después tomen todos estos papeles donde han escrito los textos, estudien, lean, recen sobre ellos... Así aprenderán la Constitución. Otra manera muy buena de estudiar la Constitución es partir de la vida. Puede ser que Ud. tenga una dificultad momentánea con pobreza, o comunidad, o lo que sea. Bien – tome la Constitución, lea ese capítulo. Lea, rece, estudie... Poco a poco aprenderá muy exactamente no sólo lo que dice ahí, sino cómo hay que vivirlo. Normalmente no pensamos en la Constitución cuando tenemos problemas. Pero probablemente encuentre Ud. allí una respuesta respecto a esa situación.

Ensayamos cada día para nuestra muerte. Y siempre decimos Sí a Dios, en cada pequeño minuto – ahí está otra vez Obediencia. Si en cada situación nos hemos sometido, también decimos Sí sometidos a Él en la muerte. Digamos con la mayor claridad que sea posible: Soy una creatura. Lo muestro con mi muerte, puesto que creaturas mueren. Significa: Yo no soy Dios. Se lo digo: Yo muero. En la muerte decimos del modo más claro posible: Tú eres Dios – yo soy creatura. Y esto es rendir culto a Dios. Glorificamos mucho a Dios cuando decimos: Dios, tú eres Dios. En la Constitución nombramos como culto a Dios la oración, la Eucaristía y la muerte. Es interesante: La oración es culto divino, y la Eucaristía – y la muerte. Porque con las tres decimos: Tú eres Dios; yo soy creatura. En la muerte glorifico a Dios y proclamo a Dios como Dios. Ciertamente es esta nuestra última proclamación terrena de la Buena Nueva. Esta es la Buena Nueva: Hay un Dios que nos ama. Y realmente es esta nuestra meta. Vivimos para morir, para unirnos perfectamente con

Dios. La fórmula de los votos lo dice: Tú me has llamado para “ser uno” contigo.

Cuando yo estudiaba teología, había en nuestra Provincia una Hermana anciana que tenía mucha fama de ser una Hermana perfecta. Siempre era así como una Hermana debería ser, y todas la querían. Trabajaba en la Universidad y tenía que hacer con todas nosotras, las estudiantes. Cuando yo llegaba a casa, me decía: ¡Venga conmigo! ¡Dígame lo que ha aprendido! Una vez yo estaba llena de entusiasmo; habíamos estudiado el misterio pascual: vida, muerte, resurrección... Le conté todo, y ella dijo: Hable sobre la muerte, por favor. Yo, joven y entusiasmada... y ella dijo: Ah... bueno... La próxima vez que llegué a casa dijo: Hable sobre la muerte, por favor. Finalmente dijo: Tengo que leer algo sobre la muerte. Yo pregunté: ¿Ya ha leído algo? – Sí, algo... Pero, por favor, ¿me anota una lista de libros sobre la muerte que yo pueda leer? Yo dije: ¿Qué ha leído ya, para no repetirlo? Ella dijo: ¡Pero tiene que ser muy sencillo! – Sí, sí. ¿Qué ha leído? – Bueno, he leído Karl Rahner, he leído Ladislao Boros.. (¡Sencillo!) Seguíamos hablando, y un día me dijo: ¿Sabe? Yo hubiese vivido de manera distinta toda mi vida, si hubiera conocido la muerte. Siempre, siempre he tenido miedo de la muerte. Por eso he vivido tan preocupada por lo que traerá la muerte. Hubiera vivido de otra manera toda mi vida, si hubiera conocido la muerte. Ahora sé de la muerte – ahora estoy tan contenta y tan libre. – Ninguna de nosotras creía que ella podría haber vivido su vida de manera distinta... pero desde adentro... ¡la hubiera vivido de manera muy distinta! Una vez llegué de vacaciones a la Casa Madre; fui a la casa de descanso para visitarla, y la Hermana enfermera me dijo: Está en el lecho de muerte; no la reconocerá, porque ya hace tres días que no ha conocido a nadie. Yo dije: Pero tengo que visitarla. Entré – allí estaba postrada. Saludé. Poco a poco apareció una hermosa sonrisa, y ella dijo: La muerte y la resurrección. Sonrió tan hermosamente – y al anochecer de aquel día falleció. Pero yo estoy segura de que me había reconocido. ¡Ahora sé qué es la muerte! - ¡Ahora sé qué es la vida! Si entendemos la muerte, entonces entendemos la vida.

Jesús fue voluntariamente a la muerte. Es lo voluntario que la hacía redentora. Lo que nos salvó no es que Jesús murió – esto sólo demuestra que era hombre. Lo redentor fue su entrega voluntaria al Padre. Humanamente, con intención humana ha decidido dar su vida por nosotros. Así también nosotras. Nos encaminamos hacia lo desconocido confiando en la fuerza de Dios que nos llevará a la plenitud de la vida.

Escribimos en N° 48: La comunidad se siente entristecida, pero nos envía a Dios que nos llama. Es nuestra última transferencia. Uds. recordarán el primer bosquejo, donde dijimos: La comunidad nos envía con gozo y esperanza. Pero todas dijeron: ¡No, no! La comunidad no puede estar gozosa porque nos vamos. Esto no nos gusta. Es por eso que este N° 48 se redactó de nuevo. Ahora decimos: Sí, la comunidad siente tristeza. Pero nos envía a Dios que no llama. En el texto nuevo encontrarán un signo de admiración – no sé si ahora está. Es el único signo de admiración en toda la Constitución: ¡Lo hicimos! Hay una Provincia en la que se lee en voz alta este párrafo cuando una Hermana está en el lecho de muerte, enviando a Dios a esta Hermana. Si Ud. habla con el sacerdote en este lecho de muerte, queda muy impresionada. Siempre somos enviadas. Éste es el último envío. La Madre Teresa lo sabía bien: “Quiero aprender a morir para que, cuando llegue la muerte, pueda exclamar con San Pablo: ¡Cristo es mi vida y morir me es ganancia! – Ella dice exactamente lo que dice la Constitución: El ser humano es humano, y Dios es Dios. Esto es adoración, esto es la muerte: en acción.

Pero como Jesús, también nosotras quisiéramos ser recordadas después de la muerte. Decimos en el Directorio: Asumimos la responsabilidad por el futuro de nuestra Congregación, aceptando la responsabilidad por nuestro desarrollo personal y ayudándonos y estimulándonos mutuamente a responder al incesante llamado de Dios. Somos responsables por el futuro de la Congregación. Tenemos que ser responsables por nuestro desarrollo personal y ayudarnos mutuamente, pues nadie quisiera formar parte de un grupo cuyos miembros no se desarrollan y son infelices o tristes. Si trabajamos desde las 5 hs. de la mañana hasta la medianoche, hasta los 90 años, ¿quién quisiera

entrar? ¿Para qué? Tenemos que dar testimonio.

Decimos también: Recibimos bien a mujeres jóvenes; las acogemos con gusto en nuestro corazón y en nuestra comunidad. La gente joven de hoy busca el sentido de la vida, y nosotras pensamos que lo hemos encontrado. Tenemos que compartirlo. ¡Testimonio cotidiano! ¡Compartamos nuestra vida con estas jóvenes! ¿Dejar venir a esas jóvenes a nuestra capilla? ¡No! ¿Dejar a ese grupo de chicas en nuestra casa, abajo en el subsuelo? ¡Hacen tanto bochinche, no se puede dormir! – Pero esto es nuestro futuro. Y muchas veces lo cortamos; no les permitimos – y sin embargo lamentamos que no tengamos vocaciones. Debemos tomarlo en serio. ¿Qué hacemos para el futuro de la Congregación? Recién ayer he hablado con un sacerdote en cuya congregación hay muchos novicios. Él dijo que el 70% de los novicios vino porque alguien preguntó directamente: ¿Pensaste en vocación religiosa? Esto les hizo bien; esto despertó la idea. Pero a veces no nos animamos a decir esto a una joven. ¿Has pensado en hacerte Hermana? No de manera repetitiva – así no vienen las chicas. Solamente plantar una semilla – una idea. Y cuando vienen, traen sus dones y nos cambian, y nosotras compartimos con ellas nuestros dones y las cambiamos a ellas. No puede ser así: ¿Bueno, vienes? Aquí lo hacemos así. – También nosotras somos cambiadas. Esto es ese recibir de la misión. Y la Constitución dice: Juntas descubrimos con claridad cada vez mayor la grandeza de nuestra vocación. En 1970 decía: Las jóvenes aprenden la grandeza de su vocación. Pero esta relación mutua nos ha enseñado que juntas descubrimos con claridad cada vez mayor la grandeza de nuestra vocación. Es como en la carta de Juan que dice: Todavía no sabemos qué seremos. También las H.E.N.S no tenemos idea de lo que seremos. Esto es fe.

Cerramos entonces los retiros con el deseo de seguir desarrollándonos como religiosas apostólicas – en fidelidad creativa a Dios, a su llamado, a nuestro carisma, a nuestra Constitución – en la vida cotidiana, dónde Dios nos llame.

Hay dos partes donde está resumida toda la Constitución: N° 49, y la fórmula de los votos en N° 30 que pronunciaremos esta noche en la liturgia de clausura.